



Lo que guarda un caracol

PAULA BOMBARA

SE

Lectulandia

Detrás de la puerta del laboratorio diecinueve, Mirko pone en jaque las costumbres del equipo de investigación del Dr. Fernando Plazas. El modo particular con que Mirko mira el mundo hace que afloren emociones que no pueden controlar: Alejo y su intolerancia, Agustina y sus fantasmas, Lucrecia y sus deseos, Fernando y sus preguntas insaciables. Mientras tanto, los caracoles marinos animan a Mirko a encontrar su lugar entre los científicos. ¿Cómo encontrar la forma de ser fieles a sí mismos comprendiendo las singularidades de los demás? «La tolerancia y el respeto son construcciones sociales que cada persona, a su manera, puede lograr: algunos aceptan naturalmente a aquellos que están en el mundo de un modo propio, peculiar; otras, no pueden soportarlo, y hay quienes aprenden a flexibilizar su pensamiento y realmente crecen en este proceso». Paula Bombara

Paula Bombara

Lo que guarda un caracol

ePub r1.0

diegoan 02.07.2020

Título original: *Lo que guarda un caracol*
Paula Bombara, 2016

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Lo que guarda un caracol

Conchilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Flashback #18

Pie simple

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Flashback #15

Reproducción

Capítulo 7

Rádula

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Flashback #12

Manto

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Flashback #9

Circulación abierta

Capítulo 14

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Flashback #6](#)

[Digestión](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Cavidad paleal](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Flashback #3](#)

[Cabeza](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Sistemática](#)

[Capítulo 27](#)

[Flashback/Flashforward #La vida](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

*A Lolo.
Por lo que nos unió.
Y también por lo que nos une.*

*No one wants to be loved for being «normal» - everyone wants
to be loved for whatever is unique to them.*

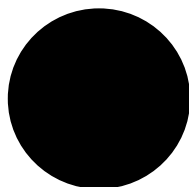
[Nadie quiere ser amado por ser «normal» - todos quieren ser
amados por aquello que hay de único en ellos],

Henry Bond
The Guardian, 16 de abril de 2012

Conchilla

*La conchilla es de carbonato de calcio.
De grosor, consistencia y color variables,
según la especie. Puede tener
forma cónica o espiralada
y presentar ornamentaciones
como cordones, láminas y espinas.
Protege la cabeza, el pie y las vísceras.
La parte más antigua
se produce desde el desarrollo larval.
Toda la vida el caracol refuerza su refugio^[1].*

(Lucrecia / día 1)



Era flaco y vestía de negro.

Jeans sueltos y remera de manga larga sin inscripciones.

Tenía el pelo atado y una mochila azul bien ajustada a la espalda.

Una mujer le hablaba de algo que él no quería escuchar.

Se debatía entre irse y quedarse.

Oscilaba al mismo tiempo que negaba y se agarraba la cabeza con las manos.

Había sinsentidos en su cuerpo.

Un contraer de músculos.

Un rechazo.

Lucrecia no podía dejar de mirar.

No podía dejar de mirar aunque se muriera de ganas de pasarles por al lado para ir al baño.

Estaban en la entrada del comedor del pabellón II de la Ciudad Universitaria de Buenos Aires.

Más de doscientas personas eran testigos involuntarios de la escena.

De la garganta del chico salió un gruñido ronco y potente.

Un llanto que hizo que Lucrecia se tapara la boca con la mano.

Del brazo de él brotó una trompada a la pared.

El torso y las piernas se enroscaron sobre sí hasta ser un bulto abollado a los pies de ¿la madre?

Ella se desmoronó a su lado.

Intentó tocarlo pero fue rechazada. Se incorporó con esfuerzo.

No era liviano su dolor.

Se quedó allí sin saber dónde posar los ojos.
Mientras el gruñido seguía creciendo.
Mientras el cuerpo se movía hacia adelante y hacia atrás a una fuerza.
Mientras él dejaba para siempre su anonimato.

En Lucrecia todo se hizo nudo.
Todo se contrajo. Se apretó.
Los pulmones y el estómago.
Los intestinos y el corazón.
Los músculos.
La causa era ese sonido.
Un sonido que ella había escuchado de pequeña.
Varias veces.
Saliendo de la garganta de la persona más importante de su mundo.
Miró el entorno y vio que alrededor del chico y de la mujer se había hecho un espacio.
Un vacío.

(como si hubiera estallado una bomba arrasándolo todo varios metros a la redonda o como si ellos fueran una bomba que hay que desactivar).

Fernando Plazas se acercó con pasos largos desde el otro lado del pabellón.
Era su director de tesis. Su jefe.
Se acercó y los demás humanos respiraron porque otro ya había hecho el movimiento que nadie se atrevía a hacer.
Desactivó la bomba.
Poco a poco todos los presentes volvieron a sus vidas.

Menos Lucrecia.

Ella quería ver lo que no les importaba a los demás.
Quería ver lo que sucedía después del final de escena.
Cómo su jefe saludó a ¿la madre?, con un abrazo y la consoló un momento.
Cómo se agachó luego para hablar con ¿el hijo?

Cómo se incorporó y miró a la mujer. Cómo se acercó a su oído.
Ella asintió y se fue sin dejar de mirar atrás cada cuatro o cinco pasos.
Fernando se agachó al lado del chico y le habló.
Quizás fue el tono o quizás las palabras.
Lo importante es que cesó el gruñido.
Se detuvo el llanto.
Consiguió apaciguarlo.
Se pusieron de pie.
Su jefe hizo un gesto con el brazo señalando las escaleras.

(como si partieran de Hamelín a una tierra prometida).

Hacia allí se encaminaron los dos.
Al pasar cerca de ella Fernando le sonrió con los ojos y la mitad de la boca.
Iba hablando de algo que Lucrecia no entendió.
Giró para mirarlos. No los siguió.
Se apresuró a entrar al baño.
No aguantaba más.

En el colectivo se había despejado el mal humor de la mañana pensando en la tesis de licenciatura.
Llegar a la tesis era como correr los últimos kilómetros de un maratón.
Durante toda la carrera le habían hablado de la tesis de licenciatura.
La tesina. Su primer trabajo de investigación.
La haría bajo la guía de Fernando.
El plan era finalizarla en nueve meses como máximo.
Desde hacía tres semanas concurría al laboratorio en paralelo con la cursada de sus últimas materias.
Había imaginado el diálogo que tendría con Fernando para planificar las primeras etapas del trabajo.
Ahora dudaba de que ese diálogo fuera a darse.
No había caso: los planes no eran mapas.
Siempre podían torcerse y cambiar.
Entrar en ese grupo de investigación había sido algo muy bueno.
Un logro basado en sus notas.

Pero también en el ida y vuelta que se había generado con Fernando durante la entrevista.

El Dr. Plazas era un profesor prestigioso. Aunque siempre generaba comentarios encontrados. Entre profesores y entre estudiantes.

Cuando contó que haría la tesina bajo su supervisión hubo quienes la felicitaron y quienes dudaron de la elección.

Unos decían que era impredecible.

Otros respondían que era un genio.

Lucrecia llamó al ascensor pero se arrepintió y comenzó a subir por las escaleras.

Eran cuatro pisos. Le daban un poco más de tiempo antes de entrar al laboratorio.

Sospechaba que ahí estaría Fernando con ese chico de negro.

Recordó aquel otro chico de negro que vivía en el pueblo. ¿Qué había sido de él?

Un día no lo vio más. Nunca supo por qué.

Le iba a preguntar a Luciano.

Sospechaba que quería llamar la atención de su familia.

La del mundo entero en realidad.

Ella lo había mirado de lejos muchas veces.

Admiraba su coraje.

¿Coraje? ¿Seguía pensando que era coraje?

Tal vez ahora diría que arriesgarse tanto era estupidez.

O que era lo único que podía hacer en un lugar como ese.

Donde todos miran y opinan y un buen lío puede sacarte de ahí.

El de su pueblo no se parecía en nada a este otro chico.

Una sola vez lo tuvo cerca y fue a la orilla del río.

Ella estaba buscando bichos.

Fue en ese verano tan pegajoso y polvoriento.

(¿qué tendría?, ¿quince?, ¿dieciséis?, él se acercaba a los veinte).

Su voz la sorprendió desde el agua. «¿Qué buscás?».

Sintió temor de que se le acercara demasiado. De que intentara atacarla.

Pero nada en él tenía esa actitud. Aunque la miraba fijamente.

No era lindo. Pero esos ojos traviosos le embellecían el rostro entero.

Ella dijo: «Bichos».

«¿Bichos como yo?».

«No. Bichos que se puedan meter en estos frascos».

Lucrecia recordaba ese diálogo con frecuencia. Su respuesta era lo que más le había gustado de esa tarde.

Porque se animó a decirla y porque hizo que él soltara una carcajada y se pusiera a ayudarla.

Se preguntó si el chico de negro de su pueblo recordaría ese encuentro.

Igual que ella lo había recordado hoy.

Se respondió que quizás sí.

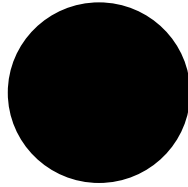
Al fin y al cabo ella tampoco encajaba.

Cargaba con una «circunstancia».

Una que se hizo coraza.

Pero no era inmune a los comentarios.

A esa asquerosa e hipócrita piedad.



Abrió la puerta a la antesala de todos los laboratorios.

Una cartelera repleta de anuncios ofreciendo cursos y datos varios daba cuenta de la entrada.

Un cartel: Departamento de Biodiversidad y Biología Experimental.

Una secretaría al frente y dos pasillos. Uno a la derecha y otro a la izquierda.

Lucrecia giró a la derecha.

Caminó hasta la puerta número diecinueve.

Antes de entrar apoyó la mano sobre el picaporte y se dio un instante.

Aún tenía algo de mágico estar ahí haciendo experimentos.

Bajar ese picaporte era entrar a un sueño revisado una y mil veces durante la infancia.

Un sueño modificado por la realidad pero sueño cumpliéndose al fin.

(cuando sea grande voy a juntar bichos y estudiarlos en un microscopio voy a separarlos por brillo por color por tamaño por cantidad de patas por clases de antenas por tipos de alas

cuando sea grande voy a atrapar moscas y sacar fotos a sus ojos voy a descubrir algo que solo yo podré ver en las polillas de la noche y también voy a descubrir el mejor alimento para las vaquitas de San Antonio y ellas querrán comerlo y por eso cumplirán mis deseos

y cuando sea grande voy a seguir a una mariposa toda su vida y voy a contar su historia porque cuando yo sea grande voy a estudiar y a ser insectóloga o como se llamen los que estudian los bichos chiquitos).

El lugar no era muy grande.

Al abrir la puerta se entraba en un pasillo ancho con tres computadoras —y sus respectivas sillas— alineadas a la derecha.

A continuación estaba el laboratorio propiamente dicho.

Un gran ventanal al fondo de esa sala daba luz natural y refugio a los pensamientos.

Una heladera entorpecía la vista y otra se hacía invisible en un rincón.

Dos microscopios atraían la mirada. Uno de ellos conectado a una cuarta computadora.

A un lado de la sala había una pileta y una estufa de secado sobre una mesada oscura.

Al otro lado había una campana de extracción de gases tóxicos y una segunda pileta.

Las zonas de trabajo y sus respectivos estantes y cajones se distribuían entre los equipos.

Una mesa para seis personas era el centro del lugar.

Allí se sentaban a discutir lo que fuera que tuvieran que hablar.

Allí estaban en ese momento su jefe y el chico de negro.

—¡Lula! Qué bueno que llegaste. Justo le estaba contando a Mirko quiénes trabajan conmigo acá —dijo Fernando con un entusiasmo quizás un poco exagerado.

El chico levantó la mano en señal de saludo.

—Hola. Mi nombre es Mirko Brusic —dijo con una voz sin música y sin mirarla a los ojos.

—Ho... Hola... Luí... Lucrecia Bing —también ella levantó la mano, inhibida por la formalidad y la distancia que Mirko imponía.

—Mirko es hijo de Ivo Brusic, ¿tuviste a Ivo de profe de Química Inorgánica? —preguntó Fernando.

Ella dijo que sí, todavía inhibida.

—Va a trabajar un tiempo con nosotros, ¿no, Mirko? —agregó.

Ahora fue él el que dijo que sí.

—Bueno... yo tengo que hacer unas disecciones...

—Andá, Lula, andá. Mirko, no te lo dije antes: a Lucrecia le decimos Lula. Es su sobrenombre.

—Yo la llamaré Lucrecia Bing. Es un nombre fácil de recordar.

—Es un nombre muy musical —opinó Fernando con una sonrisa, mirándola.

Lucrecia respondió a la sonrisa sospechando que en ella había una promesa de conversación.

No era sencillo concentrarse con ese chico ahí.

No era sencillo pero la aliviaba porque ella dejaría de ser «la nueva».

Pasaría a ser parte del equipo.

¿De verdad era parte de un equipo?

Agustina y Alejo aún no recordaban su nombre.

Agustina y Alejo: los dos becarios de su jefe.

Biólogos ya recibidos que habían ganado una beca para seguir formándose como investigadores.

Eso mismo quería para su futuro.

No importaba si Agustina y Alejo no reparaban en ella.

Trabajaba mejor si pasaba inadvertida.

Se puso el guardapolvo con prisa y fue a sentarse frente a su mesada.

El espacio estaba prolijamente delimitado con cintas adhesivas de color fucsia puestas por Agustina.

Le había dicho con una sonrisa que era hasta que se acostumbrara.

Para que no sintiera la territorialidad obvia que contenían esos límites.

Ese metro de mesada con esos tres estantes y esos dos cajones para ella eran suficientes.

En realidad le sobraba espacio.

Abrió el cajón y sacó lo necesario para comenzar con las disecciones.

Los animales que estaba estudiando: moluscos bivalvos oriundos de Villa Gesell.

Calibre para medir. Bisturí para cortar. Lupa para ver el interior.

Frasquitos. Solución fijadora. Marcador indeleble.

Buscó la muestra de bivalvos.

Esos bichos que tantas veces había desenterrado de la arena solo para molestar.

Esos que le parecían la mar de intrascendentes.

La reproducción de esos bichos era el tema de su tesis de licenciatura.

Aún le molestaba en la memoria la carcajada de su padre cuando le contó el tema de su investigación.

«Y decime, Lulita..., ¿a quién mierda le importa la reproducción de los bivalvos?, ¿seguro te van a aprobar?».

(papá es un bestia no entiende nada).

Lucrecia tomó el bisturí.

—Ya conocés el lugar —dijo Fernando mientras Mirko observaba los estantes—; todo está igual. Dejá la mochila en el perchero, si querés.

—No gracias. Todo tiene otro color.

—¿Ah, sí? Pensé que habíamos pintado del mismo color...

—El color es diferente.

—Bueno. Pero no taaaaan diferente...

—Es verdad. No es tan diferente.

—El lugar de mesada que está libre es este. Creo que vas a estar bien acá. Y para cosas que necesitan más espacio, como siempre, usamos esta mesa.

—La mesa es nueva. No está en la mejor ubicación.

—Sí, es nueva, ¿no te conté que la cambié? Es un poco más grande...

—Si la mesa estuviera dispuesta de modo perpendicular a la ventana quedaría más espacio para circular alrededor. Como la anterior. Funcionó con la anterior. Estoy ciento por ciento seguro de que se optimizaría el espacio.

Fernando miró a Lucrecia, que seguía atenta el diálogo, incapaz de concentrarse en sus disecciones.

—¿Querés que optimicemos el espacio?

—Sería muy conveniente. Sí Como la mesa anterior.

Casi igual de altos.

Lucrecia los observó mientras cada uno tomaba un extremo de la mesa para moverla.

Fue apenas un giro de noventa grados pero sin duda el espacio se veía más liberado.

La voz de Mirko y su cuerpo movido a destiempo resultaban difíciles de obviar.

Pero eran sus manos que parecían guiadas por un cerebro aparte lo que ella seguía con la vista.

Tenían algo de libélula en vuelo.

—La verdad, un gran cambio. Gracias, Mirko —reconoció Fernando.

—De nada —Mirko miró su reloj—. En siete minutos dieciséis comenzará mi clase. Debo irme.

—¿Sin almorzar? ¿Vas a estar bien?

—Estaré perfectamente Fernando Plazas. Necesito que me guíes hasta el aula 5 del subsuelo.

Fernando buscó una lapicera. Escribió unas instrucciones y dibujó un plano.

—¿Cuento con vos para ese trabajo que te comenté? —preguntó al entregárselo.

Mirko observó el plano. Habló con los ojos en el papel.

—Sí. Gracias por las indicaciones. Comprendo perfectamente lo que dicen.

—Me alegro mucho, Mirko, de verdad. Te espero pasado mañana, entonces.

—A las catorce horas. Sí. Sí. Aquí estaré a las catorce horas.

3

Con el cerrar de la puerta llegó un suspiro de Fernando.

Lucrecia lo miró. Él le indicó sin palabras que lo siguiera.

Se sentaron frente a frente en la mesa recién acomodada.

Y Fernando comenzó a hablar un poco tenso.

—Me imagino que ver la crisis de Mirko te debe de haber impresionado.

—Y, sí —aceptó Lucrecia—. Me dio mucha pena.

—Mirko es... Mirko. A ver... Lo conocí cuando era bebito. Sus padres eran ayudantes de laboratorio cuando yo era alumno. Ivo, de Química Inorgánica y María, de Química Biológica. Teníamos amigos en común, pegamos muy buena onda, en fin, nos hicimos amigos a pesar de los años de diferencia. La cuestión es que la infancia de Mirko fue..., digamos..., complicada, y conmigo, quién sabe por qué, conectó desde chico. Y a mí me vino bien estar con él, porque en aquellos años yo estaba muy... chiflado, digamos. Fui una especie de..., no sé cómo decirte..., algo como un guía, confidente... Pero no me hace confianzas ni permite demasiado que le digan qué hacer... En fin. Vos ya lo viste. Pero no te quedes con esa expresión robótica. —Lucrecia asintió, para que Fernando siguiera—. Creo que me deja entrar en su rutina, eso nomás ya es un montón. Me tiene confianza..., creo. En realidad me encantaría que me tuviera confianza. Lo que sí sabe es que, si me habla, lo escucho de verdad.

—¿Lo escuchás de verdad?

—Viste que no siempre la gente se escucha de verdad. A veces hacemos como que escuchamos, pero seguimos en nuestro mundo...

—Sí, es cierto.

—Bueno, yo a Mirko lo escucho de verdad.

—...

—Me interesa lo que dice porque tiene un modo diferente de ver las cosas. Fíjate lo de la mesa de recién.

Lucrecia se acomodó en la silla.

—Sí... Se ve que necesita espacio.

Fernando sonrió.

—¿Sabés? Él hizo todo lo que pudo del Ciclo Básico Común a distancia, y el resto en la sede más cercana a su casa. Y cuando venía a Ciudad a rendir los exámenes, pasábamos un rato acá. Me parece que acá él se siente bien. Y este año, cuando empezó a cursar, enseguida hablé con Ivo y María para que viniera. Ellos tienen un poco de miedo de que no reciba bien tantos cambios, pero yo creo que le va a hacer bien estar en el labo. Imagínate que me ayudó a pensar dónde poner las estanterías cuando era un nene. Me ayudó a limpiar todo hasta que quedó impecable. Fue una gran ayuda para mí cuando armé de cero este laboratorio. —Su jefe hizo una pausa, había captado un dejo de asombro en el gesto de Lucrecia—. No te sorprendas. Acá todos somos un poco raros. Acá en el mundo, digo.

—Será por eso que acá me siento cómoda —rio Lucrecia. Y luego aclaró—: Acá en el mundo, digo.

—Me alegra que te sientas cómoda, Lula. Está bueno saber eso siendo tu director —Fernando abandonó la sonrisa—. Lamentablemente no todos se sienten cómodos con Mirko.

A Lucrecia se le vino a la cabeza la imagen de las tres viejas más chusmas del pueblo callándose mientras ella pasaba.

Ese ahogo. Esas ganas de ser tragada por la tierra antes de seguir siendo mirada así.

—... tremendo. Le dijo que no podía tener un retardado en el grupo. Fue horrible. A él ni lo miró.

—Perdón... ¿Quién dijo eso?

—La profesora. Cuando la mamá de Mirko lo llevó a clases de taekwondo, hace varios años. ¿Te quedaste pensando en algo?

—Sí, perdón. En ciertas mujeres de mi pueblo...

Fernando hizo una mueca.

—Uf, sí. Conozco algo de eso. Vos estás en el labo hace... ¿cuánto? ¿Dos meses?

—Menos de un mes...

—¡Ah! ¡Qué lento pasa el tiempo! Con todo lo que hicimos, pensé que hacía más. Bueno, como sea. Más esperanzador aún. Vos estás hace menos de un mes y después de verlo hoy en crisis y escuchar nuestra conversación de hace un rato lo que me decís es que Mirko necesita espacio. Nada más. Me das esperanza.

Lucrecia levantó los hombros.

Solían decirle que algo en ella daba esperanza.

Nunca sabía qué hacer con eso.

—¿Conocés a alguien parecido a él?

—No, pero sé lo que es sentirse marginada —respondió Lucrecia con cierta timidez—. Bueno, ya te lo conté en la entrevista: crecí en el campo. Viste lo que dicen: pueblo chico...

Fernando asintió.

—Yo también vengo del interior. De una ciudad chica.

Y te entiendo. No es fácil..., no es nada fácil. Yo me fui en cuanto pude.

Lucrecia se quedó callada un momento y luego preguntó:

—¿A Mirko le duele cuando hablan así de él?

—¿La verdad? Si te digo, te miento. Es difícil saberlo... ¡Lo que sí sé es que a mí me duele!

—Sí, claro... ¿Qué le pasó hoy?

—Una discusión con su mamá.

Lucrecia lo miró interrogante pero Fernando no dijo más.

—Dijiste que va a trabajar con nosotros...

—Sí, bueno. En realidad va a trabajar conmigo. Quiero que me ayude con algo que tengo pendiente. Pero no te preocupes, yo voy a estar cuando él venga. Y también cuando vos quieras conversar algo.

—A mí no me preocupa, eh. Me desconcentra un poco cómo habla. Pero nada... me adapto.

Fernando se relajó.

—Qué bueno. Voy a encarar el tema con Agustina y con Alejo, entonces. Ellos no son tan abiertos como vos.

Lucrecia volvió a su mesada y por fin pudo concentrarse en las disecciones de los bivalvos.

No era complicado hacerlas pero requería separar muy bien las partes internas de los moluscos y hacer cortes limpios.

Cortes que no produjeran desgarros.

El bisturí debía tener una hoja nueva o con muy poco uso y supervisar eso era lo primero que debía hacer.

Tomó un bivalvo con cuidado y lo midió con el calibre.

Lo puso luego bajo la lupa y separó las valvas con el bisturí.

No debían romperse. No debían romperse. No se rompieron.

(¡bien!).

Observó lo de adentro. La masa visceral: un conjunto viscoso que poco a poco iba conociendo cada vez mejor.

Buscó con la vista los órganos sexuales. Las gónadas. Su objeto de estudio.

Macho y hembra se diferenciaban por la coloración y Fernando le había dicho que «ya se haría el ojo».

Con un corte limpio del bisturí separó las gónadas del resto.

Llenó medio frasquito con la solución fijadora y las colocó ahí.

Su trabajo ya estaba a salvo. Por un tiempo no se iba a pudrir.

Escribió la identificación correspondiente en el frasco.

Le llevaba casi media hora hacer una disección.

Agustina las hacía en menos de quince minutos.

La velocidad era una cuestión de experiencia.

Mientras trabajaba a veces se permitía pensar en alguna otra cosa.

Pero en general cada animal le demandaba una concentración absoluta.

Eso no la cansaba. Al contrario: la relajaba.

La mantenía aislada del mundo de todos los días. Con ganas de cantar.

Era una sensación muy disfrutable esa de meterse para adentro.

Pasó el tiempo.

No se dio cuenta.

Por la ventana vio que el atardecer ya había dado paso a la noche.

No había notado ni los cambios de luz ni los movimientos de Fernando.

Ni siquiera tenía conciencia de haber pensando en algo más que en hacer las disecciones lo mejor posible.

Miró el celular. Cinco llamadas perdidas.

Todas eran de Luciano.

No las había escuchado.

Llegaría a su departamento a cualquier hora.

Y bueno.

Quizás tenía que ir acostumbrándose.

Miró hacia las computadoras y Fernando seguía ahí. Escribiendo.

Guardó su trabajo en uno de los cajones. Ordenó y limpió.

—Me voy Fernando. Nos vemos mañana.

—Ah, bueno. Chau. Yo me voy a quedar un rato más. Tengo mil papeles atrasados —dijo con resignación.

Mientras esperaba el colectivo sonó su celular.

Era Luciano. Estaba en la puerta de su edificio esperándola.

Le reprochó las llamadas perdidas pero también le dijo que ya estaba acostumbrado a eso.

Ella no supo cómo decirle que quería estar sola.

Las últimas tres noches se había quedado a dormir y se sentía invadida.

(pero era su novio era un amor era todo lo que una chica podía pedir).

Le dijo que recién salía del labo y que tardaría bastante porque había una fila larguísima para subir al colectivo.

Con cierta molestia él dijo que no importaba.

Que la esperaba en el bar de la esquina.

Que no entendía por qué no le daba una llave y listo.

Lucrecia cortó.

¿Por qué no le daba una llave y listo?

¿Por qué no había aceptado la idea de mudarse juntos?

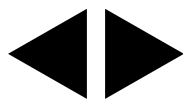
(horas y horas sentados en la parecita del frente de la casa de él soñando en lo que harían en la gran ciudad).

De todos esos sueños en cuatro años no habían cumplido más que el primero. El más infantil de todos. Y fue apenas llegaron.

Qué lejana le parecía esa etapa de la relación con Luciano.

Y se acercaba su aniversario número seis.

(seis años ya).



Flashback #18

—Es Ciudad, María. Mirko conoce rebien Ciudad Universitaria.

—Ya lo sé, ya lo sé...

—¿Y entonces?

—Me preocupa. Es mucho más grande que su colegio. Las clases son muchísimo más numerosas.

—No sé... yo lo veo rebien a él.

—Sí...

—Hace rato que no tiene ninguna crisis...

—Sí...

—En el C. B. C. le está yendo súper. Además, nosotros vamos a estar trabajando acá... Puede venir a vernos, si necesita algo.

—Yo no contaría con eso. A Miriam le dijo que no va a interrumpirnos...

—También está Fernando.

—Sí, también está Fernando.

—...

—...

—¿Salís tarde hoy?

—Tengo que dar clase, reunión de grupo, entrevista con los organizadores del Congreso de Mar del Plata... ¿Vos?

—Discusión de experimentos. Teórica de Inorgánica. Los papeles del subsidio. Y seguir con el *paper*...

—...

—En serio, despreocúpate. Además, Miriam dijo que lo ve contento.

—A veces le tengo celos a Miriam...

—¡Siempre le tenés celos a Miriam!

—Sí. Bueno. Ya lo sé. Pero a veces me da bronca que sepa más de Mirko que nosotros. ¿Viste que a ella le escribe *mails*?

—Perdón, María, pero dejame reírme un poco: ¿cómo vas a hacer cuando Mirko tenga novia?

—¿De verdad pensás que Mirko puede tener una novia?

—¡Jajaja! «Para cada roto hay un descosido», decía mi abuela.

—Mirko no es ni roto ni descosido, Ivo. Mirko es...

—Ay, María, María. Aceptá que tu hijo empezó la facultad. Y felicítate por esto.

—...

—En algún momento, esto parecía imposible.

—Okey, okey... ¿Me dejás en el pabellón I?

—Sí, claro. Gracias por el café. Y relajate, que va a estar todo bien.

—Ojalá. Sí. Tenés razón. Tenemos que repetir estos encuentros más seguido.

—Será un placer.

—¿Leíste la novela que te regalamos?

—¡Sí! ¿No te conté? Me compré otra del mismo autor. Me encantó. ¿Querés que te la pase?

—Dale. Me encantaría. ¡Chau!

Pie simple

*En posición ventral, los gasterópodos
generalmente tienen un pie.*

Con ese pie pueden desplazarse y enterrarse.

*Es una de sus principales características
y da nombre al grupo.*

*El pie asoma por la última vuelta de la conchilla
y sobre él, protegido en el interior,
se encuentra el resto del cuerpo del caracol.*

(Fernando / día 7)

4

¿Era su cabeza la que se partía en mil pedazos? Sí, era.

Recibía las voces de Agustina y Alejo con resonancias. Los agudos se le clavaban en la nuca y desde allí tironeaban como fieros conductores de un caballo cansado. ¿Se detendrían los agudos en algún momento? Ya no soportaba.

—Paren, chicos. Denme un minuto. El dolor de cabeza me está matando.

—Tengo ibuprofeno, ¿querés?

—Dale, sí. Perdonen, pero esta semana estuve a *full*. —Agustina le pasó la pastilla mientras él se servía agua de una botella que los acompañaba en la mesa de reuniones—. Hagamos una cosa: ustedes pasen en limpio lo que hablamos hasta ahora mientras yo bajo al comedor. Hoy no almorcé y ya son..., ¿qué hora es? —Fernando tomó el celular que estaba sobre la mesa y miró la hora—. Ah, bueno, claro. Con razón.

—¿Después volvés? Porque yo te quiero comentar algo de mi tesis.

—¿No querés comer conmigo y charlamos mientras tanto?

—Nnnoo..., prefiero quedarme pasando esto en limpio.

Te espero.

—Como quieras. ¿Es importante?

—Sí.

—Yo me parece que me voy a ir, sigo escribiendo en casa —avisó Alejo.

—'Tá bien. No tenemos nada pendiente, ¿no? —Alejo dijo que no mientras miraba sus hojas de anotaciones—. Andá, entonces. Nos vemos mañana.

Al cerrar la puerta del laboratorio Fernando miró el piso.

¿Su baldosa seguía allí? Sí, seguía.

Pisarla era una costumbre secreta que les daba comienzo, pausas y final a sus rutinas.

Esa baldosa tenía una cachadura que había causado él y una zona que se había decolorado en el mismo accidente.

Su pie también tenía una cicatriz.

¿Recordaba el accidente? Sí, lo recordaba.

Un tropezón estúpido que le hizo soltar la botella de formol que llevaba en la mano. Por suerte no había pasado nada grave, pero su baldosa le recordaba la desesperación que sintió cuando, al tropezar, soltó el frasco y se dio cuenta de que le mojaría el pie.

¿Por qué pisaba la baldosa? ¿Por qué, cada vez, sin poder evitarlo?

De algún modo, esa baldosa marcaba el ingreso a su territorio. Por eso la pisaba. Era como un portal.

¿Bajó al comedor por las escaleras?

Sí, e hizo una breve pasada por el baño. Sus intestinos empezaron a gruñir apenas se preguntó qué comería... Siempre le habían llamado la atención los reflejos condicionados. Eso de pensar en comida y que la boca se llenara de saliva, el estómago se preparara...

¿Qué comería?

Un sánduche de milanesa y papas fritas.

¿Seguro? Sí, seguro.

Lo alivió ver que no había fila para pedir y pagar.

¿Tenía cambio? Sí, tenía.

Muy pronto, con un sánduche de milanesa completo y una gaseosa en la bandeja, buscó sentarse cerca del ventanal para mirar el río.

No quería pensar en nada, pero eso era imposible.

¿Vendrían las chicas? Sí, esperaba que sí, que no hubiera más sorpresas.

Ese fin de semana recibiría a sus hijas. Hacía más de dos meses que no pasaban unos días juntos. Suspiró. Quería estar dedicado a ellas y para eso todo lo del trabajo tenía que quedar resuelto.

Dio el primer mordisco.

¿Estaba rico? Sí, estaba.

Miró hacia el Parque de la Memoria. La escultura que emergía del agua era como un imán para sus ojos.

¿Por qué sería?

No sabía, nunca había entendido por qué. Pero esa silueta siempre acogía su mirada y le provocaba un leve estremecimiento. El río estaba agitado.

¿Había viento?

Movió los ojos de allí al cielo y se colgó de una nube que iba cambiando de forma. Abrió la gaseosa y volvió al cielo: la nube ya había cambiado. Giró la cabeza y buscó la copa de los árboles; el viento hacía que todo cambiara de forma a cada instante. Al cuarto y quinto bocado ya se sentía mejor.

Demasiado para una semana...

¿Cuál había sido la cuestión más complicada?

Sin dudas, la incorporación de Mirko.

Al día siguiente de la crisis, Fernando había reunido a Lula y a sus dos becarios alrededor de la mesa para comunicarles su decisión. ¿Por qué? Porque quería observar sus reacciones para tener una idea de cómo organizar al grupo.

Agustina arrugó la nariz y bajó la vista. Alejo escuchó la noticia girando su lapicera entre los dedos.

—¿No nos va a atrasar? —preguntó luego, con cierto recelo.

—Estaba pensando lo mismo —dijo Agustina con sequedad—. No puedo perder tiempo, estoy al límite.

—No, no los va a atrasar.

—Ah... creí que... —ella tenía una expresión en el rostro que a Fernando le costaba interpretar. Una expresión que por momentos parecía rechazo y por momentos, angustia—, que la gente así necesita entrenamiento especial, apoyo..., algo...

—Sí, existen muchos prejuicios. Pero son eso: prejuicios —respondió Fernando con voz firme—. Yo voy a estar con él. Ustedes primero vean cómo trabaja y después cualquier cosa volvemos a hablar.

Alejo y Fernando se midieron en silencio.

—Bueno, veremos, entonces —respondió Alejo, tan a la defensiva como su compañera.

—Repito, no se preocupen: Mirko va a trabajar conmigo en algo que no tiene nada que ver con lo de ustedes. Y yo les prometo que no va a

interferir en nuestros tiempos de reunión. Quiero que eso les quede claro. Cuenten con eso.

Agustina estaba tensa. Volvió su rostro hacia la ventana. Fernando se fue hasta su computadora creyendo que la charla había terminado, pero ella, al detectar el movimiento, sin mirarlo, dijo:

—Si vos vas a estar con este... estudiante..., ¿a Lula quién la va a ayudar?

Lucrecia reaccionó:

—¿A mí? Yo no... Yo tengo para rato con las disecciones...

—En una investigación siempre pasa algo, siempre se necesita ayuda —le respondió Agustina, terminante, girando sobre sí para mirarla.

—A ver... —respondió Fernando sentándose en su silla—. Esto es un grupo. Somos un equipo. Lo que yo espero de ustedes dos es que, si Lula necesita algo, estén dispuestos a darle una mano. Así funcionamos desde que formé mi primer equipo y no veo por qué haya que cambiar eso. Irene y Joaquín te ayudaron a vos cuando entraste, también le dieron una mano a Alejo hasta que se fueron... El sistema es este y funciona bien...

—Lo que digo es que, si necesita algo, con el chico nuevo en el laboratorio yo no sé si voy a poder.

—Pero yo no necesito ayud...

—Sinceramente, no entiendo qué tiene que ver una cosa con la otra. Pero no te hagas drama. Despreocúpate —respondió Fernando con cierto malestar—. Si Lula necesita algo, viene y me dice a mí. Y Mirko va a estar conmigo. Yo veré cómo hago para resolver los problemas que vayan surgiendo. Es mi decisión. Yo me hago cargo. ¿Tá bien?

—Perdón, Fernando, pero no. No está bien para mí. No entiendo qué gana el grupo con esta incorporación —dijo Alejo desde su lugar.

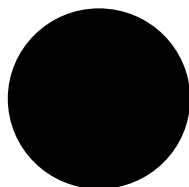
—Eso lo vamos a ver cuando funcionemos como grupo, Alejo. Lo que puedo adelantarte es que Mirko piensa de un modo diferente y que eso puede resultar muy interesante para nuestras investigaciones.

—Me cuesta creerlo —respondió Alejo manteniendo su postura distante—. Pero, bueno, vos sabrás. Lo que espero es que mi *paper* no se atrase...

—Te repito lo que les dije hace unos minutos: el tiempo extra que use para trabajar con Mirko no va a significar menos tiempo con ustedes. Sin ir más lejos, tenemos por delante varias reuniones ya planificadas, ¿no? ¿Vos avanzaste lo suficiente? —preguntó Fernando.

—Sí, por supuesto. ¿A qué hora van a ser las reuniones?

Porque yo no puedo quedarme hasta cualquier hora.
Fernando dejó pasar ese dardo inútil.
—La próxima es mañana a las nueve, ¿no?



¿Quería volver al labo? La verdad sea dicha: no, no quería volver.

Eran pocas las veces que le pasaba, pero esta temía que Agustina le complicara la tarde. Desde que había comenzado con la escritura de la tesis doctoral, su becaria estaba más tensa de lo habitual. ¿Qué sería lo que tenía que contarle? Quizás no fuera nada. Quizás fueran detalles irrelevantes.

¿Qué era lo más importante?

La investigación, lo más importante era la investigación. Más allá de quién la estuviera haciendo. Y Agustina siempre había sido una científica eficiente y entusiasta. Se concentraría en eso. Al menos lo intentaría.

¿Qué era lo que rondaba y rondaba por la mente de Fernando?

La pregunta de Alejo: ¿por qué sumar a Mirko al equipo? Tiró de ese hilo siguiendo la pregunta, expandiéndola: ¿por qué no ayudarlo de otro modo?, ¿por qué darle una responsabilidad?, ¿por qué asumir tantos riesgos ante sus becarios y también ante sus colegas?

No sabía, pero intuía que tenía que ser así. Era una cuestión de tripas, algo que iba más allá de lo racional.

¿Tenía ganas de seguir el camino de la corazonada? Sí, definitivamente.

Cada vez que su cuerpo había dado esas señales había sido para bien.

Fernando se apoyó en eso y se repitió la pregunta: ¿tenía ganas de seguir esa corazonada? Sí, definitivamente.

Cada vez había sido para bien. Claro que primero todo parecía descontrolarse e írsele de las manos, pero luego había traído algo bueno.

¿Tenía ganas de asumir el costo alto que traían las corazonadas, ese costado a veces doloroso, a veces violento, continuamente impredecible?

Lo bueno cuesta, se dijo Fernando.

¿Cuál sería el costo de esta movida? Nunca se sabía de antemano. Para empezar decidió que al día siguiente pediría una reunión con el Consejo

Departamental para comentar la decisión que había tomado. Llevaría el currículum y la carta que Miriam había escrito para respaldar la decisión de Mirko de estudiar Biología en la UBA. Era mejor que la incorporación al laboratorio fuera «en blanco».

Atraído por la palabra «blanco», recordó sus viajes a la Antártida. La imagen de esas aguas, los surcos que el barco abría en ellas. En esos recuerdos había luz y oscuridad jugando una partida que no tenía fin.

¿El primer viaje había sido producto de una corazonada? Sí, de una poderosa.

A los veintisiete años, para poner fin a unos años negrísimo de los que recordaba poco y nada. Luego regresó varias veces, como quien vuelve a su verdadero hogar.

¿Cuánto había pasado desde su última visita?

Cinco años ya. La había disfrutado muchísimo más que las anteriores. ¡Cuánto extrañaba ahora esa sensación de soledad! Pero hubo días en los que no la extrañó para nada, ¿no?

Definitivamente. Recordó los días en que le resultaba intolerable, en que pensaba que se volvería loco.

¿No había sido en esos días cuando recuperó verdaderamente las ganas de volver a la vida? Sí.

Solo cuando pasó por eso se sintió cuerdo de verdad, liberado del lastre de sus adicciones. Navegando por el Mar de Weddell supo que era un error intentar llenar el vacío que sentía dentro de sí. Mirando esas aguas sin fondo cayó en la cuenta de que ese hueco también era parte de él. Tuvo que irse al hielo de la Antártida para poder desnudarse ante sí mismo y aceptarse como era.

¿Quizás tomar un café? Sí, un café para despertarse.

¿Con chocolate? Había duplas imbatibles y café con chocolate era una.

¿Acaso había otra dupla mejor?

¿Té con torta de limón? ¿Queso y vino tinto? ¿Melón y jamón crudo? ¿Pan calentito con miel?

Pensar en duplas lo devolvió al primer día de trabajo con Mirko.

En su último viaje a la Antártida había hecho un convenio de investigación con un grupo de la Base Carlini y por eso, una vez al año,

recibía un muestreo de moluscos antárticos. Mientras estaba allá había conversado con otros colegas biólogos y lanzado cientos de preguntas al aire. ¿No sería posible que ciertas especies tuvieran diferencias importantes respecto de otras poblaciones de la misma especie localizadas más al norte? Si eso era así, ¿seguían siendo la misma especie? ¿Cuándo una especie se diferenciaba lo suficiente como para ser clasificada como tal? También se preguntaron en esa charla de sobremesa si no habría allí especies nuevas aún no descubiertas, las famosas especies «perdidas», las figuritas difíciles, y concluyeron unánimemente que desde luego. Esa era una pregunta muy poco original en el mundo de los biólogos marinos, pues con la ayuda de nuevas metodologías tecnológicas se podían detectar aspectos nunca antes evaluados e ir modificando las relaciones de parentesco entre los grupos.

—Es cierto. Podrían haberse modificado. Pero seguimos la taxonomía de Winston Ponder y David Lindberg. Es la mejor —acotó Mirko, levantándose de la silla, cuando él le contó la charla con los colegas malacólogos de la Antártida—. Hay varias revisiones provisorias. Posteriores al dos mil. Ellos publicaron en el noventa y siete. La de ellos es la mejor clasificación.

—Exacto —ratificó Fernando—. Pero se siguen acumulando datos. Muchos de los cuales siguen sin incluirse. Viste que Ponder y Lindberg se basan en ciento diecisiete características, pero ya pasaron casi veinte años y ahora sabemos mucho más. Incluso la revisión más aceptada, de Bouchet y Rocroi, ya tiene más de una década...

—Yo no diría que sabemos más Fernando Plazas. Diría que tenemos más datos —Mirko oscilaba de un pie a otro mientras escuchaba; sus dedos tamborileaban el aire.

—Sí, bueno. Es cierto: tenemos datos que están siendo publicados y analizados. Pronto vamos a saber mucho más. O quizás, lo que vamos a saber es que nos falta conocer bastante. Lo que quiero contarte es esto... Mirko, ¿me estás escuchando?

Mirko dijo que sí y metió las manos en los bolsillos delanteros de su pantalón.

—Bueno. Alejo se está ocupando de los bivalvos de la Antártida. Su análisis ya le dio al laboratorio un muy buen *paper* el año pasado. Pero de cada muestreo hay un grupo de caracoles que decidimos descartar. Un poco porque son *Gastropoda* y él no se dedica a esa clase de moluscos, y otro poco porque son especies bastante estudiadas. Pero lo cierto es que,

aunque se trate de especies comunes, hay mucho por ver en los caracoles de los mares antárticos. Y creo que podemos aportar datos valiosos si hacemos un estudio comparativo. —Fernando se sentía cada vez más entusiasmado mientras hablaba, pues, en el esfuerzo de ser claro para que Mirko entendiera, él mismo estaba entendiéndose—. Mi idea es que clasifiquemos las diferentes especies que vayas encontrando, hagamos una batería bien completa de mediciones y las ubiquemos en las zonas donde se realizaron los lances.

—Los lances. Siempre los lances se hacen en la misma zona Tienen que hacerlos en la misma zona.

—Sí, los muestreos se hacen en la misma zona. Son las mismas poblaciones. Al menos eso intentamos. Tenemos que verificarlo. Vos lo vas a verificar, ¿te parece bien?

—Quiero ver los caracoles. Tengo que ver los caracoles Fernando Plazas. Ahora ¿puedo?

Los dedos de Mirko comenzaron a volar nuevamente, impulsando sus manos. La ansiedad lo estaba ganando. Intentó retenerlos poniendo las manos en los bolsillos pero no pudo. Sus piernas dieron pasos.

—Esperá un minuto más, por favor. Me falta decirte qué vas a hacer.

—Ya me dijiste. Verificaré que sean las mismas poblaciones — Fernando abrió un cajón para sacar una hoja limpia. Mirko preguntó de nuevo—: ¿Puedo verlos caracoles?

—Vas a verificar eso, pero tengo que decirte cómo.

—Fernando Plazas. Creo que necesito verlos ahora mismo.

Fernando lo miró. Estaba preparado para la ansiedad de Mirko, sabía controlarla, no dejó que los movimientos espasmódicos que veía lo perturbaran.

—Vamos a hacer una lista de tareas.

—¿Podemos hacerla después de mirar los caracoles?

—No. ¿Dónde está el tuyo?

—¿Qué? —Mirko se desorientó. Miró el suelo un segundo. Se quedó quieto—. ¿Mi caracol?

—Sí. ¿Dónde está?

—En mi mochila. Pero. No lo necesito. Me calmaré sin él. Podré hacerlo.

—Seguro que sí. Vamos a escribir la lista de tareas.

Mirko buscó un instante los ojos de Fernando. Se encontró con una mirada firme y atenta que no lo asustó. Logró sentarse. Sus dedos se posaron sobre sus rodillas.

—Después. Después miraremos los caracoles.

—Después vamos a mirar los caracoles hasta conocerlos de memoria. Te vas a cansar de mirarlos.

—No. No creo que me canse.

—Es una forma de decir.

—No tiene lógica esa forma de decir.

¿Había terminado bien la tarde? Sí.

Había sido una tarde agotadora. Y productiva. Había logrado escribir una lista de tareas que Mirko podía hacer.

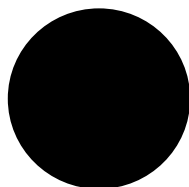
¿Confiaba en que haría todo bien? Sí, haría todo perfectamente.

Sacar fotos de cada ejemplar, realizar mediciones con el calibre, contrastar la latitud en la que había sido hallado cada caracol con lo que decían las fuentes bibliográficas. Lo que más disfrutaba Fernando de estar con Mirko era que, cuando lograba compenetrarse con algo, era genuino e intenso. Por más que fueran tareas sencillas como medir y fotografiar.

El café se había terminado. Del chocolate quedaba la mitad.

¿Estaba listo para volver al trabajo? Sí, ahora sí estaba listo.

Era tiempo de subir hasta la puerta diecinueve y pisar nuevamente su baldosa.



¿Qué vio cuando abrió la puerta?

Vio que Agustina y Lucrecia estaban cada una en su mesada. Ambas lo miraron al escuchar el ruido que hicieron las bisagras.

¿Cuál era el problema? ¿Pudo resolverlo? Sí, pudo.

El problema que para su becaria era un Aconcagua resultó un cerro fácil de escalar. Con solo agregar un juego más de muestras se resolvía la incertidumbre que los datos le habían provocado.

Eso significaba sumar un viaje a la costa en un futuro próximo, para recolectar nuevos caracoles, cosa que solía ser bienvenida en el grupo, pero Agustina se mantuvo seria.

—¿Era eso nada más? —le preguntó Fernando, observando que ella no se movía.

—Eso y que me cuesta mucho concentrarme cuando está Mirko.

—¿Por qué?

—No sé. Quizás por cómo mueve los brazos... —Agustina hizo un mohín con la nariz que a su jefe le causó irritación—. O por eso que hace con las piernas para los costados... ¿No te parece que en cualquier momento se le puede caer el material de vidrio, pobrecito? ¿O patear una puerta del bajomesada y que algo se caiga de un estante? ¿Estás seguro de que puede trabajar en este laboratorio? ¿No es peligroso? Para él, digo, eh...

—Está metido en su mundo, Agus, como cada uno de nosotros.

—Sí... Ya sé. Es que no me puedo relajar, nada más. Él es tan... distinto.

Lucrecia y Fernando intercambiaron una mirada.

—Bueno, en realidad, todos somos distintos...

—Sí, sí, pero no tanto —Agustina trató de reír. Fernando hizo una mueca, miró un segundo por la ventana y habló.

—Mejor no sigamos por ahí. Intentemos resolver tu problema. Hagamos un experimento: tratá de convivir con él sin darle tanta importancia. No me parece grave que se le rompa algo. ¿A quién no se le cayó un tubo o un matraz cuando estaba empezando? No te preocupes por eso. Si en un par de semanas sigue siendo tan difícil, revisamos juntos sus horarios y vemos. Quizás si compartís menos tiempo de laburo con él, te sientas mejor. ¿Te parece?

—Pero yo necesito pasar el mayor tiempo posible acá...

—Mmmm... ¿Por?

—Por..., no sé... Para consultarte sobre la tesis...

—No estoy de acuerdo con eso... Podés escribir desde tu casa, Agus. Tenés experiencia y conducta para ir avanzando sola. Está claro que una tesis de doctorado no es como una tesina de licenciatura, pero en estos años ya ayudaste a escribir varios trabajos e incluso escribiste uno casi sola. ¿Por qué tantas dudas? Tomate la tesis como un trabajo más y listo. Podemos coordinar reuniones semanales, si eso te hace sentir mejor...

—Pero no es un trabajo más para mí...

—Bueno, pero hacé de cuenta que sí. Imagínate que estás escribiendo un *paper*, solo que más largo.

—...

—¿Listo, entonces?

Agustina levantó sus hombros en silencio.

—Me voy a seguir con lo de los subsidios. ¿Tá bien?

—Okey... —Agustina giró su silla hacia la mesada, dispuesta a seguir trabajando—. Gracias.

—De nada. Relajate.

Antes de concentrarse en los formularios que tenía en la pantalla, Fernando miró hacia sus tesistas. ¿Se parecían en algo, más allá de ser mujeres? Eran dos universos tan diferentes que le costaba verlas una junto a la otra.

¿Ya es de noche? Sí, noche cerrada.

Estiró el cuerpo en la silla, satisfecho. Había terminado el plan de trabajo que tenía que presentar para acceder al dinero que otorgaba el Estado. Una cosa menos. Solo entonces notó que Lucrecia seguía ahí, con

sus disecciones. En voz alta le dijo que ya era de noche. Ella lo miró extrañada, como si viniera de otro mundo.

¿Se fueron? Sí, salieron juntos del pabellón, conversando sobre los trabajos prácticos de Física II.

Lucrecia tenía problemas con esa materia y no sabía bien cómo avanzar, si dedicarle más tiempo para rendirla y sacársela de encima o solo regularizar y dejar el final para más adelante. También hablaron del futuro y ella le confió que desde chica soñaba con ser entomóloga.

Fernando, mientras la escuchaba, se felicitó por haberla sumado al grupo. Estaba siendo un factor de equilibrio importante en esos días. Irradiaba una calma que venía muy bien.

¿Le ofreció llevarla? Sí, le ofreció llevarla hasta avenida Cabildo, pero ella rechazó la invitación.

Se despidieron frente a la larga fila para el colectivo. Se excusó diciendo que le iba a venir bien el viaje largo para pensar qué hacer.

¿Qué haría él al llegar a su casa?

Mientras cruzaba el puente, Fernando decidió que antes de subir al departamento pasaría por el súper y se compraría una tortilla para calentar en el microondas.

¿Y después?

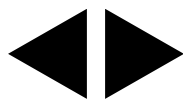
Después charlaría con sus hijas por Skype y planearían los paseos del fin de semana largo.

¿Y después?

Terminaría el libro que estaba leyendo. Le quedaban 30 páginas.

¿Y después?

Decidió que pasaría la noche adelantando trabajo, quería dejar el fin de semana completamente libre.



Flashback #15

—No quiere hablarnos.

—Se encerró en su habitación.

—Se pasó la noche entera en la computadora.

—No pude convencerlo para que se bañara. Menos para que me dejara desinfectarle los raspones que le vimos en las a un manos y las muñecas.

—Ivo. María. Esperen. Paren. Escúchenme. Esta edad es complicada para todos los chicos. Y Mirko es uno más.

Yo los comprendo. Entiendo que estén preocupados.

Pero déjenme decirles que la responsabilidad de lo que pasó es compartida. Ya citamos a los padres de dos alumnos más.

—Podrían haber terminado los tres en un hospital.

—Mirko tiene un sentido de la justicia muy estricto, María, eso ya lo sabemos. Acordate de cuando descubrió que Matías Rodríguez se estaba copiando y se lo dijo a los gritos a la maestra. ¿Cuántos años tenía? ¿Diez? ¿Once?

—Once.

—¿Y cuando exigió que le reconocieran la antigüedad a la portera? ¿Se acuerdan que se metió en Dirección y no había forma de que entendiera que no era un tema en el cual él pudiera decidir? ¿Cuántos años tenía?

—Doce... fue un año difícil ese... Se sabía de memoria la ley de relaciones de trabajo... Lo volvió loco al portero de nuestro edificio.

—Sí... la recitaba todo el tiempo...

—Bueno... Al parecer, unos compañeros quisieron llevarse algo que no era de ellos y Mirko reaccionó. Los otros dos no se esperaban tanta destreza.

—¿Pero los demás no hicieron nada?

—Lamentablemente, al grupo le dio gracia la reacción de Mirko. Lo toman como un paladín de la justicia. Se burlan de su forma de hablar. Les

molesta su incapacidad para aular a mentir. Por más que la mayoría se conoce de chiquitos, la adolescencia hace que en el grupo se miren con ojos nuevos. Cuestiones que antes le toleraban ahora ya no. Y de otras se ríen. Que Mirko no mire a los ojos es algo que irrita a más de uno. Lo dejan hacer para, justamente, ver qué hace, hasta dónde llega. Recién se asustaron cuando las trompadas parecían imparables.

—¿¡Pero cómo pueden llegar a esto, Miriam, dónde estaban todos los adultos cuando esto empezó!?

—Pasó en menos de tres minutos.

—...

—...

—Todo llegó a las manos en menos de tres minutos.

—¿Mirko lastimó tanto a esos chicos en menos de tres minutos?

—Me temo que sí.

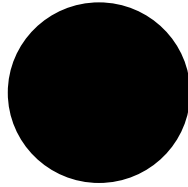
—Bueno... podemos decirle al profesor que las clases de taekwondo sirvieron...

—¡Claro! ¡Pero María!, no le pongas esa cara a Ivo, ¡lo vas a fulminar! El humor viene muy bien. Y sí, ¿por qué no? Después de todo, hasta ahora no teníamos pruebas de que hubiera aprendido, ¿no?

Reproducción

*En cuanto a la reproducción,
los sexos de los caracoles
suelen estar separados.
Hay machos, hay hembras,
pero también hay hermafroditas.
El conocimiento de los ciclos reproductivos
es un componente básico
para analizar cualquier estudio
de los cambios en las poblaciones de gasterópodos.*

(Mirko / día 23)



Mirko tocó el timbre del consultorio.

Miriam acudió a recibirlo.

Se saludaron con un intercambio de holas.

Mirko se sentó en un sillón y Miriam en otro.

—¿Cómo anda todo?

—Muy bien.

—¿Sin novedades? ¿No estás yendo a trabajar con el doctor Plazas?

—Hay algo raro en usted.

—¿Ah, sí?

—No me doy cuenta. Ciento por ciento que hay algo raro en usted.

—Me corté el pelo.

—Ah. No le queda bien. No cae parejo a ambos lados del rostro. Hay más cabello hacia un lado.

—...

—No puedo verla bien con ese nuevo corte de cabello. No quiero verla. Miraré otra cosa.

—Por suerte el pelo vuelve a crecer...

—No la puedo ver bien con ese corte asimétrico. Me gusta el cabello largo. Y simétrico. En el laboratorio hay una chica.

—¿Ah, sí?

—Tiene el pelo muy largo. Se hace una trenza. Se llama Lucrecia Bing. Yo le digo Lucrecia Bing.

—...

—Hace disecciones de moluscos bivalvos. Yo quiero hacer disecciones de caracoles. Hay que hacer un corte de alta precisión para separar los órganos sexuales sin dañarlos.

—¿Y te sentís bien trabajando con personas que no conocés?

—En realidad hay dos chicas.

—...

—Es interesante. Lo que se ve del caracol es solo la conchilla. Se ve solo eso.

—...

—La conchilla protege lo importante. El cuerpo del caracol es muy blando. Tiene que tocarlo. No me gusta tocarlo. Pero tendré que hacerlo. Cuando haga disecciones. La conchilla es la parte más notable. Es de carbonato de calcio. CaCO_3 . Calcio carbono y tres moléculas de oxígeno unidas covalentemente al carbono.

—¿Y la otra chica?

—Agustina Fiorinni. No me gusta. Hay que guardar los caracoles en solución fijadora. Si se pudren se pierde el trabajo. No hay que dejar que se pudran porque se pierde el trabajo. Me olvidé de hacer un trabajo práctico.

—¿Te olvidaste?

—Falté a la clase. No lo entregué. Me molestaron unos estudiantes y me fui.

—¿Te molestaron?

—No quiero hablar de eso.

—Sería importante que me contaras qué paso, Mirko...

—Me molestaron durante un almuerzo. Usted dijo que en la universidad ya no se hace esa clase de cosas. No quiero hablar de eso.

—¿Cómo te molestaron?

—Quiero hablar del laboratorio.

—...

—Seré biólogo. Y seré malacólogo. Malacólogo significa especialista en moluscos. Los caracoles son moluscos.

—¿Y qué tenés que hacer para lograrlo?

—Gastrópodos o gasterópodos. Gastrópodos o gasterópodos. *Podá*, pie; *gaster*, estómago. Seré investigador y trabajaré con Fernando Plazas.

—Pero para llegar a eso...

—Puedo cumplir con la asistencia.

—...

—Si camino cerca de la pared hay menos riesgos. Puedo cumplir con la asistencia. La próxima vez su corte de cabello no será una sorpresa. El cabello crece más rápido que las uñas. Quisiera que habláramos sobre la reproducción de los caracoles.

—¿La reproducción de los caracoles?

—En los más evolucionados la fecundación es interna. En los mamíferos es interna también. Los cuerpos de los mamíferos no son tan blandos. No me gusta tocarlos. En los caracoles primitivos las células se soltaban al agua pero era menos eficiente. La evolución garantiza la perpetuidad de la especie.

—Es interesante eso que decís de los cuerpos...

—Quiero irme. Tengo que ir al laboratorio. No debo llegar tarde.

—Tu prioridad tiene que ser aprobar las materias, Mirko.

—Lo sé. Seré biólogo. Seré malacólogo. Tengo que ir a las clases. Solo puedo tener tres inasistencias por cuatrimestre. En cada materia.

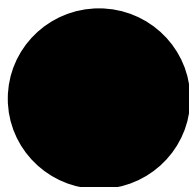
—Aunque aparezcan imprevistos.

—Tengo que ir a clases igual si hay un imprevisto. Solo me quedan dos inasistencias. Miriam quiero irme.

Rádula

*La rádula es una estructura rígida,
parece una cinta con numerosos dientes.
Interviene en la alimentación del caracol.
El número y la morfología de los dientes
son caracteres de importancia
para definir las especies a nivel específico
y a niveles superiores.*

(Alejo / día 23)



Los médicos lo tenían harto, podrido de verdad. Mientras manejaba hacia Ciudad Universitaria, Alejo pensó que no quería volver a verlos nunca más. Lo pensó y en el instante siguiente se dijo que eso no sería posible: habían programado más estudios y una cita para tres semanas después.

El tránsito también lo tenía harto. Quería acogotar al taxista tarado que se olvidó de poner la luz de giro y a la estúpida que paró en doble fila con balizas. La violencia le hacía latir la sangre en las sienes. Llevó la mano izquierda a ese lugar mientras tocaba la bocina con la derecha. En cualquier momento se mudaba y empezaba a ir a Ciudad en bicicleta. O se compraba una moto y se transformaba en uno de esos motoqueros que tanto envidiaba cuando avanzaban por los pasillos que los autos dejaban. Lo pensó seriamente: comprarse una moto y disfrutar de la velocidad por la General Paz.

Lo que más le molestaba de los médicos era que les hablaran como idiotas, que les hicieran esquemas del útero y de las trompas de Falopio como si tuvieran adelante a dos chicos de primaria. Les habían pedido sus datos, les habían preguntado a qué se dedicaban, sabían que Viviana había estudiado tres años de Biología antes de ser profe de Educación Física y que él era biólogo marino... ¿Para qué pedirles tantos datos si después los iban a tratar como si fueran contadores y no tuvieran idea de cómo era el aparato reproductor? Lo enervaba que no usaran las palabras que correspondían. Sí, se había puesto pesado y los había interrumpido una y otra vez hasta que empezaron a hablar correctamente. Vivi le tocaba el brazo para frenarlo, pero ¿por qué frenar? Los estúpidos eran los médicos, no él.

La violencia de los bocinazos en la avenida no ayudaba a que cediera su enojo. Cada entrevista en el centro de fertilidad lo dejaba con los nervios

de punta. Viviana se dio cuenta porque salió del consultorio con las orejas coloradas. Le había dicho de compartir un café, de hacer algo juntos, pero él prefirió ir al labo. Ni siquiera tuvo ganas de darle un beso. «Chau, nos vemos a la noche», y eso fue todo.

No había estado bien, ella no tenía la culpa de la estupidez de los médicos. Agarró el celular apenas el semáforo se puso en rojo. Rápidamente escribió un mensaje de disculpas. Al instante ella le respondió que lo entendía y que no se preocupara, que estaba todo bien, que lo amaba mucho y le mandaba un beso.

Alejo estaba profundamente enamorado de su mujer. Estaban juntos hacía cinco años y hacía dos que intentaban tener un hijo. ¿Por qué se les complicaba tanto lograrlo?, ¿por qué las putas células no se juntaban de una vez? Hacía meses que en el pecho se le venía formando un huracán. La presión por momentos era insostenible; las miradas de sus padres y las de sus suegros; la lástima disfrazada de palabras: «Ya va a llegar, no te preocupes». Si hasta los embarazos de los amigos habían comenzado a molestarle. Ni hablar del llanto de Viviana todos los meses y de la amargura de no saber qué hacer...

Y ahora, justo en estos momentos personales, a Fernando se le había ocurrido llevar un retardado al laboratorio... Plazas lo había agarrado con la guardia baja el día que les dijo que lo incorporaba al equipo. No le dio ni tiempo a argumentar en contra. De eso hacía un par de semanas y ya se había cruzado dos veces con el pibe ese... Mirko. Era tan descoordinado, tan esencialmente... torpe.

Pensó en su jefe y en esas ideas que tenía. Recordó cuánto lo había entusiasmado la posibilidad de unirse a él unos años atrás, cuando terminó su doctorado. Estaba impresionado porque en cada convención, en cada congreso donde había dicho que era especialista en moluscos le habían respondido: «¿Conoce a Fernando Plazas?». Era casi como ser jugador de fútbol y que le hablaran de Messi. Todavía no entendía por qué el mundo científico lo valoraba tanto. Pero lo cierto era que las mejores revistas de zoología le abrían las puertas. Todos decían que era un genio. Al parecer, por el IQ que tenía, efectivamente lo era... Alejo se consoló diciéndose que lo importante era concentrarse en su trabajo y punto. En definitiva, él quería estar a bordo cuando su jefe tuviera otra de sus ideas brillantes; y si tenía que aguantar excentricidades, las iba a aguantar.

La vista de Ciudad desde arriba del puente que cruza la avenida Lugones y las vías del tren le encantaba. El estadio de River Plate le

recordó que a la noche había un partido del Barcelona que quería ver. Mientras descendía por la curva suave y rumbo al estacionamiento del pabellón II se preguntó qué era lo que andaba mal en él, ¿por qué habían dicho que repitiera los estudios? Pidió que le explicaran, pero los médicos no querían adelantar una respuesta que pudiera confundirlos. Habían dicho que en cuestiones delicadas como esa había un montón de motivos. ¡Un montón de mierda, eso era lo que había! También, una alta posibilidad de que fuera solo estrés y por eso tenían que intentar vivir este proceso relajados... como si fuera fácil vivir relajado.

Alejo buscó con la mirada su lugar en el estacionamiento. Por suerte aún estaba libre, no le gustaba estacionar en otro lado. Ese lugar tenía la sombra justa a toda hora, era perfecto. Mientras cerraba el auto, vio a Mirko y a sus padres a unos metros. Vistos de atrás parecían una familia normal: dos profesores y su hijo universitario. ¿Y si le salía un hijo así? ¿Y si tanto sacrificio terminaba con un hijo con problemas? Sintió que se le arrugaba el corazón como un papel ardiendo. No. Eso no les sucedería a Vivi y a él...

Entró al pabellón, subió por el ascensor y abrió la puerta del instituto sin pensar nada, perdiéndose en los carteles que llenaban los pasillos. Al entrar en el laboratorio vio que Agustina estaba en la mesa con su notebook y que Fernando escribía en la computadora más cercana a la sala. Ambos lo miraron. Saludó y se sentó en la computadora de la derecha, la que usaba él solo. Pegada al monitor lo esperaba una lista de tareas que se había dejado a sí mismo el día anterior. Se concentraría en eso e iría tildando las sentencias del *post it* una por una hasta el final. Luego se iría a su casa.

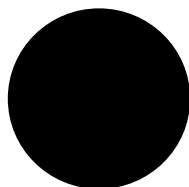
Agustina le preguntó si todo andaba bien. Comentó que lo notaba pálido, lo que hizo que Fernando lo mirara. Dijo que todo estaba bien. Bastó para que su jefe siguiera en lo suyo. Agustina no insistió. Alejo despegó el *post it* del monitor y encendió la computadora. Lo que menos quería era hablar con alguien. Leyó la primera tarea y abrió el archivo correspondiente. «Pasar datos. Revisar los gráficos y las tablas del *paper*». Confió en que poco a poco se iría serenando. Nada mejor que el microcosmos del laburo para dejar de pensar.

Escribió los datos de los últimos experimentos en el programa de estadística, resolvió los pequeños problemas de los gráficos, se encontró con sorpresas al aplicar los algoritmos de base y eso lo alegró: los desafíos que escondían estos datos aparentemente anómalos eran un oasis. Podía

pasarse días enteros pensando y repasando experimentos, resultados e hipótesis: para él ahí estaba el mayor placer de trabajar en ciencia. Más que hacer experimentos le gustaba analizarlos. Hacerlos podía hacerlos cualquiera, analizarlos era otra cosa. Y él era bueno en eso, verdaderamente bueno. Esa era una de sus fortalezas, así se lo había marcado el doctor Halperín al felicitarlo por su doctorado en la Universidad de La Plata.

El tiempo se esfumó. Un timbrar sostenido durante cinco segundos marcó que eran las dos de la tarde. Mirko ya era inconfundible. Aunque era el que estaba más cerca de la puerta, dejó que abriera su jefe. Cinco segundos sonando, ni más ni menos, no soportaba el modo de saludar que tenía Mirko; tampoco esa manera incontrolada de esconder las manos en los bolsillos, esa manera de sacudirlas tan... estúpida.

Alejo movió la cabeza negando el presente. No entendía qué sentido tenía incorporar a alguien que hacía que la mitad del equipo se sintiera incómodo. Era desconcertante... Y lo trataba con tanto... cariño. Alejo miró despectivamente las espaldas de Fernando, que estaba abriendo la puerta. Pronto iba a llegar el momento en que él tendría su propio grupo de becarios. Cuando él fuera director, estas cosas no iban a pasar...



—Buenas tardes Fernando Plazas —dijo el chico saludando con la mano.
—Hola Mirko, ¿cómo estás? —respondió su jefe.

A Agustina se le escapó un suspiro que Alejo pudo escuchar.

—Buenas tardes Agustina Fiorinni. Buenas tardes. Alejo Di Martino.
Estoy bien. Gracias.

Mirko fue hasta su silla y colgó la mochila en el respaldo. Sacó de uno de sus cajones un guardapolvo impecable. Se lo puso, abrochando los botones con parsimonia. Colocó las manos en los bolsillos un momento. Luego tomó unas bandejas de sus estantes y las depositó cuidadosamente en la mesada. Alejo lo miraba sin disimulo, como si fuera uno de los bichos a estudiar. Pero a Mirko eso parecía tenerlo sin cuidado. Mientras miraba el contenido de sus bandejas, parado, pasaba su peso de una pierna a la otra. Alejo quería saber qué estaba haciendo y estaba a punto de hacer la pregunta cuando Fernando se puso de pie. Vio que sonreía y meneaba la cabeza. Se acercó a Mirko y le preguntó si necesitaba algo. Dijo que no.

¿Qué trabajo le había dado? Lo miró con desdén y, luego de unos instantes, se aburrió y volvió a lo suyo. Pero ya no pudo concentrarse igual que antes. Se sentía un perro ante un gato, no tenía idea de lo que el chico haría a continuación; pensó en él como en alguien fallado, en algo fallado pero que era una amenaza. Y a él no le gustaba que lo aula amenazaran.

Cuando terminó con su primera tarea y pasó a la segunda, Mirko seguía observando sus bandejas. El oscilar del cuerpo había dejado paso a la

quietud más completa. No le importaban las miradas de desprecio que le dirigía Agustina a sus espaldas ni los suspiros que de tanto en tanto dejaba salir para llamar la atención. Parecía que no registraba nada, ni sonidos ni movimientos del mundo exterior. Eso en realidad se lo envidiaba. Ese era un día en el que a él le hubiera gustado no registrar nada más que su trabajo. Leyó la segunda sentencia del *post it*: «Ampliar las conclusiones».

Alejo abrió otro archivo y se puso a revisar lo que había escrito. De pronto Mirko abrió su cajón y ese movimiento brusco luego de tanta quietud lo sobresaltó. Vio que tomaba un calibre y medía algo. Medía y escribía sus resultados. Escribía con apuro, como si el tiempo lo corriera de atrás, como si quisiera recuperar las dos horas que había estado quieto, como si tuviera que atrapar los números en la hoja antes de que lo abandonaran. Alejo sentía mucha curiosidad, pero no se atrevía a acercarse. Alrededor de las cinco, Mirko se dirigió a la computadora donde estaba Fernando.

—Terminé con el muestreo del primer año.

—¿Estás seguro?

—Ciento por ciento seguro.

—Vamos a tomar un café.

—No me gusta el café. Tengo que pasar los datos a la computadora. Tengo todo en mi cuaderno. Quiero hacer una planilla y pegarla en mi cuaderno.

—Las dos computadoras están ocupadas y yo no puedo prestarte esta justo ahora. Vení, dale. Yo tomo el café y vos me mostrás los datos de tu cuaderno.

—Esta computadora está libre —dijo Mirko señalando la que se encontraba entre Fernando y Alejo.

—Está rota —le respondió Alejo, secamente.

—Quizás yo pueda arreglarla.

—Ahora no, Mirko. Ahora vamos al comedor, así me mostrás los datos. ¿Dale?

—Me llevaré la CPU a mi casa. Tengo que pasar los datos.

—Después. Ahora vamos, ¿'tá bien?

—¿Adónde vamos?

—Vamos al comedor.

—Tengo que pasar los datos a la computadora. Quiero hacer una planilla y pegarla en mi cuaderno.

—Ya te escuché, Mirko. Pero yo quiero que vengas conmigo a conversar sobre cómo seguir sin molestar a nadie.

—No entiendo qué hay que conversar. Ya tengo una lista de tareas.

—Por favor, Mirko, ¿podrías acompañarme al comedor?

—Tengo que pasar estos datos a la computadora.

—Pero no tenés una computadora libre que ande. Dale, vamos a verlos, que me dan intriga.

—Okey. Me llevaré esta CPU a mi casa.

—Después volvemos a buscarla. ¿Ahora vas a traer tu mochila o solamente tu cuaderno?

—Bueno. Me quitaré el guardapolvo y guardaré mi cuaderno en la mochila. Pero después volveremos a buscar la CPU.

—Sí, sí. Dale, vamos y después volvemos. Chicos, volvemos en una hora, más o menos —dijo Fernando antes de cerrar la puerta.

—Me pone renerviosa.

Alejo no tenía ganas de hablar con Agustina, pero a él también lo sacaba de quicio esa presencia en el laboratorio. Pensó que ahora que estaban solos era un buen momento para escupir un poco de toda la bilis que había juntado durante la tarde.

—A mí también me saca.

—¿Vos viste cómo se mueve?

—Sí, pero me pone más nervioso cuando no se mueve.

¿Qué hay en esas bandejas?, ¿vos sabés en qué está trabajando?

—Fernando le dio unas muestras con unos caracoles para que les tome las medidas. Creo que es un descarte de otra cosa...

—Aaahhh. Debe de ser lo que descartamos de la Antártida. O sea, nada que sume...

Agustina suspiró de nuevo.

—Mirá, sinceramente, yo creo que nada de lo que haga va a sumar, Alejo. Está acá porque Fernando lo cuida. Nada más.

—Yo no creo que Plazas haga beneficencia, eh.

—Yo no digo que haga beneficencia, pero Mirko es una especie de hijo, qué sé yo... Me parece una pérdida de recursos, qué querés que te diga. Pobre, también me da un poco de pena, pero sobre todo pienso que

tenerlo acá es una mala decisión de Fernando. Aunque no le dé nada importante para hacer, ¿qué hace acá? No es lugar para alguien como él... Eso pienso yo, bah... —Agustina se restregó los ojos con ambas manos. Mientras, siguió hablando—: Es insoportable. Ya cuando toca el timbre me pone loca.

Escuchar a su compañera provocó en Alejo un cortocircuito. ¿Él también sonaba tan horrible cuando hablaba de Mirko?, ¿también él estaba tan seguro de que ese no era lugar para alguien así? Una corriente de incomodidad le sacudió el cuerpo.

—¿Te puedo contar algo que me pasó con él? No se lo quise contar a Fernando.

—Sí, claro.

—¿Vos le ves alguna falla a mi sistema de orden del material de laboratorio?

—¡Para nada! Tampoco soy un especialista en orden... más bien todo lo contrario... pero creo que está muy bien.

—A mí me gusta que cada cosa esté en su lugar para que todos podamos encontrarlas. Y ese es el punto. ¿No?

—Ajá...

—Bueno, Mirko me dijo que el modo en que yo ordeno el material tiene fallas.

—¿Ah, sí?, ¿cuáles?

—Respondí lo mismo. Le pedí que me las enumerara...

—¿Y?

—Y me las enumeró. —Alejo dejó escapar una carcajada—. ¡No te rías! A mí me dio bronca porque... me cuesta aceptarlo, pero tenía razón.

—¿En serio? ¿Tenía razón? ¿Cómo?, ¿usaba otros criterios?

—No sé... Lo peor de todo fue que dijo obviedades... pero yo no las había tenido en cuenta. ¿Entendés? Me hizo sentir una tarada... —La voz de Agustina se fracturó. Alejo lo notó pero decidió no hacer comentarios—. ¡A mí me lleva mucho tiempo hacer estos carteles y pensar dónde acomodar todo! Y, encima, viste que no mira a los ojos... Y esos movimientos que hace. Me hizo sentir remal...

—Pero me parece que eso es parte de todo, ¿no? El dice las cosas así. Tac. Tac. Tac. ¿Viste? El...

—... porque cuando yo le dije que hacía dos años que ordenaba el material y nunca habíamos tenido problemas con mi sistema, él me

contestó que había sistemas con fallas que no daban muestras de ellas, pero que eso no significaba que no estuvieran fallados. Y me dio el ejemplo de no sé qué programa de *software* que con fallas y todo se sigue usando un montón.

A Alejo se le escapó otra carcajada. Agustina lo miró ofendida.

—Perdóname, Agus. Me hizo gracia, porque eso también es cierto. Viste cómo se da eso de que los arreglos provisorios muchas veces terminan siendo definitivos porque uno se acostumbra... ¡y están llenos de fallas, por eso son provisorios! —Alejo se dio cuenta de que estaba empeorando el ánimo de su compañera—. Pará, no digo que tu sistema sea provisorio. A mí me consta todo lo que hacés por mantener el orden en el labo. Y te lo agradezco, de verdad. Lo que me parece es que a partir de ahora vas a ver las fallas de tu sistema cada vez que ordenes algo. ¿Por qué no hacés los cambios que él te dijo? Quizás eso sea lo mejor...

—¡No, ni pienso!

—¿Por?

—¡Porque es darle la razón!

—Pero ¿qué problema hay, si es para mejor? Digo...

Agustina movió los hombros para arriba.

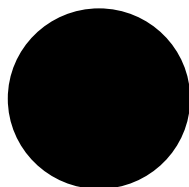
Él miró por la ventana. No sabía qué opinar. Pensó en los padres de Mirko, en cómo sería su casa, en qué pensarían de su hijo. Pensó en él mismo como padre, en cómo sería. Le costaba mucho demostrar sus sentimientos. Solo Viviana había sido capaz de traspasar esa coraza. ¿Podría ser afectuoso con su hijo como lo era con Vivi? ¿Serían afectuosos los padres con Mirko? ¿Por qué trabajaba con Plazas y no con sus padres? Al fin y al cabo, ellos también eran investigadores...

—Por qué no se va al labo de la madre, me pregunto. O al del padre...

—¡Qué sé yo! Sabés que después de esto no aguanté más y fui a hablar con el director del Departamento. Viste que es amigo personal de mis viejos...

—Ah... ¿Y qué te dijo?

—Que estaba al tanto y que —Agustina cambió la voz imitando al director— «la actitud del doctor Plazas le parecía un ejemplo a seguir». ¡Me quise morir! ¿Te imaginás si llenan el Departamento de personajes como Mirko?



Alejo podía imaginarse vivir en Groenlandia, pero no un lugar de trabajo lleno de *freaks*. Miró el *post it*, le quedaba una sentencia más que perfectamente podía hacer a la mañana siguiente desde su casa. Le sonó el celular, lo sacó del bolsillo y vio que Vivi le había mandado un mensaje: «Ceno con las chicas en lo de Nat». Qué bien le venía esa noche a solas. Se iría ya mismo, así llegaba a tiempo para ver el partido completo. Sacó un *pendrive* del bolsillo de la mochila y copió varios archivos.

—Me voy, Agus.

—Ay, no. No me dejes sola con estos dos...

—¡Si acá no hay nadie!

—Pero van a volver.

—¿Qué?

—...

—¡Ni que fueran zombis, Agus! ¡Dejate de joder! Ponete a escribir y vas a ver qué rápido se te pasan las horas.

Agustina se puso pálida y unas lágrimas resbalaron de sus mejillas. De la nada empezó a llorar. Alejo no lo podía creer, ¿qué había dicho?, ¿para qué se puso a hablar con ella? Miró el techo. No tenía resto para consolar a Agustina... Pero tampoco podía irse y dejarla llorando...

—¿Qué pasa?

Ella sollozaba sin parar. Alejo pensó que no podía deberse a Mirko, que tenía que haber algo más, pero él no iba a preguntar. La miró, ¿estaba más

flaca? Escribir la tesis era desgastante, a él le había pasado también. Hacer experimentos daba sensación de avance, pero ponerse a escribir tenía esa cosa de atravesar un desierto con la boca seca. Deseó que entrara Fernando para poder irse, pero nadie venía y él realmente no sabía qué decir. Tampoco sabía qué hacer. Se acercó a la mesa y se sentó al lado de su compañera.

En un lejano primer momento, Agustina se había obsesionado con él, había intentado seducirlo, y eso hacía que ningún gesto corporal hacia ella le pareciera apropiado. Se quedó ahí, desarmado contra el respaldo de la silla, mirándose las piernas, con los brazos caídos y un cansancio que se le reveló insuperable. Le vino bien el tiempo de llanto de ella, en realidad. No hizo otra cosa que escucharla llorar como si oyera llover y su mente nunca quieta se relajó. Agustina fue calmándose poco a poco hasta que pudo hablar.

—Gracias, Alejo... Gracias por quedarte... Disculpá esto... Es que ya no doy más. Siento tanta presión... Escribir la tesis me está enloqueciendo...

—Sí, es una etapa difícil. Pero, aunque no lo creas, avanzás.

—Me dijo Fernando que vamos a tener que incorporar los datos del próximo muestreo. Y las fechas se me vienen encima. No me gusta nada escribir. ¡Es horrible! ¿Vos cómo hiciste? Tengo la sensación de que todo me va a salir mal. De que no voy a poder doctorarme nunca...

—Me parece que lo que tenés es puro cansancio... ¿Cuándo vamos a viajar? ¿Te dijo?

—En un par de meses.

—Avanzá con el capítulo de «materiales y métodos». ¿Qué estás escribiendo?

—La introducción...

—Eso se escribe último. ¿No te lo dijo Fernando?

—...

—Sí te lo dijo. ¡Si yo lo escuché! Si te cuesta tanto escribir, hacé caso a los consejos, Agus.

—...

—Vas a ver, cuando te quieras dar cuenta, vas a estar lista para ir y defenderla. Sacátela de encima. Una tesis no es nada comparado con otras cosas de la vida...

Se hizo un hueco donde entró todo lo silenciado, lo que ninguno quería compartir con el otro. Agustina lo miró secándose los ojos con la mano.

—Quizás para vos. Para mí es lo más importante de mi vida.

—¿Y tu novio? ¿Y tu familia?

—Justamente... No quiero desilusionar a nadie...

Alejo no tenía ganas de tener esa conversación. Agustina era una persona demasiado competitiva y todo en su vida giraba alrededor del laboratorio, de las investigaciones, de los rumbos que habían tomado los demás, de la cantidad de publicaciones de cada grupo... Necesitaba reconocimiento permanentemente y ese no parar nunca, ese nerviosismo, era demasiado aun para él, que también se sabía competitivo. El malhumor cuando los experimentos no le salían... los caprichos... Fernando le tenía paciencia porque a la hora de trabajar era una máquina, laboradora como nadie. Alejo suspiró y decidió irse aunque ella se ofendiera.

—Agus, perdóname, pero... tengo que irme...

—Sí. Yo también me voy a ir. En un ratito me voy.

Alejo se paró, agarró el abrigo, la mochila y sin mirarla dijo «chau». Bajó rápido por las escaleras. En el primer piso se topó con Fernando y con Mirko.

—¡Epa! ¿Te vas?

—Voy a seguir en casa.

—¿Todo bien? Parece que saliste escapándote de algo...

—Agustina... Se puso a llorar cuando ustedes se fueron...

—¿Le pasó algo?

—Dice que está estresada por la tesis...

—¿Como para ponerse a llorar?

—¡Qué sé yo!

—Bueh, dale, andá. Mañana será otro día.

Cuando llegó a su casa se dio cuenta de que tenía los dientes apretados desde la mañana. Pensó en r dulas, en cientos de r dulas, cientos de dientes. También se dio cuenta de que no había comido en todo el día. Entr  abriendo y cerrando la boca para ver si se le iba el dolor. Abrió la heladera y agarr  una milanesa fría, la devor  en segundos. Era temprano. Decidió salir a correr. Se cambi  el *jean* por un *short* y salió.

Correr era su mejor terapia, corriendo había llegado a sus hipótesis más exitosas. También corriendo había dilucidado varias demostraciones matemáticas y había armado algoritmos que le servían hasta hoy. Correr, sentir el cuerpo, el cambio de aire, la brisa que su paso rápido provocaba, el tiempo que fluía distinto. Se propuso no pensar en nada y, por momentos, lo logr .

Al volver se metió bajo el agua de la ducha y apoyó la coronilla contra la pared. El agua caliente le relajó el cuello. Se cocinar  el churrasco más grande que hubiera en el freezer y una buena cantidad de puré instantáneo. Viviana decía que debía de ser de las pocas personas que disfrutaban tanto del puré instantáneo.

Mientras cocinaba encendió el televisor. Comi  con avidez mirando el partido. Ver jugar el mejor fútbol del mundo era el remedio para cualquier día pesado. Se abrió una cerveza. Le dolía la mandíbula al masticar la carne, pero estaba riquísima.

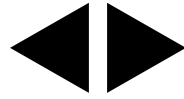
Tal vez fue la cerveza o gritar los goles del Barcelona. Quizás fue la digestión. Cualquiera fuera la razón, lo embargó una sensación de felicidad cuando escuch  que Vivi giraba sus llaves. Se levantó del sillón y fue a saludarla a la puerta. Ella merecía una conversación, quería escucharla, quería sumergirse en su voz y recorrerla con los ojos y con las manos. Ella era la única persona en el mundo a la que le deseaba mayor felicidad que a sí mismo. Y él no le estaba dando todo lo que ella merecía, esa mañana se había portado como un idiota. La abrazó apenas vio sus ojos sorprendidos. Ella pregunt  si estaba todo okey y él no pudo evitar que la voz se le quebrara.

De lo profundo de s  salió una frase. Se escuch  diciendo que tenía miedo de perderla.  Y de dónde venía ese miedo que solo ahora se daba cuenta de que tenía? Todo el día había estado ahí, agazapado, tomando la forma de un nudo en el estómago. Alejo se escuch  diciendo que tenía miedo de ser estéril y de que ella lo dejara.

«Pero, Alejo, mi amor,  qu  tomaste?,  est s loco?  Si yo con vos me iría a vivir a la luna! Ni por un momento pens  nunca en dejarte. Mírame

bien: ni por un momento».

Ahí, con ella, abrazándola, él podía ser él y nada más que él. Dentro de ese hogar que formaban ningún disfraz era necesario. No necesitaba ser el mejor al lado de ella. Hasta podía ser un fallado y ella estaría ahí. Eso... que lo amara tal y como era... eso era tanto...



Flashback #12

—Tengo una estrategia.

—¿Te gustaría contármela?

—...

—Las estrategias no cambian porque las cuentas, Mirko.

—...

—Solo cambian cuando vos introducís un cambio. Ponerla en palabras no la va a cambiar.

—...

—...

—Le contaré mi estrategia. Espere. Se la tengo que dibujar.

—...

—Para ir a la secundaria seguiré este camino Todos los días. De este lado el timbre se escucha menos. Me hace doler los oídos. Haré este trayecto en línea recta y luego doblaré aquí. ¿Ve? Aquí está el quiosco. No me gusta el quiosco. Si tomo este camino y voy por aquí no lo veré. Y me queda el otro timbre. Ese lo evitaré girando aquí. No podré apartarme de este camino. Este camino será seguro para mí.

—Está muy bien.

—Gracias. Caminaré unos cincuenta pasos de más. Pero si me apuro no tardaré más tiempo.

—Me parece muy bien. ¿Por qué no les contás esto a tus papás?

—Mis padres están muy ocupados.

—Estoy segura de que esto les va a interesar, Mirko. Ellos me hacen muchas preguntas sobre tu ingreso a la secundaria.

—Bueno. Modelaré la estrategia en Minecraft y se la mostraré a mis padres.

—...

—Tome. Le traje este dibujo para que saque el del *Trochita*. Este es mejor.

—¡Ah!, pero qué bueno, cuántos detalles...

—Es un *Adelomelon ancilla*. Puede hallarlos en la costa bonaerense a una profundidad de cien metros. Curioso: la misma especie puede encontrarse a pocos metros de la superficie en las aguas patagónicas. Apenas unos cinco a diez metros. Incluso en el Canal del Beagle. ¿Tendrá que ver la temperatura? Yo diría que tiene que ver la temperatura.

—Es un dibujo precioso, Mirko, muchas gracias.

—¿Tendrá que ver la baja temperatura? Yo diría que tiene que ver la temperatura.

—No lo sé, Mirko. Quizás tus padres puedan ayudarte a descubrirlo.

—Ellos son químicos. Ahora viven separados. Y están más ocupados. Es poco práctico que vivan separados. Es complicado tener dos habitaciones.

—...

—No entiendo qué utilidad tiene vivir separados.

—Es una decisión que ellos tomaron y se sienten mejor así. ¿Querés que los invitemos a conversar sobre esto?

—Sobre el efecto de la temperatura en la vida de los *Adelomelon ancilla*.

—También sobre eso. Pero quizás no haga falta que esté yo para hacerles esa pregunta. ¿No te parece? Ellos son los químicos. ¿Acaso la temperatura no es una variable fundamental en las reacciones químicas?

—Sí. Y también en la biología. Porque la biología no es posible sin la química. La vida no es posible sin reacciones químicas. Podría preguntarle a Fernando Plazas.

—Yo creo que, si les preguntás, tus padres van a poder ayudarte. Y si ellos no pueden, podés preguntarle a Fernando.

Me encanta tu dibujo. Lo voy a colgar ahora mismo.

—Sí. Es un muy buen dibujo. Me agrada dibujar. Miriam quiero irme. Miriam. Tiene que descolgar antes el otro dibujo. ¿Por qué lo cuelga al lado? Tiene que descolgar antes el otro dibujo. Siempre hubo un solo dibujo.

—Decidí que voy a dejar los dos.

—Pero el *Adelomelon* es un dibujo superior. Siempre hubo un solo dibujo. El otro es de niño. Ya no soy un niño. ¿Por qué ahora hay dos dibujos?

—Uno marca el presente y el otro, una parte del pasado. Voy a dejarlo de recuerdo. ¿Cuál dirías que marca el presente?

—El *Adelomelon* es un dibujo superior.

—Creo que el presente es un tiempo... superior.

—No existe tal cosa. El tiempo es lineal y regular. No existe tal cosa como un tiempo superior. El tiempo presente es el único que existe.

—El *Trochita* marca un tiempo de Mirko que ya no está, pero que yo quiero recordar.

—Es un dibujo rudimentario. Lleno de errores. Por eso le traje el *Adelomelon*. Es un dibujo más exacto.

—Gracias, Mirko. Me gusta mucho ver un dibujo al lado de otro.

—No entiendo qué tiene de agradable ver un dibujo tan equivocado.

—Solo hay que contemplarlos. A mí no me parecen equivocados.

—Miriam. Quiero irme.

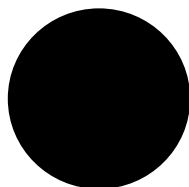
—Muy bien, nos vemos la próxima semana.

—No entiendo por qué ahora hay dos dibujos Siempre hubo un solo dibujo. Bueno. Está bien. Adiós Miriam. Le escribiré esta semana. Para contarle el efecto de la temperatura en los *Adenomelon ancilla*.

Manto

*El manto es un pliegue
de la epidermis. Ahí se encuentran
las células secretoras del carbonato de calcio
que forma la conchilla.
Por su forma, una zona del manto
llamada «sifón inhalante»
le permite al caracol incorporar
agua del ambiente.
Es un órgano de suma importancia.*

(Fernando / día 53)



¿El tiempo era regular?, ¿duraba lo mismo? Sí, aunque su percepción era diferente según las circunstancias.

Las semanas de trabajo con Mirko habían mantenido a Fernando tan ocupado que su percepción del tiempo estaba alterada: por momentos le parecía que siete semanas eran a un una eternidad y en otras ocasiones, apenas un parpadeo.

¿Y hoy?

Hoy pensaba que esos casi dos meses habían sido un parpadeo.

Y Agustina no dejaba de recordarle que se acercaba su último viaje de muestreo.

¿Qué era lo que tenían que hacer?

Tenían que recolectar muestras de Villa Gesell, de Mar del Plata y de Quequén.

¿Se ocuparía él? No, dejaría la organización en manos de Alejo.

En la reunión de la tarde plantearía la situación. Sería el primer viaje de Lula y, dado lo nerviosa que estaba Agustina, no esperaba demasiada cooperación de ella para hacer de docente. Pero Alejo sí podría.

¿Y Mirko?

Un par de noches atrás había ido a cenar con los padres de Mirko para hablar sobre llevarlo al viaje, pero le habían dicho que no, que se quedara en Buenos Aires.

Fernando los entendía, aunque estaba convencido de que hacer una salida de investigación le haría muy bien. Ivo coincidía, pero no hubo forma de convencer a María.

—Es demasiado, Fer. Apenas está terminando su tercer cuatrimestre de facultad y ya está laburando con vos.

—Y con un entusiasmo que ni te cuento —agregó Fernando.

—Sí. Y me gusta verlo contento. Pero te pido al menos que pase en el labo un cuatrimestre completo antes de viajar... No dejo de pensar en que se está acomodando a cambios permanentemente y que eso es un factor desestabilizante para él... —María hizo una pausa que Fernando aprovechó.

—Pero quizás incorpore los cambios como algo que caracteriza la vida adulta, María. Y eso estaría muy bien.

—De la crisis de hace dos meses aún le queda un tartamudeo. Leve, pero está.

—No cuando está trabajando conmigo —dijo Fernando, para marcar lo evidente: estar en el laboratorio le hacía bien. Los padres lo sabían. A Mirko le encantaba ir a fotografiar y a medir caracoles. Casi no hablaba de otra cosa.

—Es evidente que lo estimula. Está hecho una máquina de cosechar buenas notas —dijo Ivo con orgullo—. Si hasta me paró su profesor de Cálculo Numérico los otros días para decirme que hacía tiempo que no leía un examen tan bueno como el que hizo él.

—Miriam dijo que estemos atentos a eso, que puede frustrarse mucho si algo no sale como él espera. Todas son situaciones nuevas... —replicó María.

—Pero eso lo dijo el año pasado, cuando empezó la carrera. Ahora ya lleva un año y medio de facultad. —Ivo le apoyó la mano sobre el hombro a María—. Bajá la guardia, tenele más confianza...

—Fer. Hacelo por mí. —María sonrió—. Quizás sea yo la que no esté en condiciones de soportar el viaje... ¿La próxima?

Fernando entendió: cada cambio le costaba también a ella. Le gustó que lo asumiera y respondió que sí, que claro, que no había problema.

Giró su silla para hablar con Alejo, pero lo vio tan concentrado que no quiso interrumpirlo.

¿Qué tenía que hacer entonces?

Volvió a ubicarse frente al monitor y abrió el archivo que Mirko le había mandado por *mail*: tres tablas de mediciones y de ubicaciones de los caracoles de la Antártida. Ya tenía determinados tres muestreos del total de cinco. El primero le había llevado tres semanas, pero los otros dos los había terminado más rápido.

¿Había sido útil ir al labo los sábados? Sí, definitivamente.

Él había aprovechado para dedicarse a leer y completar todos los papeles y formularios que demandaba la burocracia científica. Estaba al día. Nunca antes había logrado estar al día. Volvió a mirar las tablas haciendo correr el cursor hacia abajo.

¿Qué haría con todos esos datos?

Distraídamente, sin buscar nada en particular, dejó que sus ojos volaran sobre los números como si fuera un águila que planea sin hambre pero sin dejar de observar el movimiento en el llano.

Fernando así, sin buscar nada en particular, detectaba anomalías en los resultados. De pronto un número saltaba hacia él. Le sucedía desde chico. Durante mucho tiempo esa capacidad lo había vuelto loco. De pequeño genio adorable a adolescente demasiado raro había muy poca distancia. Cuando le preguntaban cómo hacía, contestaba que era parecido a un detector que suena cuando encuentra un objeto de metal enterrado. Su cerebro tenía un detector de números metálicos.

¿Había detectado algo? No, nada.

No encontró ningún error en las mediciones. Mirko las había realizado con gran precisión.

¿Y esas equis en las observaciones de la tabla tres? Sí, eso era algo singular.

Mirko no usaría una equis a la ligera. Leyó los números asignados a las fotos de esos caracoles. Buscó los archivos.

¿Qué especie era esa? Parecían *Muricidos*...

¿Por qué había colocado esas equis? ¿Había marcas en las tablas uno y dos?

Volvió a revisarlas. Miró las celdas de las planillas, encontró que en cada planilla había dos equis en el lugar de las observaciones.

¿Eran todos los caracoles de la misma zona? Sí, lo eran.

Miró las fotos correspondientes.

¿*Muricidos*? No sabía.

Podían serlo, pero también... podían ser de otra especie...

Sintió que se le hacía agua la boca. Se incorporó y fue a buscar esos caracoles. Quería mirarlos con sus propios ojos.

¿Vio algo raro en los caracoles?

Ni siquiera pudo distinguirlos de los demás. Pero, si Mirko los había señalado, solo podía significar que a un guardaban algo que él aún desconocía. No se daba cuenta de qué podía ser. Se concentró en el grupo

de caracoles a ver si alguno destacaba por sobre los otros, pero no logró ver nada.

¿Y entonces?

Tenía que preguntarle a Mirko y, luego, chequear las coordenadas de origen de las muestras.

¿Tenía a mano los *mails* de la gente de la campaña del Puerto Deseado? Sí, definitivamente, muy a mano.

La adrenalina circulaba, veloz, por todo el cuerpo de Fernando.

—Chicos, adelanté la reunión porque tengo que contarles algo que podría ser importante.

¿Estaban todos sentados alrededor de la mesa?

Todos menos Mirko, pero Fernando contaba con que faltaban apenas quince minutos para las dos de la tarde.

Decidió empezar sin preámbulos.

—Mirko estuvo revisando los caracoles que mandaron de la campaña antártica. Los que en su momento descartamos con Alejo. Te acordás, Alejo, que decidí guardarlos para analizarlos más adelante. Bueno, con cinco lotes en nuestro haber me pareció que era buen momento para iniciar un trabajo en *Gastropoda*, que no es nuestra especialidad pero a futuro podría dar lugar a nuevas líneas de laburo... Así que se los di a Mirko pensando en que podía separarlos y ayudarme a determinarlos. Cuando estuve en la Antártida...

—¿Estuviste en la Antártida? —lo interrumpió Lucrecia con una mezcla de urgencia y admiración en la voz.

—Sí. Fui a varias campañas para analizar la diversidad de los moluscos.

—¿Y cómo es?

—Te cambia la vida —respondió Fernando, deseoso de volver a lo que quería contar.

—¿Cualquiera puede ir? —insistió Lucrecia.

—Ay, Lula, ¡no me digas que estás interesada! Yo no voy ni muerta —dijo Agustina—. Quedarme sola en el medio de la nada con un frío de

recagarse... No, no, no; gracias, pero paso. Mi amor a la ciencia no llega hasta ahí.

—¿Es fácil ir? ¿Qué hay que hacer?

Cuando sonó el timbre, Fernando le estaba diciendo a Lula que no era tan sencillo, pero que podía buscar información en la web. Dejó de hablar para ir a abrir la puerta; al ver a Mirko, no pudo contenerse y lo abrazó.

Mirko dio un paso atrás, incómodo, duro.

—Buenas tardes Fernando Plazas. Veo que hay una reunión. ¿Debería volver más tarde?

—No, no. Justamente te estaba esperando a vos.

—Buenas tardes Alejo Di Martino. Buenas tardes Agustina Fiorinni. Buenas tardes Lucrecia Bing.

Fernando acercó otra silla y la puso al lado de la de Lucrecia.

—Vení, Mirko. Sentate acá.

—Tengo que seguir con mi tarea. Tengo que ponerme el guardapolvo.

—En un momento. Dale, sentate acá. Les conté a los chicos en qué estuviste trabajando estos meses. Dejó de ser confidencial.

—Ah. Noté al entrar que mis bandejas no están como yo las dejé. ¿Se debe a esto?

—Sí. Fui yo —dijo Fernando sin abandonar la sonrisa—. Quería ver unos caracoles muy particulares.

—Ah. Sí. Seguramente son los que señalé en las tablas.

—No encontré errores de medición en esos caracoles.

—No hay errores. No puse las marcas por eso. Verifiqué esas mediciones especialmente Fernando Plazas a un. No hay errores.

—Me imaginé que lo habías hecho. ¿Qué tienen de extraño esos caracoles, Mirko?

—El patrón es diferente. Nunca lo vi en ningún otro caracol.

—¿El patrón? ¿Qué patrón?

—El patrón de las suturas. Tal vez por eso la textura es diferente.

—Yo no noto diferencias... ¿Estás seguro?

—Ciento por ciento seguro. La vuelta de la espira es diferente también. Y son más transparentes.

(—¿Qué son las suturas? —preguntó Lucrecia a Alejo en voz baja, un poco perdida.

—Son marcas características en la conchilla. Hay especies que se diferencian de otras solo por esas marcas. Tienen que ver con cómo se fue moldeando la conchilla durante el crecimiento del bicho. Pero no se ven a simple vista. Se usa ese aparato que está allá. Es una lupa especial. Pero Mirko no la usó. No entiendo cómo puede haber visto diferencias en las suturas sin una lente de aumento... —le respondió él en voz igual de baja).

—Mirko, ¿podemos traer el material? Quisiera ver esos caracoles.

—¿Todavía no fueron revisados?

¿Por qué estarían mis bandejas desordenadas si no los revisaste?

—Intenté, pero no los distingo del resto.

—Ah. Sí. No es fácil. Aunque la transparencia es diferente. Las traeré.

Mirko trasladó las tres bandejas a la mesa, no permitió que nadie lo ayudara. En cada una moraba un cúmulo de caracoles de color claro difícil de individualizar, pero él metió la mano, tomó dos caracoles de cada recipiente sin ningún indicio de duda y se los dio a Fernando. Este tomó, además, para poder compararlos, otros dos caracoles cualesquiera de cada bandeja.

—¿Cómo sabés que son esos? —preguntó Lucrecia.

—Por la transparencia de la conchilla —le respondió Mirko con timidez, sin mirarla—. Es diferente.

—¡No me jodas, son todos iguales! —exclamó Agustina, con sorna mientras su jefe iba hacia la lupa.

—El patrón de suturas es distinto —repitió Mirko una vez más, comenzando a mover sus manos y oscilar a izquierda y derecha—. Fernando Plazas la transparencia también es diferente —insistió.

Fernando cedió su lugar en la lupa a Alejo y tranquilizó la ansiedad creciente que revelaba la voz del chico, más aguda y quebradiza.

—Mirko, yo te creo.

—Yo no veo nada que los distinga... —afirmó Alejo desde la lupa.

Mirko miró por un instante a Fernando y sus manos se agitaron más rápido.

—Tranquilo, Mirko. Yo te creo. Pero necesitamos hacer análisis que lo confirmen y nosotros no somos especialistas en *Gastropoda*. A ver... Voy a hacer dos cosas: por un lado, mandar a hacer un análisis de ADN; y por otro, escribirle a un colega superespecialista de Moscú para determinar esa y otras diferencias que puedan existir y que estemos pasando por alto.

Mirko asintió.

—Eso estaría muy bien. Eso me dejaría tranquilo a mí también.

—Pero antes tenemos que analizar los dos grupos de muestras que te faltan, el cuatro y el cinco. Así hacemos un único envío.

—Puedo hacerlo. Sí. Puedo hacerlo.

—Sí, claro que podés. Lo que te pido es que me avises apenas encuentres caracoles como estos. Y también avísame si no encontrás ninguno. —Fernando hizo una pausa y miró el techo moviendo la cabeza hacia los lados. Su rostro irradiaba luz—. ¡Ojalá, Mirko! ¡Ojalá! ¡Se me están ocurriendo mil análisis para hacer!

—¿Estás seguro, Fernando? —preguntó Alejo poniendo en duda las palabras de su jefe.

Fernando lo miró:

—¿Mirá si encontraríamos una especie que no pertenece a ningún grupo existente? ¿No te entusiasma esa posibilidad?

—Es que no parecieran tener ninguna particularidad...

—Coincido —dijo Agustina desde la lupa—. Para mí son exactamente iguales a los demás.

—Bueno, eso es suficiente para mí —afirmó Fernando dejando congelados a sus becarios—. Y ahora que nos dimos cuenta de esto, es necesario avanzar rápido. Mirko, ¿qué te parece si Lula te ayuda?

Lula miró a Fernando con brusquedad.

—¿Yo?

—Sí, Lula sos vos. ¿Vos tampoco querés sumarte a mi entusiasmo?

Agustina sonrió y cruzó sus brazos. Por fin le tocaba a la nueva dar explicaciones de su reacción.

—¡Es que no sé nada de caracoles!

—¿Solo eso te preocupa? ¿No te parece que es una gran locura hacerle caso a él? —exclamó Agustina señalando a Mirko, sin poder contenerse.

Lucrecia la miró con gesto de preocupación.

—Bueno... en realidad... lo que más me preocupa es que yo soy un desastre con el calibre...

A Fernando se le atoró una carcajada que reprimió tiempo. Agustina estaba desenchajada.

—Entonces —le insistió Fernando a un Mirko oscilante y nervioso—, ¿qué te parece si Lula te ayuda?

—Lucrecia Bing no tiene experiencia. Acaba de decir que no sabe nada.

—Pero aprende rápido. Seguro que, mirando cómo a un hacés vos el trabajo, ella lo aprende.

—No creo que aprenda con solo mirar. Pero puede mirar mientras yo trabajo. Está bien.

—Gracias, Mirko. Yo necesito que Alejo, aunque piense que todo es una gran locura, analice conmigo los datos que obtuviste. Él sabe mucho de estas zonas de muestreo.

—Okey. Alejo Di Martino escribe muy buenos *papers*. Hará un buen trabajo.

Alejo lo miró sorprendido.

—¿Leíste mis *papers*?

—Están entre mis favoritos —respondió Mirko, que todo el tiempo de la conversación estuvo mirando el cúmulo de caracoles.

—De hecho, Mirko opinó a tu favor cuando mandaste el currículum —confesó Fernando.

—¿Pero cuántos años tenía? ¡Era un nenito!

—Leo sobre *Gastropoda* desde los diez años Ficción desde los seis —respondió Mirko—. Hay muchos ejemplos de científicos notables con personalidades desagradables como Alejo Di Martino. *Sir* Isaac Newton es el mejor ejemplo.

—Bueno... ¿Gracias? —Alejo se sintió entre ofendido y divertido por el comentario.

Las manos de Mirko ya estaban volando fuera de allí, incapaces de mantenerse en los bolsillos.

—Sí, «gracias» es una buena respuesta —intercedió Fernando. Luego miró a todos y dijo—: ¡A trabajar!

—¿Y yo? —preguntó Agustina.

—Vos concéntrate en tu tesis. Tenemos que terminarla lo antes posible, ¿dale?

—¿Y me vas a dejar afuera de este proyecto?

Fernando miró a su becaria muy serio.

—Agustina: acabás de decir que este proyecto es una locura.

—Sí, bueno..., pero...

—Además te estuve consolando las últimas dos semanas porque decías que el tiempo no te alcanza... Me rompiste la paciencia con eso. ¿Ahora querés que te sume? ¿No te parece ilógico? Dedícate a tu tesis. Termina de escribirla y después te sumo al equipo. Pero hacé lo tuyo, por favor. Además, necesitamos que te doctores. Este año cuento con el *paper* de Alejo y con tu doctorado.

—Pero...

—Ya está decidido —dijo Fernando con autoridad.

Agustina se sentó pesadamente en su silla, abatida. Fernando miró por la ventana y tuvo una idea.

—¿Querés sumar otra responsabilidad? Muy bien. Ocúpate de organizar la próxima campaña a la costa. Iba a darle esa tarea a Alejo, pero vos sos muy buena organizando.

—¡Yo nunca organicé una campaña!

—Y yo nunca me metí con los *Gastropoda*. ¿'Tá bien? Siempre hay una primera vez. Cualquier duda, podés preguntarle a Alejo. Él tiene mucha experiencia en eso.

—¡Pero...! ¡Es injusto! Lo que yo quería era...

—Te vas a sumar a esto en cuanto termines con la tesis. —Fernando se frotó las manos con energía—. En fin: ¡a trabajar! Vení, Alejo.

¿Le pareció escuchar la voz de Agustina? Sí, ella seguía protestando en voz baja.

La observó mientras Alejo se apuraba a agarrar su cuaderno. Acercó una segunda silla a la suya, ambos tenía que trabajar juntos en su

computadora.

Esto era demasiado importante como para darle peso al malestar de Agustina.

¿Terminó de noche? Sí, definitivamente.

Era noche cerrada cuando se quedó solo en el laboratorio.

Había sido una tarde muy intensa. De reprogramaciones y nerviosismo.

¿Qué podía hacer para relajarse? ¿Escuchar música? Sí, definitivamente.

Buscó algo tranquilo para escuchar en YouTube. Encontró un «Lo mejor de Debussy». Apretó *play*.

Estaba muy contento.

¿Cuánto hacía que no sentía un palpito con esa intensidad?

Y tuvo los bichos a su alcance todo el tiempo... ¿por qué no los fue revisando a medida que Alejo los dejaba de lado? Aunque... ¿hubiera visto él alguna particularidad?

Se quedó un momento pensando en esa cuestión de la transparencia. Buscó un *paper* que recordaba haber leído hacía años, mientras estaba en la Antártida. En climas fríos la transparencia de la conchilla era mayor, porque se acumulaba menos carbonato de calcio. Nadie se había puesto a evaluar la transparencia...

De haberles dedicado tiempo, esos resultados ya estarían publicados... si es que Mirko tenía razón.

¿Y si Mirko no tenía razón?

Si no tenía razón, todo el costo de los análisis en el exterior —más la pérdida de respeto a su criterio— caería sobre él.

¿Le preocupaba eso?

No tanto. Repondría lo gastado con dinero de su bolsillo.

¿Y el respeto a su criterio?

Eso era más difícil de recuperar, pero, si Mirko decía que había un patrón de suturas diferente, era porque de verdad lo veía diferente. Mirko no mentía, nunca mentía.

Maximizó el archivo con las tablas de datos.

¿Qué buscaba? No sabía.

Era lindo no saber, sabiendo que algo había ahí, algo que pronto sabría.

¿Qué aspectos había medido Mirko en los caracoles? Todo lo que él le había pedido.

El tamaño total de la conchilla, la cantidad de vueltas, el largo de la espira, el largo y el ancho de la boca, la presencia de suturas y de opérculo...

¿Le alcanzaría el personal para abrir otra línea de trabajo? No sabía.

Tal vez podía sumar otro becario el año próximo. Había muchísimos datos que se desprendían de esas mediciones. Y eso que solo estaba pensando en las mediciones externas. Con tan pocos especímenes no podía evaluar la reproducción. Tendría que hablar con la gente de la Antártida para que le enviaran más.

¿Cómo serían esos caracoles por dentro? No sabía.

Era importante avanzar rápido. En un futuro próximo todas las partes de esos caracoles deberían ser analizadas. La conchilla y la rádula serían lo primero. Era accesible, con microscopía de barrido alcanzaba. ¿A quién se lo daría? Alejo era el más preparado.

¿Quizás podía entrenar a Lula? Sí, definitivamente. Entrenarían a Lula.

Las preguntas se le multiplicaban: ¿sería una especie nueva?, ¿sería una modificación de una especie ya existente?, ¿existiría en otro lugar del mundo?, ¿cómo se relacionarían esos caracoles con los demás?, ¿cómo sería su alimentación?, ¿cómo sería su reproducción?, ¿desde hacía cuanto tiempo vivían ahí?...

Tanto por descubrir en un pequeño caracol. Fernando se recostó en su silla y lo invadió un gran cansancio.

¿Qué haría esa noche? ¿Se quedaría ahí? Sí, definitivamente.

No tenía ganas de otra cosa. Dejó que las notas del piano lo llevaran. Lo último que pensó antes de dormirse frente a la computadora fue que hacía años que no pasaba una noche en el laboratorio.



Flashback #9

—Lo veo re-solo, ¿seguro que conviene dejarlo en esta escuela? Ya pasaron tres meses del comienzo de clases y sigue sin integrarse... ¿Alguien le habla?

—Es un proceso. Viene de otra escuela. No podemos facilitarle tanto la adaptación. Ya van a ver. Las interacciones con otros chicos se van a dar con el tiempo. Tienen que confiar en la institución.

—...

—...

—Una escuela especial no lo desafiaría como esta. Eso ya lo hablamos.

—No queremos que vaya a una escuela especial. Justamente. Queremos que los demás lo acepten. Mandarlo a una escuela especial para mí es no valorar su particularidad.

—Comparto tu visión, Ivo. Por eso estamos acá.

—Pero, Miriam... Aún con esta visión, convengamos que Mirko es un nene especial. Me da miedo que los demás lo maltraten. Viene con un historial de problemas de adaptación... Y de agresiones físicas... El responde con... demasiada... energía...

—Yo estoy atenta, María, no te preocupes. Tanto a lo que él pueda provocar como a lo que le provoquen.

—Pero ¿cuánto lo ves, vos?

—Ivo, soy la responsable del Equipo de Orientación Escolar. Como ya les dije, estoy el horario completo. Tenemos nenes integrados en tres grados de primaria y dos adolescentes en la secundaria. Mis colegas y yo pasamos el tiempo monitoreando a esos cinco alumnos. Mirko va a estar bien.

—¿Con la maestra está todo bien? ¿Lo deja tener su caracol?

—Ya hablamos con la maestra antes de empezar las clases. Ella está trabajando. Es una docente muy calificada. Va a estar todo bien. Mirko va a

poder. Le vamos a ir dando herramientas para que lo logre. Está en cuarto grado, es un año lleno de desafíos intelectuales. Él va a poder...

—Pero él no tiene problemas cognitivos. Eso no me preocupa. Viene demostrando que puede resolver sus tareas. A mí...

—Lo que nos preocupa es cómo lo tratan los demás. No lo vemos con ganas de venir.

—¡Que no quiera venir a la escuela es de lo más normal!

Ya sabemos que a Mirko no le gusta la escuela. Acá lo vamos a desafiar. El primer desafío es que no sienta que lo que tiene que aprender es una papa. Me parece que tiene que sentir cierta exigencia para modificar un poco su actitud.

—...

—...

—En serio les digo: déjenos a nosotras. Entre su espacio en mi consultorio y el trabajo acá, va a estar todo bien. Va a llevar su tiempo. Confíen en nosotras, pero, sobre todo, ¡confíen en Mirko!

Circulación abierta

*El corazón de los caracoles
tiene un ventrículo y una aurícula
(el de los humanos tiene dos y dos).
Del ventrículo sale una arteria,
la aorta posterior,
que lleva la sangre a todas las vísceras;
y otra, la aorta anterior,
que irriga la cabeza y el pie.*

(Lucrecia / día 109)

De cara al cielo Lucrecia pensó que a veces la ciudad era linda.

Vista desde un piso once más aún.

Todavía más cuando las nubes se veían de esos colores pastel.

Más cuando los tonos anaranjados y rosas se multiplicaban en las ventanas vecinas.

Estaba asomada a la ventana del *living*.

Las nubes se multiplicaban también dentro de ella. Algunas bellas y otras de tormenta.

No había podido dormir.

Últimamente le costaba mucho dormir.

Miró hacia su habitación.

Adivinó el cuerpo de Luciano en la penumbra.

Quizás volviera a la cama.

Tenía tiempo de descansar una horita más.

Fue a su cuarto. Intentaría dormir. Se acostó.

Luciano murmuró algo inentendible y la atrajo para sí.

Ella lo dejó hacer y acompasó su respiración a la de él.

Se quedó dormida.

(los perseguían estaba con Mirko en una playa cargaban unas bolsas sobre la cabeza y no sabían qué tenían dentro comenzó a correr desesperada intentando que él la siguiera le decía vamos vamos vamos pero él no corría él caminaba. ¿Y Fernando?, itenemos que ir con Fernando!, por favor tenemos que correr Mirko se transformaba en el chico de negro de su pueblo y corrían de la mano escapaban por la orilla del mar hasta un muelle los pasos resonaban contra la madera con la fuerza de la carrera al llegar al extremo se tiraba al mar de la nada aparecía Luciano que la frenaba yo no voy ella

seguía adelante chau se sumergía y se sumaba a una marea se dejaba llevar emergía muerta de frío y todo era blanco un hombre de ropa anaranjada la saludaba y la ayudaba a salir del agua. ¿Fue un buen muestreo?, decía su padre sonriente revisando la bolsa que icierto!, ella llevaba ese peso todo el tiempo su papá revisó el contenido y resopló nada que me sirva dijo y ella se echó a llorar por qué me tratás así esto es lo que soy su padre se desvanecía y se encontraba sola en un mar congelado se percataba de que era ella la que vestía de anaranjado y su mamá le tocaba el hombro y le preguntaba con la voz de Mirko ¿estás bien Lucrecia Bing?).

Abrió los ojos en completa quietud.

La voz de Mirko resonaba en su cabeza. Su madre y los ojos del chico de negro también.

La ducha abierta y la cama para ella sola le indicaron que Luciano ya se estaba preparando para ir a trabajar.

La vida de a dos había cambiado tanto la rutina que aún no se acostumbraba.

No había sido una decisión sino un dejarse llevar.

Se dijo que había que levantarse.

Pero también se dijo que mejor cuando el baño estuviera libre.

Cerró los ojos un instante.

La despertaron los besos en el hombro en el brazo en el pelo. Luciano.

—Luli, son las ocho. Te traje un café con leche.

—Hola...

—Te lo dejo en la mesita de luz. Yo me voy al laburo ya.

Hoy vuelvo tarde. Tengo facultad.

—Sí... Me acuerdo. Lu... pará, quiero preguntarte algo.

—Decime.

—¿Te acordás de ese chico del pueblo? Ese que hacía a un tanto quilombo...

—Sí.

—¿Cómo se llamaba?

—Dani.

—Cierto... Dani. ¿Sabés qué le pasó?

—No sé bien... Me parece que lo mandaron a una clínica. Creo que era bipolar.

—¿Bipolar?

—No sé. Mi vieja decía eso. Creo que se fue a estudiar afuera. ¿Por?

—Nada... Este compañero del labo que te conté... Mirko... me hizo pensar en él y hoy me acordé de nuevo.

—Y... debe de ser porque estaba reloco. ¿Mirko también, no?

—No... No diría reloco...

—Bueno, perdón por cortarte, pero de verdad me tengo que ir, Luli.

—Sí. Nos vemos a la noche... Gracias por el café.

Su novio le dio un beso y se fue.

Se sentó en la cama y se tomó el café despacio.

Dani estaba reloco. ¿Qué significaría eso?

Cabía tanto en esa frase.

Pensó en una bolsa llena. Opaca y anudada.

El «reloco» era un nudo que ponía distancia.

Como si desatarlo liberara un contenido podrido que fuera a contaminar el resto.

Lucrecia se restregó los ojos.

Respiró hondo y se entregó a la realidad.

(¿qué tenía que hacer hoy?, ¿qué día era hoy?).

Por suerte había empezado a anotar sus pendientes en una agenda.

Antes no necesitaba agenda. Con su memoria alcanzaba. Ya no.

El café caliente ayudó.

Hoy tenía que terminar con lo que le había pedido Agustina.

Y tenía trabajos prácticos a la noche.

Por suerte era el último cuatrimestre. Ya estaba podrida de cursar.

Se levantó.

Se duchó.

Se vistió.

Disfrutó de la soledad de la mañana tomando unos mates mientras releía un *paper* referido a *Muricidos*.

En ocho semanas había leído tanto sobre caracoles que se consideraba casi una especialista.

Su tesina de licenciatura había quedado momentáneamente abandonada.

Fernando había intentado que aceptaran el cambio de tema en la Secretaría de Asuntos Estudiantiles.

Como habían pasado casi cinco meses desde su inscripción era difícil que lo lograra.

No les habían dicho ni sí ni no.

Fernando seguía en tratativas.

En el viaje en colectivo recordó la cena de la noche anterior.

Algo de lo dicho por Luciano la había alarmado.

Mientras levantaban los platos había empezado a hablar de tener hijos.

(¿no la escuchaba cuando ella le hablaba?).

Dejar de cuidarse.

Inevitablemente pensó en Alejo.

Le había contado que con su mujer estaban intentando lograr un embarazo y aún no lo lograban.

Llevaban más de dos años de búsqueda.

Había personas que realmente deseaban tener hijos.

Ella realmente deseaba no tenerlos.

Intentó imaginarse con un bebito en brazos.

Luciano daba todo por hecho.

Ella primero se había quedado callada.

Callada porque le daba bronca que no tomara en cuenta sus ganas.

También se sentía con cierto temor de ofenderlo.

Pero él se había puesto a proyectar la familia tipo.

Y ella no podía tolerar que llegara a pensar en el perro.

¡Sabía hasta el color del perro!

(y hoy la había despertado tan amorosamente).

Entonces lo interrumpió para recordarle que ella no quería tener hijos.

Que ya se lo había dicho varias veces.

Pero él pensaba que ella cambiaría de opinión cuando se casaran y tuvieran su casa.

Pero no.

No iba a cambiar de opinión por un vestido blanco y un chalet con ladrillo a la vista.

Ella no quería tener hijos. ¿Nunca había querido?

Al menos no desde que tenía memoria.

Desde la primera internación de su madre.

O quizás desde antes.

Desde que su mamá comenzó a caminar por la vida como si fuera un fantasma.

Desde que dejó de llevarla de la mano y tuvo que conformarse con seguirle el paso.

Desde que dedicó sus sonrisas solo a lo invisible.

Paró de hablar porque la voz se le estaba entrecortando y no quería llorar.

Trató de poner algo de humor.

El perro sí lo aceptaba. Dos. Tres. Gatos también podía ser.

Hijos no.

Luciano se mantuvo serio y respondió que ella no era depresiva como su madre.

Y que por otro lado su mamá estaba perfectamente desde que habían encontrado esa medicación.

Que era tonto aferrarse a los malos momentos de la infancia.

¿Era tonto? Quizás sí.

Sus amigas le decían algo parecido.

Pero en esos momentos de la infancia ella había pasado a un sus peores momentos y había tenido sus mejores ideas.

Al menos eso creía.

En esos años había empezado a buscar lo invisible que le robaba a su mamá.

(lo había encontrado en las mariposas en las moscas en las libélulas que traen la lluvia en la música de los grillos a la hora de la siesta ella se había dejado robar por esos seres diminutos).

Aún poniéndole racionalidad al asunto no quería ser madre.

Era demasiado poder.

Ella no quería hacer a otra persona.

¿Era obligatorio tener hijos?

¿Se había preguntado él si de verdad quería tener hijos?

¿Si no era algo que venía más por el lado de lo que había que hacer?

«Sí». «Me lo pregunté».

Luciano soñaba desde niño con tener su propia familia.

Desde que era un nene había imaginado una familia con dos hijos. O tres.

Lucrecia suspiró. Sabía que pronto le estallaría esa discusión en la cara una vez más.

Y que ningún argumento serviría ni para convencerla a ella ni para que él la entendiera.

(tal vez lo más sano sería que cada uno siguiera por su lado).

Era mejor dejar de pensar en eso.

Cuando pensaba en vivir sin Luciano una garra le oprimía todos los intestinos.

El dolor era tanto que no lo aguantaba.

Por suerte estaba sentada y cerca de una ventanilla.

Miró la gente pasar. Cada quien en su conchilla.

También los caracoles tienen corazón.

Pero no cerebro. Apenas unas agrupaciones de neuronas.

¿Sentirían algo parecido al dolor?

¿Algo parecido al deseo?

¿O sus sinapsis eran apenas pulsiones para a cada momento seguir con vida?

Cuando llegó encontró a su jefe dando vueltas alrededor de la mesa del laboratorio.

Estaba esperando que llegaran los resultados de su colega del Instituto Severtsov de Ecología y Evolución de Moscú.

Le habían dicho que el *mail* llegaría cerca del mediodía.

Hora argentina.

Y el sistema de internet de la Facultad había colapsado.

Sin darle tiempo ni para dejar la mochila le preguntó a Lucrecia si tenía internet en su celular.

Ella dijo que sí.

—¡Sos mi salvación! Mirá lo que es el mío —exclamó Fernando al mismo tiempo que le mostraba un celular de por lo menos cinco años de antigüedad.

—¿Eso funciona?

Fernando hizo un gesto de desdén.

—Nunca me preocupé demasiado por estar en la vanguardia tecnológica, pero hoy me convencí de que tengo que dejar la prehistoria... Vení, vamos afuera. Te invito un café.

—Prefiero un mate. ¿Querés? —Fernando sonrió—. Dame un par de minutos que lo preparo.

Para tener buena señal tenían que salir del instituto. Ellos decidieron salir del pabellón.

En el ascensor Fernando le contó que su colega en realidad era un gran amigo.

Un genio ruso que trabajaba desde hacía más de treinta años en la anatomía y en la caracterización de cada órgano de los *Muricidos*.

Su amigo era capaz de distinguir hasta la más mínima diferencia en la estructura de esos caracoles.

Era una opinión realmente valiosa.

Lucrecia sintió escalofríos.

Nunca antes le había interesado cómo se clasificaban las especies.

Se había aprendido las taxonomías de memoria para algunos exámenes.

Le parecía aburridísimo eso de armar los árboles evolutivos.

Pero sabía que incorporar una nueva especie al árbol podía cambiarlo completamente.

Si esos caracoles que Mirko había descubierto guardaban una diferencia realmente importante con sus parientes quizás provocarían un revuelo entre los taxónomos.

Quizás posicionaran al grupo en la esfera de elite de los especialistas en moluscos.

Fernando estaba nervioso.

Le dijo que el trabajo que escribieran iría directo a una revista *top ten* de zoología.

Zoologica Scripta. O *Zoological Journal of the Linnean Society*.

El *mail* no llegaba.

El mate circulaba entre los dos.

El silencio también.

De pronto Lucrecia le dio su celular a Fernando.

—Quedátelo. Yo vuelvo al labo.

—¿Segura?

—Sí, sí. No espero ningún llamado importante ni nada.

—Uy, bueno, gracias. Yo subo ni bien tenga novedades.

Lucrecia tenía que sumergirse en una rutina para soportar la tensión.

Pesar los bivalvos que habían traído de Gesell era justo lo que necesitaba.

Agustina estaba enferma y le había pedido el favor.

Pesar esa cantidad de bichos era algo que se resolvía en un par de tardes.

El día anterior había comenzado y se disponía a terminar cuando llegó Alejo.

Entró tan cabizbajo que supo lo que le pasaba.

Decidió que no preguntaría. Lo saludó y él le contestó con un murmullo.

Las palabras verdaderamente necesarias eran pocas. A veces lo necesario era el silencio.

Alejo se encerró en su mundo de gráficos y funciones matemáticas.

Ella volvió a la balanza.

Los cuerpitos de los bivalvos ya no tenían grandes secretos.

Por ejemplo ese pesaba 567 miligramos y por su tamaño podía deducir que era un animal adulto.

Miró la gónada. Por el color ya podía decir que se trataba de una hembra.

(aunque quizás el secreto verdadero estaba en lo realmente pequeño).

Lo que no se veía a simple vista.

Lo que aún no podía deducir.

Si era así no le alcanzaría la vida para desentrañar los misterios de los bivalvos.

Lucrecia sonrió mientras pesaba el siguiente.

571 miligramos. Otra hembra adulta.

Recordó una imagen que le había llegado por las redes sociales.

De un amigo que la animaba a participar en su agrupación política.

Se trataba de un cuadro dividido en dos viñetas.

En la primera se veía un gran pez persiguiendo un cardumen.

En la segunda el cardumen tomaba forma de pez más grande aún que perseguía al gran pez.

Debajo se leía la consigna.

«Tiempo de organizarse para que no nos coman».

Se la había mostrado a Mirko.

No la entendía. Intentó explicársela.

Él le había contestado que era una imagen ilógica llena de errores conceptuales.

Varias veces esa tarde tuvo que escucharlo decir que el efecto cardumen se daba más para disminuir las posibilidades de ser comido que para

ahuyentar a un predador.

Y que ningún cardumen por el solo hecho de serlo atacaría a un predador.

Que eso era ir en contra de la propia naturaleza.

Sin embargo esa era la imagen que Lucrecia tenía en mente cuando pensaba en las búsquedas científicas.

Muchos científicos persiguiendo un saber.

Un saber que podía devorarlos. Enloquecerlos.

Consumirles la vida entera.

Entre todos al menos sentían que avanzaban hacia algún lugar.

Aunque fuera una ilusión.

(dedicar la vida a ir de ilusión en ilusión convencida de que gracias a esas búsquedas en el futuro se sabría más y más).

Alejo se alejó de su pantalla y la miró.

—¿En qué andás?

—Pesando y midiendo los bivalvos de la última campaña.

—¿Para qué?

—No sé... Agustina me pidió que lo hiciera...

—Pero solo trajimos de Gesell... No le van a servir si no tiene los de Mar del Plata y los de Quequén para compararlos...

—Ah... No sabía...

—¿Y Fernando?

—Está abajo. ¿Por?

—Lula, ¿vos sabés el tema de la tesis de Agustina?

—No, ni idea.

—¿Agus no te explicó?

—No...

—¿Nada? —se sorprendió Alejo—. Algo te tiene que haber contado en el viaje.

—Lo que sé me lo contaste vos —respondió Lucrecia.

—Mmmmm... No entiendo el sentido de estas mediciones — confesó Alejo pasándose la mano por el pelo.

—...

—A ver... Dejame que piense cómo te explico... —Alejo dejó su computadora y se sentó sobre la mesa del laboratorio. Lucrecia giró la silla

donde estaba sentada—. Mirá, a grandes rasgos, Agus está haciendo un estudio comparativo en tres lugares de la costa bonaerense. Por eso teníamos que ir a tres localidades. Como tuvimos viento del sudeste en Gesell, nos volvimos.

—Sí, sí, eso me lo explicaste: era inútil perder días allá porque con ese clima no íbamos a poder llegar a las zonas de toma de muestras.

—Claro. Solo pudimos aprovechar la marea baja de Gesell. Ese fue un error de Agus, porque la sudestada se podía prever. El tema es que para que los datos sean confiables...

—¿Tenemos que organizar una nueva campaña?

—Exacto. Sobre todo, estudiar cuándo conviene hacerla. Por dos razones. Para llegar a tener las muestras de los tres lugares en el mismo período del año; y para poder trabajar con tiempo en los tres puntos de muestreo.

—Ajá...

—Es muy importante que tengamos una buena cantidad de bichos y de buena calidad, digamos...

—¿Estos no son de buena calidad?

—Estos que vinieron de Gesell, lamentablemente, no a un sirven para el tema de tesis de Agus... No la veo bien a Agus..., ¿vos?

—Yo no la conozco tanto... Quizás quiere estos datos para otra cosa —aventuró Lucrecia.

—Tal vez... ¡Espero que sí! Que no sea una excusa para hacerte perder tiempo...

Ella se quedó muda un momento, luego reaccionó.

—Naaaaa... ¡No creo!

—Ojalá que no —Alejo tamborileó en la mesada—. Bah, dejá eso. Vamos a buscar a Fernando y de paso nos aireamos un poco el cerebro.

Lo encontraron yendo hacia el comedor.

No había recibido ningún *mail*. Le devolvió el celular a Lucrecia.

Los invitó a almorzar con la excusa de su buen pálpito. Aceptaron.

Al entrar vieron a Mirko comiendo.

Sentado a solas en un extremo de la mesa que acostumbraba ocupar.

Alejo y Lucrecia ya sabían que le gustaba comer solo.

Compartía la mesa únicamente con sus padres.

Fernando les había contado que había sido una gran alegría verlo comer en ese comedor.

Había sido un gran logro que comiera rodeado de gente que no conocía.

Mientras elegían la comida Lucrecia observó que él traía una vianda.

Encontraron una mesa al lado de una ventana.

Desde donde estaba podía seguir observando a Mirko.

El aroma del guiso de lentejas del menú estudiantil atrajo sus ojos hacia el plato y comenzó a comer.

Dejó que los sabores se mezclaran en su boca.

Estaba rico y ella tenía hambre.

Fernando y Alejo empezaron a comentar todo lo que había que hacer para el próximo Congreso de Ciencias del Mar.

Intentó participar de la charla aunque en realidad no podía evitar distraerse observando la parsimonia con la que Mirko almorzaba.

Cada vez que había coincidido con él en el comedor le había pasado igual.

No resistía la tentación de observarlo.

Los movimientos esporádicos de los brazos.

Una incomodidad en las piernas que lo hacía cambiar de posición cada tanto.

Se le complicaba prestar atención a eso y a la conversación.

Terminó diciendo «sí» y «no» hasta que decidió simular que estaba concentrada en la comida.

Estaba un poco lejos. Hubiera querido acercarse más.

(ese modo ausente de tomar el tenedor de cortar cada bocado de masticar).

Lucrecia notó que varios chicos enfilaban hacia la mesa donde Mirko comía pero otros los desalentaban para cambiar el rumbo.

Finalmente una solitaria se sentó en el extremo opuesto.

Nada pasó. Ambos comían.

¿Por qué los evitaban como si estuvieran radiactivos o infectados?

Lucrecia se dijo que era para no tener que hablar con ellos.

Para no encontrarse con sus miradas.

Para no tener que verse en medio de alguna situación inesperada.

Recordó una frase que Alejo y Agustina repetían cada tanto.

«Siempre pasa algo en un laboratorio».

En su mente se formó la imagen de un gran laboratorio.

Uno interminable en el cual las personas eran las muestras.

Había quienes desde afuera resultaban más previsibles.

Ella por ejemplo.

(un amor de chica haciendo lo que se espera nunca un problema una hija ejemplar estudiosa y buena con todo lo que le pasó a su mamá).

¿Su madre? En apariencias era imprevisible pero en realidad no lo era tanto.

¿Su padre? Él tenía más rutinas que un animal de granja.

Muchas marcadas justamente por los horarios del campo.

¿Luciano? Luciano la sorprendía muy pocas veces.

Ambos creían que era mejor consultarse a la menor inquietud y así habían armado su relación.

¿Mili? ¿Solé? ¿Sil?

Con sus amigas había compartido tantas cosas que las consideraba muy previsibles.

Aunque quizás no lo fueran tanto.

Alejo y Fernando la sacaron de sus pensamientos para preguntarle si quería participar del Congreso presentando la investigación de la tesina.

Para ese momento seguro iba a estar terminada.

Dijo que sí y sonrió.

(una científica de verdad viaja por el mundo con su trabajo).

Volvió a Mirko.

Mirko era completamente imprevisible.

Aunque lo disimulara con su batería de rutinas.

Nunca podría descubrir qué estaba pensando.

Tampoco cómo veía el mundo.

Y ahí estaba. Enrollando el individual y metiéndolo en la bolsa zipper junto a los cubiertos sucios y al envase hermético donde transportaba su comida.

Vio cómo guardaba todo en la mochila.

Lo observó caminar por el pasillo más lejano al mostrador.

Para salir tenía que recorrer más del doble de distancia que yendo por el otro pasillo.

¿Por qué?

Quiso saber y se animó a preguntar:

—Fernando, ¿por qué Mirko sale por aquel pasillo?

Fernando lo miró y sonrió con ternura. Luego la miró a ella.

—¿Ves que cerca del mostrador hay una zona del piso emparchada con otro tipo de baldosas? Para él hay poca diferencia entre eso y un pozo.

Lula miró el parche de baldosones. Eran de otro tamaño, de otro color y también de otra trama. Sin embargo, ella nunca los había observado antes.

Alejo se sorprendió.

—¡Ah, pero de pura casualidad nuestro laboratorio está impecable!

—Sí... bueno... —Fernando asintió mientras se metía una papa frita en la boca—. En realidad no existen las casualidades... Yo me siento mejor si

todo está impecable. En eso me parezco a Mirko. Me tranquiliza que todo esté ordenadito.

—A mí también. Pero me gusta que ordenen los demás. Y estacionar en el cuarto lugar de la tercera fila de la izquierda —confesó Alejo y los tres rieron.

—A mí mientras no haya nada amarillo me da igual —dijo Lucrecia—. No me molestan ni el desorden ni los cambios. Pero el color amarillo me pone mal.

—¡Cada cual con su manía, eh! ¡No zafa nadie! —agregó Alejo, bromeando.

Fernando se limpió la boca con la servilleta mientras seguía sonriendo.

—Epa, Alejo, bajaste la guardia... ¿Quién hubiera dicho que tenés tantas manías como yo? Si te escuchara alguien que no te conoce, pensaría que sos un poco raro...

Alejo lo miró como si lo hubiera pescado in fraganti. Hizo un gesto de hombros y se quedó en silencio.

—Mmm... Agrego otra variable: ¡la simetría! —exclamó Fernando—. No me van a decir que no aman la simetría... es tan relajante...

Lucrecia y Alejo coincidieron. Alejo habló de la proporción áurea.

Lucrecia confesó que de adolescente la había corroborado en muchos árboles y flores de su pueblo.

—Estaría bueno volver sobre esto. La simetría y el cálculo del número áureo en los moluscos es un tema por demás interesante. Voy al baño. Y después me voy al labo, quiero chequear el *mail*. Estoy histérico pero este almuerzo me hizo muy bien. Gracias, chicos, terminen tranquilos...

—El patrón de suturas era diferente.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que no te habías equivocado! —Fernando estaba exultante—. ¡Tenemos que festejar! ¡Esto es algo que tenemos que festejar!

—Aún no Fernando Plazas No me gustan los festejos.

—¡Dale, Mirko! ¡Concedeme que encuentres una nueva especie! —Fernando necesitaba abrazar a su protegido, pero él daba un paso atrás cada vez que el abrazo amenazaba.

—Solo encontré una evidencia. Una que no coincide con descripciones previas de ninguna especie. Creo que buscaré mi caracol.

Mirko sacó de su mochila una gran caracola azul y metió los dedos de la mano izquierda dentro de ella.

—¡Leé lo que dicen los colegas de Moscú! *Congrats on your discovery, it is an incredible news for the Gastropoda family. It's an incredible news, Mirko!*

—Aún no tenemos el análisis de ADN.

Mirko seguía con la mirada fija en el informe, Fernando ya no intentaba abrazarlo, pero no dejaba de sonreírle.

—Supuestamente llega en estos días. ¡Pero el equipo de Moscú no se emociona tanto por nada, Mirko, vos sabés lo serios que son! ¡Estoy seguro de que descubriste una especie!

—Vos viste y yo no vi nada... —dijo Alejo con una expresión de alegría e incredulidad—. ¡Qué locura! Vos viste las suturas sin usar lupa... Notaste que la transparencia era diferente a simple vista... ¿Cómo hiciste?

—Usé los ojos. Vi que eran diferentes. Hice equis mayúsculas en las tablas para marcarlos.

—Para mí eran todos iguales. ¡Los dejé en el descarte!, ¿te das cuenta de la cagada que me estaba mandando? No puedo creerlo... ¿Me dejás leer el informe?

Mirko se aferró al papel cuando la mano de Alejo se le acercó.

Tomó distancia con cuatro pasos rápidos y se detuvo frente a su mesada dándole la espalda.

Desplegó las hojas del informe sobre su espacio de trabajo como si se tratara de una imagen que debía componer.

Miraba fijamente las páginas del informe con la caracola azul entre las manos.

De pronto la dejó en la mesada y sus dedos se hicieron libélulas.

Movió las piernas hacia los costados como un cangrejo asustado.

Ni se percató de esos movimientos de su cuerpo.

Su mente estaba compenetrada en la lectura.

O en lo que fuera que estaba decodificando.

Alejo miró a Fernando y a Lucrecia sin saber qué hacer.

Un silencio se instaló en el laboratorio.

—Aún no. Aún no podemos afirmar nada concluyente. Es cierto que el equipo del Instituto Severtsov es de los mejores del mundo. ¿Por qué se emocionarían tanto Fernando Plazas? —preguntó Mirko minutos después.

—Dicen que este caracol tiene características nunca vistas antes. Que quizás abra un nuevo grupo. Ya lo veremos cuando conozcamos el ADN y podamos compararlo con el de otras familias y grupos cercanos.

—Es conveniente esperar. Y escribir. Hay que escribir. No me gustan los festejos.

Lucrecia sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Quiso creer que por la alegría del descubrimiento pero supo que no.

Le pesaba saber que festejar realmente era doloroso para Mirko.

¿Dónde estaba su satisfacción?

¿Dentro de ese caracol azul al que se aferraba con tanta firmeza?

¿En esa danza veloz que se le escapaba por los dedos y por las piernas?

Quizás así expresaba su emoción.

Tan difícil de atrapar.

Tan etérea y fugaz.

¿Cómo era *ser* Mirko?

Miró a su jefe. Él también era dueño de un laberinto.

¿Cómo era *ser* Fernando?

Alejo... ¿Cómo era *ser* Alejo?

¿Y ella?

¿Cómo era *ser* ella?

¿Estaba segura de que se estaba animando a *ser* Lucrecia?

¿O era la Lucrecia que se esperaba que fuera?

—Bueno —dijo Fernando dando una palmada en la espalda de Alejo—. Vamos a apurarnos con la escritura porque yo me salgo de la vaina por festejar.

—Yo también —respondió Alejo.

—Mirko, cuando termines de leer el informe, lo necesitamos para incorporar esos datos a nuestro análisis —insistió Fernando—. Si recibimos el análisis de ADN en estos días, como me prometieron, vamos a poder completar el manuscrito en un par de semanas.

El cuerpo del chico volvió a tomar su caracola y dio unos pasos sin rumbo.

La voz salió aún más inexpresiva que de costumbre.

—Es conveniente tenerlo cuanto antes.

—Igual, ya está. Aunque sea de modo informal, ya está, Mirko. Tenemos el reconocimiento de uno de los más grandes malacólogos del mundo.

—Existe la posibilidad de que otras expediciones estén trabajando en lo mismo. Hay que publicar el descubrimiento Fernando Plazas.

—Ya lo sé. No te preocupes.

—Es conveniente publicar. Cuanto antes.

—Quedate tranquilo. Vos sabés que podés confiar en mí.

—Sí. Puedo. Puedo confiar en Fernando Plazas.

Lucrecia miró a Fernando y notó que él se había emocionado.

—Mirko, aunque aún no te guste festejar, hoy podríamos brindar con tus padres, ¿no te parece? Es un día muy importante... Creo que vas a poder disfrutarlo, de verdad. No creo que necesites tu caracol.

Mirko intentó mirar a Fernando. Lo logró un segundo. Sus piernas se detuvieron. Guardó la conchilla azul en la mochila. Metió las manos en los bolsillos.

—Okey. Me iré a mi cuarto cuando quiten el corcho de la botella.

—Eso estaría muy bien. Y podríamos comprar las papas fritas que te gustan, ¿qué te parece? —Mirko asintió con energía—. Yo los llamo. Vos seguí leyendo el informe y, cuando termines, alcanzámelo, por favor.

Lucrecia sonrió.

Fernando había destrabado la tensión. Y había resuelto uno de sus interrogantes.

Ahora sabía que Mirko confiaba en él. Eso era mucho.

Se sentó en su silla sin saber qué hacer.

Ella tampoco podía contener la alegría.

Decidió leer. Intentar leer.

Tomó un *paper* y se sentó cerca de Mirko.

Le costaba ir más allá del título y de los nombres de los autores.

Nunca imaginó que su primera publicación sería en una revista como *Zoologica Scripta*.

Aún no podía imaginar su nombre escrito en un encabezado como esos.

Quizás les pidieran una foto.

—¿Estás bien Lucrecia Bing?

La pregunta llegó de otro universo.

Le pareció que Mirko ya se la había hecho antes pero no supo decirse dónde. Ni cuándo.

Miró a su compañero. Él seguía con la vista en los papeles del Instituto Severtsov pero su boca intentaba esbozar una sonrisa.

—Sí, Mirko Brusic. Estoy bien. ¿Y vos?

—No estoy tranquilo.

—Seguro estás emocionado. Pero ya va a calmarse lo que sentís. — Lucrecia se animó a *ser* Lucrecia y dijo—: Pensá que esa emoción es un

mosquito volando de un lado a otro adentro de tu cuerpo. Picando aquí y allá. Pronto se va a morir y te va a dejar tranquilo.

Mirko emitió algo que quiso ser risa.

—Eso es absurdo. Un mosquito moriría ahogado en los fluidos corporales antes de poder abrir las alas.

Lucrecia dejó escapar una carcajada.

—Es cierto. A veces se me ocurren cosas un poco absurdas.

Mirko siguió con su mueca sonriente.

Lucrecia observó que sus dedos se movían constantemente dentro de sus bolsillos.

Una tibieza la embargó.

Una ternura.

Era verdad que se sentía bien entre esas personas.

De hecho se sentía muy bien.

Agitó sus manos imitando a Mirko para festejar.

Él volvió a reír de ese modo tan extraño.

Ella lo estaba mirando.

—Lucrecia Bing es rara.

—Puede ser, sí... Mirko Brusic también es raro.

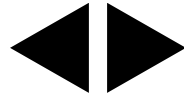
Por un instante creyó que los ojos de él se habían posado en los de ella.

Se dijo que había sido cierto.

Que los fabulosos ojos verdeamarillentos de Mirko la habían mirado.

Quiso hacerle una caricia.

Pero no se podía: sus manos eran libélulas y querían seguir volando.



Flashback #6

—¡Hola, mi amor! ¿Cómo está todo? Te escucho medio entrecortado...
María... ¿Me escuchás, María?

—¡Hola!... Sí, hola... Pará que me muevo un poco a ver si se escucha mejor. ¿Cómo va todo en casa?

—Ah... Ahí te escucho mejor. Bien, muy bien. Nada fuera de su rutina.

—¿Hablaste algo con Miriam?

—Sí, después te cuento. Ahora justo estamos por comer. Estoy con Fernando. Mirko, ¿quierés escuchar la voz de mamá? Mirko... Mirko, está mamá en el teléfono, ¿quierés escucharla? Mirko...

—Déjalo...

—Está en su mundo.

—...

—Lo llevamos a un acuario.

—¡Uy, qué buena idea! ¿Y?

—Parecía estar absorbiendo todo. Hacía el gesto ese que hace cuando está contento, con las manitos.

—¿Fue con su caracol?

—Obvio.

—¿Se portó bien?

—Sí... bueno, es Mirko... pero se portó bien, sí.

—¿Dijo algo?

—No. Pero Miriam dijo que no nos pusiéramos ansiosos con eso...

—Ya sé, ya sé. Te lo preguntaba de celosa. En realidad quiero que diga algo cuando yo esté.

—Ja, me lo imaginaba. Te conozco, mascarita.

—Uff... «Los tiempos de Mirko hay que respetarlos»... escucho la voz de Miriam todo el tiempo, como si viviera en mi cerebro, mirá lo que te

digo... Por suerte no tiene voz de pito.

—¿Y vos? ¿Cómo va todo en el Congreso?

—Bien. Me está yendo muy bien. Varios preguntaron por vos acá. Les dije que este año me tocaba a mí.

—¿Viste a la gente de mi labo? ¿Les fue bien?

—Sí. Todo bien, me parece. Seguro te llaman. Ivo, tengo que cortar. Empieza el simposio de modelado molecular. Es el plato fuerte del día.

—Andá. Mandá saludos.

—Te llamo más tarde y me contás qué hablaste con Miriam. Mandá besos.

—Okey. Pasala bien.

Digestión

*El alimento es conducido, desde la boca
hasta el estómago, por el esófago.
El estómago presenta diferentes regiones,
divertículos y ciegos.
Está comunicado con la glándula digestiva.
La digestión puede ocurrir tanto ahí como en el estómago,
eso varía en los diferentes grupos.
Las heces se forman en el intestino
y se expulsan por el ano.
En esto último, somos iguales.*

(Alejo / día 137)

Son rachas, las buenas y las malas. Pasan, vienen, destrozan, exaltan, llevan al paraíso o al infierno y se van para dar lugar a la siguiente. Ya pasaría esta también. El tránsito estaba más calmo y la entrevista con los médicos había sido mucho más optimista que las anteriores. Les habían dicho que el bebé iba a llegar en cualquier momento, que los estudios le habían dado muy bien, mucho mejor que lo esperado. La operación que le habían hecho había sido todo un éxito.

Alejo recordó que Agustina no paraba de hablarle del viaje de campaña mientras él se hacía el preoperatorio. Pero todo eso ya era parte del pasado, el viaje también había estado bien para tomar un poco de distancia. Ya estaba cansándose de que el tema del bebé se colara en todas las conversaciones. De pronto pensó que tenía que irse de viaje con Vivi. ¡Sí! Eso tenían que hacer. Sí, hablaría con Fernando y se iría unos días a... ¿dónde? ¡Al Caribe! Nadar en las playas del Caribe era un sueño que aún no había cumplido. Se imaginó allá con un trago en la mano. Mar cálido, arena suave... ¿Qué mejor modo de esperar y de buscar que en la serenidad del mar? Les habían recomendado paciencia, cero estrés, una buena alimentación... Estaba decidido: hablaría con Fernando y le daría la sorpresa a Vivi.

Aunque irse justo en ese momento... con toda la adrenalina del nuevo descubrimiento... Pero era por esta adrenalina que había elegido trabajar con Plazas. Finalmente, después de dos años de trabajar con él, había visto cómo se iluminaba. Y tener a Mirko en el labo había sido una decisión arriesgada, pero había dado sus frutos en menos de seis meses. «Como cuidar un cactus sabiendo que en cualquier momento dará una flor», había dicho Lula una tarde que comentaron el descubrimiento a solas en Villa Gesell. «Una flor increíble y efímera que se va a mostrar cuando menos lo

esperemos». Esa imagen que Lula había encontrado para describir a Mirko era excelente. El viaje a la costa le había mostrado que en ella tendría una colaboradora ingeniosa. La facultad no había logrado apagarle la curiosidad por los detalles, eso era esencial para ser una buena investigadora.

Fernando se había jugado entero por Mirko. ¿Alejo era capaz de jugarse de esa manera por una persona? Se preguntó si le habría creído si su jefe les hubiera adelantado que algo así podía suceder y se respondió que no. No le habría creído ni un poco. Pensó que incluso habría pensado que Plazas estaba más loco de lo que ya le parecía... Había odiado la incorporación de Mirko... Odiaba no entender, no encontrar una lógica en las decisiones de los otros. Sin embargo, se daba cuenta de que acostumbrarse a Mirko no le iba a costar tanto; tenía cero expresión, pero causaba cero problemas. Y nunca sería una competencia para él, porque era incapaz de analizar los datos y de escribir como escribía él.

Cómo transmitir los conocimientos era muy importante para la comunidad científica, cada vez más importante. Alejo pensó que era mucho más probable que Lula se volviera su competencia, pero, como se llevaban tantos años, iban a poder convivir en el sistema. Tenía que mantenerla como aliada. Mirko seguiría siendo más robótico que Mister Spock, con más manías que él y con mayor capacidad de concentración que cualquiera. Iba a progresar muchísimo, pero nunca solo. Siempre iba a necesitar de un equipo que lo consolidara. El pibe había resultado tener ojos de águila... y pensar que él había descartado esos caracoles por comunes, por vistos... ¿Cuántas cosas estaba dejando de ver por ser comunes?

Al cruzar el puente miró la hora. Estaba llegando cinco minutos tarde a la reunión que había convocado Fernando. No sabía para qué era, pero su jefe nunca había convocado una reunión sin necesidad. Tal vez tenía alguna noticia sobre el *paper*. ¿Iría Agustina? Lo tenía preocupado: estaba demasiado flaca, demacrada... Prácticamente no la conocía, aunque hacía dos años que trabajaban juntos. Sabía que venía de una familia de mucho dinero, que era la menor de tres hermanos, que los dos mayores estaban en el exterior y que se suponía que ella les seguiría los pasos.

En los días del viaje a la costa apenas si habló, casi no comió y, cuando advirtieron que el clima no los dejaría trabajar, se puso histérica. Alejo se preguntó cuándo habían empezado los problemas. Estaba casi seguro de que había sido cuando Plazas le dijo que dejara la mesada y empezara a escribir. Ahora se la agarraba con el pibito, pero en realidad no tenía nada

que ver con Mirko. Con los cambios de horarios que habían armado, Agustina casi ni se lo cruzaba. Fernando lo había manejado muy bien, eso había que reconocérselo. Y Agustina les había dicho en el viaje que tenía el manuscrito de su tesis muy avanzado.

Llegó a la puerta del instituto sumergido en sus pensamientos y de pronto escuchó los gritos. ¿Qué pasaba? Entró y vio que algunos colegas estaban afuera de sus laboratorios, sonriendo nerviosos ante el escándalo que salía del de Plazas. Alejo se acercó a una colega y le preguntó si sabía qué había pasado, pero no sabía, nadie sabía... Entró y vio a Agustina arrojándole unas hojas a Fernando, insultándolo por dejarla afuera del descubrimiento de los caracoles. Su jefe intentaba calmarla, pero estaba evidentemente disgustado. Lucrecia seguía atónita la discusión desde una de las computadoras, la que Mirko había arreglado. Alejo se acercó a saludarla. En un susurro le preguntó qué pasaba.

(—Empezaron a hablar de la tesis lo más bien... Fernando empezó a mirar las hojas mientras la felicitaba hasta que de pronto dejó de hablar y le preguntó: «¿Qué es esto, Agustina?, ¿qué son estos datos?». Y ella se puso pálida, no sé... —Lucrecia hizo un gesto de congoja—. Se volvió loca... Empezó a echarle en cara no sé qué historia de cuando ella llegó... ¡A putearlo! Es otra persona... No sé... No entiendo bien si es un ataque de nervios o qué... ¿Llamo a alguien?

—¿Hace mucho que están discutiendo?

—No... Pasó todo en un par de minutos...

—Ah, ¿llegué justo, entonces? —Lucrecia lo miró con una sonrisa preocupada que de todos modos le festejaba el chiste. Alejo le palmeó el brazo y le guiñó el ojo—. Dejá. Vos quedate tranqui).

Se acercó a la mesa y cortó la discusión al saludarlos con un beso a cada uno.

—No saben qué horrible está afuera —dijo, para meter un bocado bien diferente.

—Está muy pesado, sí —respondió Fernando sin abandonar su gesto de preocupación y disgusto.

—¿Y ENCIMA HABLAN EN CLAVE? —les dijo Agustina a los dos. Tenía el rostro deformado por la ira, la voz desafinada por la tensión—. ¡¿Y ENCIMA se atreven a hablar en clave?! ¡¿POR QUÉ NO SE VAN BIEN ALA MIERDA?!

—Ehhhhh... Paraaaá... ¡Yo recién lleeeeeego! —Alejo la miró con una media sonrisa. Ella no cambió su expresión. Sus pupilas no se quedaban quietas—. ¿Qué pasa, Agus?

—PASA QUE EL PELOTUDO DE TU JEFE... PORQUE ESO ES LO QUESOS, FERNANDO: ¡UN VERDADERO PELOTUDO!... ME DEJÓ AFUERA DEL PROYECTO DE LOS GASTERÓPODOS ANTÁRTICOS. ¡PARECE QUE DESCUBREN NADA MENOS QUE UNA FILOGENIA Y NI ME AVISAN, VISTE!

Fernando parecía dispuesto a tolerarla. Sin levantar la voz, pero hablando con firmeza, la interrumpió:

—¡Agustina! ¡Pero, por favor... soy tu jefe! ¡No me podés hablar así! Menos después de esto que acabo de ver. Además te avisamos. Estuviste todo el tiempo al tanto de todo. Y yo ya te expliqué que no te dejé af...

—¡CALLATE! ¡CALLATE! ¡LO HICISTE A PROPÓSITO! ¿POR QUÉ SE LO DISTE AL RETRASADO DE MIRKO? ¿A ESE POBRE INFELIZ? ¡PARA NO DÁRMELO A MÍ, OBVIO! ¡EN VENGANZA!

—¿Venganza por queeeeé? ¡Pero, por favor...! ¡Trató de pensar un minuto lo que decís!

—Agus, ¿qué te pasa?, ¿te sentís bien? —intercedió Alejo.

—VOS TAMBIÉN CALLATE, PORQUE BIEN QUE VOS ACEPTASTE PARTICIPAR SABIENDO QUE ME DEJABAN AFUERA.

—¡Pero nadie te dejó afuera, Agustina! Si incluso figuras entre los autores...

Fernando estaba colorado, tan irritado que le costaba hablar. Alejo pudo ver lo mal que se sentía. En su lugar, él ya habría hecho callar a Agustina con un par de gritos, alguna amenaza de sanción y el portazo más sonoro que pudiera sacarse de la puerta. Pero Fernando ni la hacía callar ni se iba. Y era evidente que había descubierto algo en la tesis de ella que había detonado la discusión. Quizás por eso no se iba, porque elegía el camino del diálogo, por árido que fuera... Admiró eso. Pensó en una herida llena de pus: su jefe quería que saliera todo lo pútrido, quería que Agustina tocara fondo para luego alentarla a remontar el camino. Pero Agustina no paraba de supurar y ensuciar todo.

—¡DE LÁSTIMA ME PUSISTE AHÍ! EN EL LUGAR MÁS PEDORRO.

—Agus, ¡AGUS! —intercedió Alejo—. Por favor.

Escúchame a mí. Vení. Sentate.

—DEJAME, ALEJO. VOS SOS UN TRAIADOR. AHORA TE PONES DEL LADO DE PLAZAS, PERO BIEN QUE AL PRINCIPIO NO LO PODÍAS NI VER.

—¡AGUS! VENÍ Y SENTATE ACÁ —dijo Alejo con una voz filosa y potente que hasta ahora no le conocían en el laboratorio. Ella se sobresaltó y obedeció algo asustada—. ¡ESCUCHAME! Agus, escúchame, no podés putear a tu jefe... Por más enojada que estés... es tu jefe... Te lo digo bien, de onda, porque somos compañeros... amigos... A mí me pareció un signo de confianza lo que hizo Fernando... Te dejó avanzar sola con tu tesis... Yo también seguí solo con mi tema... Si hasta Lula siguió con lo suyo... Y es cierto que figuramos todos en el *paper*..., ¿qué es lo que te tiene tan mal?

—¡QUE A MIRKO LE DIO LO MEJOR!

—A Mirko le di lo que puede hacer, Agustina —dijo Fernando, que se mantenía cerca, de frente a la ventana—. Él no puede hacer todo lo que vos podés. Pero medir y observar sí puede...

—Y lo hace muy bien. Nos cerró la boca a los dos, Agus —agregó Alejo.

—SÍ, CLARO, LO HACE SÚPER —se alteró Agustina—. PRIMER AUTOR DE UN ARTÍCULO DE PUNTA ANTES DE LOS VEINTE. ¡TIENE UN PADRINO MÁS

GRANDE QUE CORLEONE! —Agustina respiró y bajó el tono—. No entiendo, Alejo... ¿Vos no pensás como yo?

—¿Qué cosa?

—Que Mirko no tiene que estar en una facultad para gente normal. ¡Él tiene que irse a otro lado! ¡No puede estar ocupando el lugar de alguien capacitado! —Agustina, en voz más baja pero igual de dañina, mordía sus palabras antes de escupirlas. Las mascaba para que salieran y salpicaran a todos los presentes.

—Bueno, eso lo pensás vos —dijo Fernando volviendo a la discusión.

—¡ALEJO TAMBIÉN LO PIENSA!

Fernando miró a Alejo antes de hablar.

—Acá todos somos libres de pensar lo que queramos. Pero el jefe soy yo. Y yo admito y despido a quienes me parece...

—¡ME ESTÁS ECHANDO! ¿¡TENÉS EL TUPÉ DE ECHARME!? ¡¿PERO QUIÉN MIERDA TE CREÉS QUE SOS?!

—NO, Agustina. No te estoy echando. Podría hacerlo, porque falseaste todos esos datos. ¿Creíste que no me iba a dar cuenta al ver las tablas? Pero no te voy a echar.

—¿Falseaste los...? ¡¿Pero por qué?! —preguntó Alejo sin poder creer lo que escuchaba.

Agustina cruzó los brazos delante del pecho y se quedó callada. Miró la ventana.

—Yo no puedo creer que esté pasando esto acá —dijo Alejo cuando se hizo silencio—. O sea, muchachos, este grupo de trabajo está en plena descripción de una especie que probablemente va a darnos un montón de satisfacciones... ¿Y nos partimos en pedazos cuando tendríamos que estar saltando de alegría todos juntos?

Sonó el timbre. Cinco segundos seguidos.

—Y yo que pensé que iba a ser una mañana alegre porque nos aceptaron el *paper* en *Zoologica Scripta*. Cómo me equivoqué con vos, Agustina, cómo me equivoqué... —dijo Fernando con enojo mientras iba hacia la puerta.

—Dale, dale, abríle al retardado. Andá... Andá a tirarle flores por lo que descubrió —dijo Agustina desde su silla, apretando aún más sus palabras rencorosas. Concentradas, susurradas, pero audibles para Alejo.

Fernando abrió la puerta y salió. Alejo dedujo que no dejaría entrar a Mirko y coincidió en que era lo mejor: no se sabía lo próximo que haría Agustina en ese estado. ¿Con qué necesidad había falseado datos en su tesis? No entendía. Quiso decir algo para calmarla, cambiarle de tema, preguntarle por la familia... No sabía qué decir, tampoco qué hacer. Se quedó mirándola, viendo que no podía quedarse quieta, que le temblaba la barbilla, que los ojos le estallaban de lágrimas, que se mordía el labio inferior, que había algo que quería hacer pero se debatía entre llevarlo a cabo o no. De pronto lo sorprendió parándose y corriendo hacia la puerta. Alejo atinó a agarrarle el brazo.

—Pará, Agus, pensá un poco. ¿Qué vas a hacer?

—¡Soltame, Alejo! ¡SOLTAME!

El brazo delgado de Agustina se le escurrió entre las manos, Lucrecia se interpuso entre ella y la puerta, pero Agustina la esquivó con destreza y salió. ¿Dónde estarían. Fernando y Mirko? Escucharon un grito corto de

Mirko, un golpe y una retahíla de insultos muy fuerte de Agustina. Salieron corriendo.

Al llegar a la puerta del instituto vieron a Mirko hecho un ovillo en el piso y a Fernando a su lado. Agustina no estaba. Alejo salió y la vio encarar para las escaleras. Decidió volver para saber qué había pasado, ella no podía ir muy lejos sin sus cosas. Al entrar vio a Fernando parado al lado de Mirko y a Lula agachada intentando sin éxito que dejara de mecerse hacia adelante y hacia atrás.

—¿Qué pasó? —le preguntó a Fernando.

—Yo estaba hablando con él. Trataba de explicarle lo enojada que estaba Agustina para que nos fuéramos al comedor. Se puso pálido cuando la vio venir. —Su jefe hablaba con la voz quebrada, con los ojos fijos en el chico—. Lo empujó con las dos manos. En el pecho. Y terminó golpeándose la espalda contra la cartelera. Ella lo reputó. Mirko se desmoronó y se enroscó como lo ves. —Levantó los ojos y lo miró fijo. Tenía las pupilas enrojecidas. Los ojos hinchados—. Decime, Alejo, vos decime: ¿qué te molesta de él? ¿Tan mala idea es darle una oportunidad?

Alejo sentía tanta culpa como tristeza. Por Agustina y por Mirko, por no haber entendido a Fernando hasta que leyó el informe de los colegas del Instituto Severtsov, primero, y del Museo de Historia Natural de París, después. Buscó firmeza en su voz para responderle, carraspeó hasta que finalmente pudo hablar. No estaba seguro de lo que iba a decir, pero tenía que responderle a su jefe, poner alguna palabra en ese silencio.

—No, Fernando. No es una mala idea. Es una idea difícil, que es otra cosa... Pero no me malentiendas. O sea... Creo que trabajar cómodos con él es cuestión de tiempo... De costumbre... Como en cualquier comunidad de animales, qué sé yo... Yo... Mirá, ahora creo que es mejor que vaya a buscar a Agustina. Si te parece, otro día lo hablamos tranquilos. No quiero que Agus se vaya de la facu en este estado. No tiene documentos ni celular... Dejó todo en el labo.

—Sí, andá. —Fernando le sujetó un momento el brazo y lo miró a los ojos—. Y sí, quiero saber qué pensás. Otro día, más adelante.

Alejo salió apresurado. Cuando vio la cantidad de personas que esperaban el ascensor, optó por las escaleras. Mientras bajaba de dos en dos, de tres en tres, se preguntó cómo estaba vestida Agustina. Ni se acordaba. Trató de hacer memoria de lo que vio en el momento de entrar al laboratorio: un manchón gris. Sí, arriba tenía algo gris, buscó con la vista una espalda gris con una melena castaña en estado inestable.

La palabra «inestable» lo llevó a una frase de su época de estudiante: «equilibrio metaestable», un equilibrio que dura poco pero que suele llevar a una situación de equilibrio real, más duradero. Ojalá... Alejo sintió un latido extra cuando vio un grupo de personas rodeando a alguien tirado en el piso; se apuró aún más. Ese alguien podía ser ella, quizás se había caído. Al asomarse entre las personas que la socorrían vio que no se había equivocado: era Agustina.

—Permiso, yo trabajo con ella —dijo repetidas veces para que lo dejaran pasar.

—Ya avisamos y está viniendo un médico —le informó un chico de anteojos que le sostenía la cabeza.

—Gracias. ¿Sabés qué pasó?

—Yo sé —contestó otra estudiante—. Vi que bajaba corriendo por la escalera y medio como que se tropezó. Pero como que le bajó la presión porque medio que cayó como si hubiera perdido el conocimiento... Cayó mal... Medio como peso muerto... ¿Entendés?... Se golpeó feo.

Agustina tenía un golpe en la sien. Alejo le cacheteó las mejillas llamándola por su nombre y ella parpadeó. Escuchó algunos suspiros y palabras de alivio, también oyó que alguien exclamaba que ahí venía el médico. Una mujer con estetoscopio se abrió paso entre la gente y pidió explicaciones; la chica que había visto todo le contó lo mismo que a él. La médica intentó que Agustina hablara, pero, como no lo hacía, pidió que fueran al consultorio del subsuelo. Alejo cargó a Agustina en brazos durante todo el trayecto. Ella se quejó de dolor cuando él la levantó. Era más liviana de lo que esperaba, sopesó que estaba por debajo de los 45 kilos, ¿se habría fracturado algo?

Cuando llegaron, la médica le dijo que la acostara en la camilla. La auscultó y le tomó la presión: la tenía bajísima. Sacó un sobrecito de sal de su cajón y, con algo de esfuerzo, logró que Agustina saboreara la sal. Unos instantes después ya se sentía mejor. Le preguntó cuántas horas hacía que no comía, ella murmuró que no se acordaba y se quejó de dolor en la mano

derecha. La médica le tomó el brazo derecho por el codo y fue palpando con cuidado cada parte del brazo mientras Agustina seguía quejándose. Mirando a Alejo, dijo que iban a tener que llevarla al hospital para hacerle radiografías, le parecía que podía tener una fractura en la muñeca. Pero que primero había que estabilizar la presión y para eso necesitaba que fuera a comprar unas papas fritas y una bebida con electrolitos. Alejo dijo que sí al instante y subió al quiosco corriendo.

Unos minutos más tarde ambos estaban sentados en las sillas de la sala de espera del consultorio. Agustina comía lentamente las papas fritas y tomaba de a sorbos pequeños lo que Alejo le había comprado. La médica la había mirado muy seria y le había dicho que tenía que consumir TODO y entregarle el paquete y la botella vacíos. Le pidió a Alejo que la vigilara. Agustina no quería mirar a Alejo, tampoco hablarle. Y él había dejado de insistir.

Sacó el celular de su bolsillo, apoyó los codos en las rodillas y le contó a Fernando por chat lo que había pasado en varios mensajes cortos. También le preguntó por Mirko. La señal dentro de la facultad nunca era buena, pero esta vez había funcionado: Fernando respondió a los pocos segundos con el emoticón del pulgar levantado y un sintético. «Quedate con ella». La miró: comía sus papas fritas con desgano. Luego dejó caer los ojos en la pantalla de su celular y vio la hora: habían pasado apenas sesenta y siete minutos desde que había estacionado el auto.

Una hora podía ser una eternidad, pensó Alejo. Un par de años podían ser una eternidad... Y luego, los momentos importantes de la vida duraban menos que una ola en el mar... Y él solía dejarlos esfumarse, porque ya estaba pensando en lo que sucedería después. Alejo se restregó los ojos, no podía seguir haciendo eso. Miró los pies de Agustina primero y luego sus propios pies, apurados por moverse. Se prometió a sí mismo que bajaría un cambio, que intentaría con todas sus fuerzas disfrutar más de cada momento. Aún de los difíciles, aún de las rachas malas. Pensó en las incontables veces que Vivi había dicho «todo sucede por algo» y en el rechazo que esa frase le provocaba. Él no podía pensar que el embarazo no se concretaba «por algo», por algo incierto, por algo que no podía controlar, por algo que nunca podría comprobar científicamente, por algo incontrolable dentro de él mismo! Pero quizás... quizás... bajando un cambio... Quizás si se calmaba un poco generaría algo diferente.

—Van a tener que ir a un hospital. Hay que radiografiar ese brazo lo antes posible. Miren cómo se está hinchando la muñeca —dijo la médica luego de chequear la presión—. ¿Llamo a una ambulancia o están con auto? —Alejo dijo que él tenía auto—. Voy a llamar a la guardia del Pirovano para que los esperen con una silla de ruedas en la puerta. Vos buscá tus cosas, que yo la cuido mientras tanto.

Agustina seguía muda cuando Alejo se fue corriendo rumbo al cuarto piso.

Cavidad paleal

*El ano suele desembocar en una cavidad
que está entre el manto y la masa visceral.
Se llama «cavidad del manto» o «cavidad paleal».
Allí se encuentran las branquias
y ocurre el intercambio gaseoso
que oxigena la sangre.
La corriente exhalante de agua que pasa por el lugar
se lleva los desechos,
tanto de la digestión como de la respiración.*

(Fernando / día 137)

¿Y ahora qué hacía? ¿Iba a poder lidiar con esto? Sí, iba a poder.

Fernando se tomó un momento luego de que Alejo corriera en busca de Agustina. Sabía que Lula no lograría demasiado con Mirko, pero ver cómo lo intentaba le dio fuerzas.

¿Llamaba a María o a Ivo?

Suspiró y pensó en María y en su sobreprotección.

Quizás era mejor avisarle a Ivo primero.

¿Y si antes intentaba él? Sí, antes de llamar haría un intento.

La vez anterior había funcionado. Se acercó y se puso en cuclillas.

—Mirko... Vamos al laboratorio... Ya no hay nadie ahí y quedaron todas las muestras descuidadas. —Miró a Lucrecia—. Lula, ¿por qué no vas yendo?

Lucrecia lo miró, se entendieron en un gesto y se les adelantó.

Fernando insistió:

—Necesitaría que fuéramos al labo, Mirko. Que nos sentáramos frente a mi monitor. Hoy temprano llegó la revisión del *paper* y nos dan un plazo corto para responder. Ni siquiera escribí el *mail* confirmando la recepción, no quisiera quedar mal con el editor... —Fernando se acercó más por si necesitaba tomarlo de un brazo—. Creo que el golpe no fue tan duro como para que no puedas caminar, ¿no? Agustina es una mujer menuda, no creo que tenga tanta fuerza.

Mirko movió sus brazos como espantando moscas para que Fernando se alejara un poco. Él lo hizo.

—Dale, acompañame. Así puedo responder ese *mail*. Y también tengo que revisar qué hay que corregir. Sería bueno que estuvieras, Mirko, porque, si hay algo que no sé, medio que estoy en bolas...

—Fernando Plazas está perfectamente vestido —dijo Mirko en voz baja.

Fernando sonrió. Se le ocurrió que, quizás, si lo provocaba un poco...

—Imaginá que haya que corregir algo sobre las mediciones, estoy a oscuras en eso...

Mirko miró hacia el techo un instante.

—No se cortó la luz. Todo se ve perfectamente. Comenzó a pararse despacio y trabajosamente. Fernando sonrió.

—Pasaría un calor...

—La vergüenza levanta la temperatura corporal. Eso sí es un hecho comprobado.

Fernando vio con emoción que Mirko caminaba hacia el laboratorio. Lo hacía como una marioneta manejada por un mal titiritero, pero lo estaba haciendo. Le dio pena; sin embargo, insistió en su provocación.

—Que un jefe de grupo no pueda responder... sería tan vergonzoso que podría morir ahí mismo.

Mirko se detuvo y meneó la cabeza.

—Nunca nadie murió de vergüenza.

Fernando se acercó, notó el sobresalto en el cuerpo de Mirko al sentir su acercamiento.

—Es verdad. Estaba jugando. Provocándote con las palabras para que te movieras. Te pido disculpas.

Mirko retomó sus pasos.

—Okey. Aceptaré las disculpas. Pero a Agustina Fiorinni no. Estoy a seis pasos. Cuatro. Dos. Ya estoy aquí. Ahora me quiero sentar. Quiero mi caracol. —Mirko tendió su mochila a Fernando—. Fernando Plazas ¿me darías mi caracol?

¿Le sonó el teléfono? Sí, había entrado un mensaje a su celular.

Lo sacó de su bolsillo y lo leyó rápidamente. Era Alejo. Respondió con el emoticón de un pulgar levantado y le escribió que se quedara con Agustina. Alguien tenía que ocuparse de ella y él, en ese momento, no la podía ver ni en fotos.

¿Y entonces? ¿Pudo calmar a Mirko? Sí, estuvo a su lado más de media hora.

No se animó a moverse ni para llamar a sus padres. En ese tiempo le mostró el *paper* y el *mail* que había recibido. Trabajar enseguida había sido una buena estrategia para sacarlo del *shock*. Pero no quería arriesgarse a

dejarlo solo con Lucrecia. Lo miró: continuaba con los dedos dentro de la caracola azul, pero había dejado de oscilar.

Sintió que la puerta se abría y miró hacia allí. ¿Quién era?

Era Alejo y se lo notaba preocupado.

—Voy a llevar a Agustina al hospital Pirovano. La médica quiere que le hagan unas radiografías —explicó mientras agarraba sus cosas y las de ella.

—¿Qué pasó? —preguntó Lucrecia desde su mesada.

—Parece que se fracturó la muñeca.

—¡Uy, qué bajón!

—¿Ahora está mejor de la presión?

—Está estable... y muda, mirando el piso. —Alejo se pasó la mano por el pelo—. Tampoco es que yo le haya sacado conversación, eh, no soy muy bueno para eso... Pero las veces que lo intenté ni me miró. Se quedó en el consultorio... con la médica. ¿Vos tenés el teléfono de la familia o del novio?

—No...

—Sacalo de su celu. Pedile que te deje llamar —opinó Lucrecia.

—Ah... Es buena idea. Estoy medio lento. Esto me dejó turulo... Bueno, voy a hacer eso. Si no logro nada, les aviso. ¡Chau!

¿La charla con Alejo perturbó a Mirko? No, estaba tan dentro de sí que parecía no escuchar nada.

¿Pero era realmente así?

¿Cómo saberlo? No podía saberlo.

Cuando Alejo se fue y él vio que Mirko seguía ensimismado leyendo las críticas al *paper*, respirando tranquilo y con el cuerpo en calma, suspiró y se dijo que necesitaba salir un momento. Tenía que hablar con Ivo por teléfono y era mejor que Mirko y Lucrecia no escucharan la conversación.

—Chicos, voy a comprarme un café al quiosco. ¿Quieren algo?

Mirko no respondió. Lucrecia le hizo señas de que no quería nada.

—Yo ya vuelvo. Lula, cualquier cosa me avisás.

Salió y se dirigió al quiosco del segundo piso. Mientras bajaba por las escaleras, marcó el número del celular de Ivo. Lo atendió al tercer *ring*.

—¡Hola, Fer! ¡Felicitaciones por el nuevo *paper*!

—¡Gracias! Escúchame una cosa... —Fernando decidió ir al grano—. Acá hubo una situación con una becaria...

Ivo no necesitó más.

—Voy para allá. ¿Mirko está bien?

—Sí, sí... Pero, dale, encontrame en el quiosquito del segundo.

—Ahí voy.

Fernando estaba pagando el café cuando vio que su amigo se acercaba. Se dieron un abrazo.

¿Se le agolpó la emoción en el centro del pecho? Sí, quiso llorar.

Pero no iba a hacerlo justo delante del padre de Mirko. Intentó esbozar una sonrisa y con la voz más calma que pudo le contó a Ivo todo lo sucedido.

—Uy, qué locura...

—Sí. Ahora Alejo se fue para el Pirovano con Agustina. Ojalá no se haya fracturado nada...

—¿Y me decís que Mirko reaccionó bien?

—No sé si bien... Reaccionó rápido. La última vez también reaccionó bastante rápido, ¿te acordás? Logré que se levantara cuando le dije de ir al labo a corregir el *paper*. Me parece bueno, ¿no?

—¿Ahora está allá? ¿Solo?

—Sí. No, está con Lula. Se quedaron los dos leyendo.

—Vamos.

¿Algo había cambiado cuando volvieron al laboratorio? No, Mirko seguía en la misma posición. Lucrecia también.

El lugar estaba tan quieto como si estuviera vacío. Sin embargo, los dos científicos sabían que la quietud era aparente. En los cerebros de los lectores la actividad era intensa. Se quedaron en silencio en la puerta hasta que advirtieron que Mirko había terminado.

—Hola, hijo, ¿cómo estás? —la voz de Ivo intentó no sobresaltarlos, pero falló: los cuerpos de Lucrecia y de Mirko acusaron recibo del sonido.

—Hola. Estoy bien. Agustina Fiorinni me empujó. No le aceptaré las disculpas.

Ivo se acercó.

—Creo que merezco un abrazo. Me preocupé por vos, hijo.

—Okey. —Mirko se incorporó y abrazó brevemente a su padre. Luego le entregó el caracol azul. Ivo y Fernando intercambiaron una mirada—.

Fernando Plazas jugó conmigo Me dijo que iba a morir de vergüenza.

—Eso no es físicamente posible —respondió Ivo con una leve sonrisa.

—Nunca nadie ha muerto de vergüenza. —Mirko hizo una pausa y señaló la pantalla—. Hay una pregunta del editor que no entiendo. Estoy cansado. Me quiero ir. Me quiero ir a casa.

—¿Ya mismo?

Mirko se levantó inmediatamente.

—Sí.

—Bueno... yo te llevo. La voy a llamar a mamá para que ella se quede con vos, ¿te parece? Tengo que dar una clase más tarde.

—Okey. Adiós Fernando Plazas. Adiós Lucrecia Bing.

¿Pudo deshacer el nudo de llanto cuando se fueron los Brusic? No, no pudo.

No quiso alterar a Lucrecia. Lo que sí hizo fue suspirar ruidosamente. Lucrecia lo miró. Él hizo un gesto con los dedos marcando un pequeño espacio entre el pulgar y el índice.

—Por este poquito evitamos una crisis.

—¿Como la que pasó a la entrada del comedor?

—Nunca es igual. Pero que se haya bancado la situación me dice que se siente bien acá... Aunque habrá que ver mañana o pasado. A veces reacciona días después.

—¿Pero te parece que lo afecte tanto?

—Y... para él ese ataque inesperado es absolutamente incomprensible. Que haya buscado su caracol es la medida de cuánto lo afectó.

—¿De dónde sacó ese caracol? Está buenísimo.

—Uf, eso tiene otra historia, quizás algún día te la cuente. El riesgo ahora es que en su casa se repliegue y se deprima. Pero prefiero pensar que reaccionamos lo suficientemente rápido. Por lo pronto, ya no va a pasar cerca de la cartelera. Y se alterará un poco en el lugar del pasillo donde Agustina lo empujó... Al menos por unos meses. —Fernando suspiró otra vez y apoyó ambas manos en sus caderas. Miró el laboratorio—. Por suerte nada de todo esto pasó acá adentro. Este sigue siendo un lugar seguro para él... Bueno, me parece que tengo que informar esto que pasó... Y tengo que hacer la denuncia en la ART también.

—Yo en un rato voy a bajar a comprarme algo para almorzar. Y me voy a quedar... estudiando Física II —dijo Lucrecia con un gesto de impotencia y resignación.

Fernando sonrió.

—Te compadezco. Escúchame un cachito: yo ya no vuelvo, porque a las cinco tengo una reunión que no puedo aplazar con un grupo del Museo Argentino de Ciencias Naturales. Si alguien me busca, que me llame al celular.

—Okey.

—Y mañana vengo recién a la tarde.

—Okey.

—¡Y gracias por conservar la calma!

—De nada... —respondió ella con serenidad—. Me alegra que Mirko no haya salido tan lastimado.

Mientras bajaba, Fernando le habló a Alejo. Estaba en el hospital. Agustina, efectivamente, se había fisurado la muñeca.

—Tiene que mantener el brazo derecho inmovilizado por un mes como mínimo.

—Ufff... Otro mes de atraso en su tesis...

—¿Qué pasa con su tesis, Fernando?

—Estuvo falseando datos, no sé por qué. Tenemos que revisar todos los gráficos, chequear todos los valores...

Alguna razón tiene que haber... No es ninguna tonta.

—Obviamente no lo va a hacer ella...

—Y, no..., pero, bueno, no quiero pensar en eso ahora.

Voy a ver cómo nos organizamos. Vas a tener que darme una mano. Otra cosa Alejo: me parece mejor que esto quede entre nosotros.

—Me parece bien, sí.

—Ahora tengo que ocuparme de los trámites en la ART.

Y de avisar al director del Departamento este accidente.

¿Pudiste hablar con la familia?

—Agustina no quiere. Dice que no es necesario, que ella los llama más tarde.

—¿Y ahora qué van a hacer?

—Me pidió que la llevara a la casa del novio.

—¿Puedo hablar con ella?

—Pará que le pregunto. —Fernando escuchó cómo Alejo se acercaba a Agustina y cruzaban palabras en voz baja. No las entendió, pero no hacía

falta. Se dio cuenta de que era mejor no hablar con ella mientras estuvieran enojados—. No, no quiere.

—Mejor; avísale que la van a llamar de la ART.

—Acá me dice que no va a volver al labo nunca más.

Fernando asintió aunque no pudieran verlo.

—'Tá bien. Pero en algún momento hay que hablar de lo que pasó. No voy a permitir que abandone su doctorado estando tan cerca, Alejo. No puede tirar por la borda estos años de trabajo. Hay que convencerla, es una buena científica. Estoy enojado, pero también estoy seguro de que esto tiene una explicación. Cuando estemos más tranquilos... En un bar o donde ella quiera.

—Okey, le voy a decir.

—Cualquier cosa avísame. Mañana tengo que ir al Ministerio al mediodía. Después voy para el labo.

—Perfecto. Nos vemos.

¿Cuán profundo era el enojo? ¿Podría superarlo? Sí, seguramente.

La verdadera pregunta que a Fernando lo inquietaba era qué iba a resolver cuando Agustina ya estuviera en condiciones de trabajar.

¿Podría aceptarla de nuevo? No. Eso sí que no iba a poder.

Aunque ella se disculpara, aunque tuviera sus razones, era inaceptable la conducta que había tenido. No iba a volver a ser parte de su grupo. Pero era una suerte que ya estuviera escribiendo la tesis. La ayudaría a lograrlo. Eso sí.

Y le desearía dos cosas: mucha suerte en su post doctorado y que encontrara un buen psicólogo.

¿Cómo estaba cuando llegó a su casa?

Fernando se sentía agotado. Física y mentalmente agotado. Ni se acordaba de cómo había comenzado su día. Pasar de la emoción de recibir las revisiones de *Zoologica Scripta* al estrés de la discusión con Agustina y, de ahí, despegar hacia una tarde de trámites y burocracia para terminar en el Museo lo había agotado.

¿La reunión había resultado bien? No sabía.

Era obvio que no había ido preparado, pero se apiadaron de él cuando contó lo sucedido con su becaria.

Se dejó caer en el sillón.

¿Iba a cenar? Sí, algo iba a comer.

Se levantó y fue a la cocina. Abrió el freezer y no tenía nada para descongelar.

¿Pedir una *pizza*, unas empanadas? Sí, definitivamente.

Lo mejor era pedirse una *pizza* y ver una película para desconectarse.

Pero antes, el placer de una ducha.

No llegó ni a desatarse los zapatos cuando sonó su celular. Era un número privado. Atendió. Resultó ser la madre de Agustina, totalmente alterada porque su hija no le contestaba las llamadas, no estaba en la facultad ni en su casa. Fernando intentó ser todo lo amable que pudo.

—No sabría decirle, señora... ¿Todavía no se comunicó con ustedes? Hoy tuvimos un... intercambio de opiniones —contó Fernando, intentando no dar detalles que pudieran preocupar por demás a la mujer—. Ella salió corriendo del laboratorio y se cayó... Lo último que supe fue por Alejo, otro becario, no sé si lo conoce... Hablé con él hace unas horas y me dijo que llevaría a Agustina a lo de su novio...

—¿A lo del novio? ¡Pero si se separaron hace meses!

—¡Ah! No sabíamos nada de eso... Mire, tiene una muñeca fracturada... Seguramente pronto llegará a su casa... Quizás se quedó sin batería...

—Ay, Dios mío, doctor, perdónela. Agustina no está bien. No está nada bien. Yo sé que ya es una chica grande como para que la mamá salga a defenderla. Pero, bueno, créame, por favor.

Fernando le dijo a la señora que se quedara tranquila e insistió en que seguramente su hija pronto se comunicaría con ella. Pero en realidad no tenía idea de por qué estaba diciendo eso, pues, escuchando a la madre, se dio cuenta de que no conocía a su becaria más que en el aspecto académico y en estas reacciones impulsivas que tenía. En medio de las disculpas, la voz de la mujer hizo una pausa. Al momento siguiente se despidió diciendo que Agustina acababa de abrir la puerta, que qué alivio, que la perdonara, que muchas gracias, que buenas noches, que hasta pronto.

¿Y entonces?

Fernando cortó la comunicación.

¿Era importante estar al tanto de las vidas de las personas que estaban a su cargo? ¿Hasta qué punto?

¿Había que hacer preguntas personales? No sabía.

Pensó en que Agustina desde el comienzo se había mostrado tan bien dispuesta a entregar alma y vida a su profesión que tendría que haber sospechado algo. ¿Qué había detrás de esa disposición tan buena como sospechosa? ¿Qué, detrás de esa sonrisa que parecía tan franca?

Nunca lo había pensado. A él no le gustaba estar preguntando.

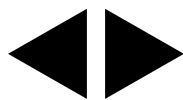
¿Suponía entonces que, si les pasaba algo importante, algo que pudiera interferir de algún modo con su trabajo, sus becarios le contarían? Sí, definitivamente.

Pero quizás pensar eso era una ingenuidad.

¿Cuál era el punto justo? No sabía.

Al fin y al cabo, las veces que sus amigos le preguntaban a él cómo estaba, cómo iban sus cosas, siempre decía lo mismo: «Todo bien, todo muy bien».

¿Cuántas de todas las veces que contestaba eso decía la verdad?



Flashback #3

—¿Cómo está Mirkito?

—Agotado.

—¿Y vos?

—Hecha mierda.

—¿Cómo fue?

—No sé bien cómo contártelo. Tendrías que haberlo visto. Cuando llegué, ya estaba en el gabinete de la psicopedagoga. No vi qué pasó en la sala. Eso me lo contaron... Se volvió salvaje... Un animalito salvaje... No sé... Usaron esa palabra: salvaje... Pude verlo desde la puerta. Aun no estaba tranquilo. Me impresionó. Nunca lo había visto tan... La psicóloga estaba con él... pero él ni la veía. Era un cabrito corcoveando. Movía la cabeza sin control. Gruñía. O gemía...

—No llores...

—¿Cómo no voy a llorar, Ivo? ¡Es mi hijo! ¡Mi hijito! Me dio... vergüenza... culpa... bronca... una tristeza tan... tan honda...

—...

—Estoy hecha mierda. Qué querés que te diga... Yo no sé si puedo soportar un hijo así...

—...

—Vení, vení que te abrazo.

—Me siento tan culpable... Tan culpable...

—Nadie tiene la culpa de nada, María. Y sí. Vamos a poder... Ya está...

—...

—Contame qué pasó. Contame lo que pasó después.
¿Hizo algo cuando te escuchó?

—...

—Contame.

—Se puso peor... Fue un ataque de furia como nunca...

Lloraba... Pateaba... Gritaba... Aullaba...

—...

—Y, de pronto, agarra un caracol de un estante. Me di cuenta, Ivo. Lo vi mirar el caracol. Fue de pronto, mientras gritaba y aleteaba con las manos, vio el caracol. Yo me di cuenta de que la mirada estaba bien fija ahí. ¿Entendés? Conectada. Y pensé: «¿Qué va a hacer con ese caracol?». Un caracol marino. Entre azul y gris oscuro. Grande. Agarra el caracol... le da vueltas... se pega en la cabeza varias veces con el caracol... Yo me acerco para que no se lastime... él me rechaza... y fue en ese momento... Me miró una milésima de segundo y metió la manito en el hueco del caracol. Y se sentó en el piso. Mudo.

—¿Mudo?

—Mudo. Estático. Mirando el caracol y su manito adentro. Se lo acercó a la frente y se quedó ahí. Con eso apoyado en la frente. Sin golpearse. En su mundo. La psicopedagoga me hizo señas para que me alejara un segundo.

—¿Y?

—Y Mirko me agarró la ropa con su mano libre...

—No llores más, por favor...

—...

—...

—... y se levantó... y me arrastró hasta la salida... me llevaba de la ropa...

—¿No pudiste hablar?

—Arreglé un horario para mañana.

—¿Y después? ¿En el viaje a casa? ¿Acá?

—Siguió igual...

—...

—... agarrado al caracol. Tranquilo. Dándose golpecitos en la frente...

Cabeza

*La cabeza de los caracoles
suele estar bien definida
y presentar tentáculos con órganos sensoriales;
si los hubiera, allí estarían los ojos.
También se encuentra en la cabeza
un aparato bucal en forma de trompa o pico
conocido como «probóscide».
Los caracoles no tienen cerebro.
Tienen agrupaciones neuronales o ganglios
conectados entre sí.
Cuatro se encuentran en la cabeza.*

(Lucrecia / día 151)

Habían pasado quince días desde el «incidente» y la gente del Departamento seguía hablando de Agustina.

Lucrecia estaba cansada de los chismes y de los prejuicios.

Y eso valía para cualquier lugar del mundo.

Fuera su pueblo o «la gran ciudad».

Trataba de no responder.

De eludir el tema sin ser desagradable.

Y estaba particularmente sensible porque de pronto Agustina era «una pobrecita» víctima del estrés y de las barbaridades del sistema académico.

(no es una pobrecita nadie es una pobrecita todos somos frágiles mejor que no vuelva mejor que se doctore pronto y se vaya de acá no me la banco pero no es justo que la saluden con lástima).

Le recordaba tanto a las miradas de su infancia.

Lo sentía por Agustina y lo sentía por Fernando.

También hablaban de él en los pasillos.

Abrió la puerta del laboratorio apesadumbrada.

Encima los exámenes se le venían encima y necesitaba más tiempo.

Pensó que por ser los últimos la encontrarían con más energía.

Pero no era eso lo que estaba pasando.

Era todo lo contrario.

Cada examen le parecía un río crecido.

Una inundación que la arrasaba.

Y tenía dos en las próximas semanas.

Más tres finales que había dejado colgados de otros cuatrimestres.

Cinco materias y listo.
Mientras pensaba se había sacado el abrigo y se había puesto el delantal.
De su cajón tomó el cuaderno y se sentó frente a su mesada.
Abrió el cuaderno y así se quedó. Quieta. Con los dedos sobre la tapa.
Cinco materias, presentar la tesina y listo.
Sería bióloga.
Comenzaría la vida en serio como le repetía su padre.
Ahí estaba la mayor amargura.
Derivando pensamientos había llegado a la fuente: la conversación con su padre en el fin de semana.
Ahí estaba la pena.

Había sido una decisión medio intempestiva.
Un «¿Vamos al pueblo?». «Vamos».
Se fueron a Retiro.
Se subieron a un micro y llegaron en cinco horas.
Caminaron mirando amanecer en el campo.
Todo muy lindo.
De la mano de Luciano.
Comentando quién había modificado algo del frente de la casa.
Decidiendo que invitarían a los amigos de ambos a un asado a la noche.
Fueron primero a la casa de él.
La mamá ya estaba levantada esperándolos con mate y facturas calentitas.
Tanto empeño puesto en que se sintieran cómodos.
A la media hora ya no sabía de qué hablar.
Se puso a escuchar.
Cuando se hicieron las diez se fue a su casa.
Avisó con un mensaje que llegaba en cinco minutos.
Luciano se excusó de acompañarla.

(claro porque ya habían combinado todo era todo un montaje especialmente preparado para mí).

Le dio una alegría particular ver a su mamá esperándola en la vereda.
Con ese vestido de florcitas pálidas que le quedaba tan bien.
Se estrecharon en un abrazo.

Un abrazo largo.
Como si la consolara por algo que aún no había sucedido.

(pero de eso me di cuenta después).

Su papá estaba adentro. Hablando con alguien que no supo identificar.
La saludó con un beso en la frente.
Salió al patio para continuar la conversación.
Su mamá murmuró: «Negocios».
Comenzó a comentar las novedades.
Mate va mate viene.
A su mamá le sonreían los ojos al escucharla.
Al rato su papá se sentó al lado de su mamá.
Unos minutos más tarde comenzó el interrogatorio.
Que qué pensaba hacer cuando estuviera recibida.
Que por qué no pensaban en formalizar con Luciano.
Que pronto cumpliría los veinticinco.
Que se les hacía cuesta arriba pagar el alquiler del departamento.
Que con el título de bióloga seguro le daban horas para ser profesora de la secundaria.
Lucrecia no terminaba de responder una cosa que ya escuchaba la voz de su padre con una nueva pregunta.
Se dio cuenta de que él no tenía interés en escuchar sus respuestas.
Optó por quedarse callada y seguir tomando los mates que le cebaba la mamá.
Su papá empezó a ponerse denso cuando usó a la madre para argumentar.
«Imagínate que a mamá no le hace bien extrañarte tanto».
Eso le encendió una lamparita de alarma.

Las manipulaciones siguieron todo el fin de semana en forma de indirectas tanto de sus padres como de los padres de Luciano. También las recibió por parte de sus amigas.
Nadie le preguntó a ella si quería casarse.
Era obvio que sí.
¿Qué chica no sueña con el vestido blanco y el largo pasillo de la Iglesia?

(helloooo a esta chica no le interesa para nada ni el vestido blanco ni la torta ini nada!).

Había logrado que escucharan que no se quería casar.
Lo interpretaron como que *todavía* no se quería casar.
Luciano intercedía. Ponía sonrisas y pedía tiempo.
Pero tampoco él daba crédito a esos sueños de ser investigadora.
Luciano la quería de verdad.
Luciano la cuidaba.
Luciano estaba convencido de que él la conocía más que ella misma.
De que él podía decidir por los dos.
Ella vivía con la cabeza siempre en otra parte.
Eso decían todos.
Que a ella le faltaba sensatez y le sobraba imaginación.

Lucrecia puso fin a los recuerdos y se dispuso a vivir el día.

Se dijo que estaba perdiendo tiempo y miró hacia los costados.

Fernando había llegado y la observaba con curiosidad apoyado contra la puerta.

—¡Hola!

—Ya me estabas preocupando.

—¿Por?

—Tan abstraída en tus pensamientos... Tan... quieta...

Lucrecia sonrió.

—Ah. No... Es que no tuve un buen fin de semana.

—¿Querés... contarme?

Se sentó. Era tentador comentarle a un extraño sus problemas.

Pero Fernando no era un completo extraño.

No sabía qué hacer.

Lo que él le dijo luego, la decidió.

—Sabés que los otros días hablé con un grupo de colegas entomólogos por otra cosa y me preguntaron si conocía a alguien interesado en ir a laburar con ellos. Yo me acordé de tus ganas de especializarte en insectos y bueno... Tienen beca disponible, podrías empezar apenas te recibieras...

—¿Acá en Ciudad?

—No... En Bariloche...

—Uy...

A Lucrecia se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Epa! ¡No por favor! ¡No más lágrimas femeninas en este laboratorio! —exclamó Fernando cubriéndose el rostro con las manos en un claro intento de hacerla reír.

Lucrecia se secó los ojos con el dorso de la mano y sonrió.

—Es que mi familia quiere que vuelva al pueblo...

—¿Que vuelvas para qué? Perdón por la pregunta, no me contestes si no querés...

—Para casarme y dar clases de biología en la secundaria.

—¡Ja! —Fernando se tapó la boca—. Perdón por la risa, pero ¿a vos te gusta la tarea docente? No te veo...

—Para nada.

—Pero entonces... no entiendo. ¿Vas a hacer eso?

Lucrecia dijo que no, tratando de no llorar.

—¿Y qué querés hacer? ¿No querés aprovechar esta oportunidad? Yo puedo escribir una carta recomendándote. Algo que además puedas mostrarle a tu familia...

—Yo... —Lucrecia miró hacia la ventana—. Te agradezco, pero ¿te parece hacer tanta cosa, teniendo casi veinticinco años? Todos me tratan como si estuviera terminando la secundaria ¡y estoy por terminar la universidad!

—...

—Si te contara lo que de verdad quiero hacer...

—¿Qué? ¿Unirte a un circo? ¿Dedicarte a la pastelería?

—¡No! Adoro investigar... Lo que de verdad me gustaría, si pudiera hacer lo que se me canta, es ir a la Antártida.

Fernando la miró en silencio. Era un silencio de aprobación y también de cierta admiración. Se sentó al lado de ella.

—Es una experiencia muy dura de verdad, eh. No solo por el clima. El paisaje es de una belleza desoladora. Casi como vivir en blanco y negro. Pero, además, el trato es muy seco. La mayoría son hombres, militares, puede ser difícil para una chica como vos...

Lucrecia hizo un movimiento de hombros. Él no sabía como era ella en realidad, lo que era capaz de soportar.

—... pero es duro, sobre todo, por lo lejos que estás de tus seres queridos.

—...

—Más allá de todo esto que tenés que tener en cuenta... te reimagino pasando unas semanitas en la Antártida. Sí, definitivamente.

Fernando y Lucrecia intercambiaron una sonrisa.

—Yo también me imagino allá... Estuve leyendo la información que hay en la web. No me animaba a pedirte que me contaras mejor porque, bueno, es un sueño difícil de cumplir... O sea, de pensarlo a que pueda hacerlo... Capaz que es mejor no saber tanto lo que me pierdo, ¿no?

—¿Qué te lo impide? Digo, si lo mirás desde otro punto de vista... Si todo nos sale bien, vamos a necesitar que alguien viaje para allá. Y entre todas las campañas serán unos dos o tres meses como mucho. Podés casarte cuando vuelvas...

—Y... Mi novio no lo entendería... creo. Mi papá pondría el grito en el cielo. Mi mamá... —Lucrecia dejó que la sonrisa dulce de su mamá la llenara—. No sé qué diría mi mamá...

Ambos compartieron un silencio que pudieron disfrutar. El que lo rompió fue Fernando, que luego de carraspear dijo:

—Mirá, si te decidís, a mí me encantaría trabajar con vos. Digo, si el próximo año te interesa presentarte a beca doctoral, con mucho gusto sería tu director de tesis. Si decidieras viajar a la Antártida, aportarías mucho al grupo estando allá. Vamos a necesitar que alguien traiga más muestras. Y, por supuesto, también me ofrezco a ayudarte en la preparación del viaje, obviamente.

—Gracias, Fernando Plazas —respondió Lucrecia mirándolo a los ojos con una gran sonrisa.

—No hay de qué, Lucrecia Bing —contestó él siguiendo la broma.

Lucrecia se estremeció por dentro al sentirse nombrada de ese modo.

Quiso saber más de la historia que unía a su jefe con Mirko.

Y ese era un buen momento para preguntar.

—¿Te puedo preguntar algo personal?

—Pregúntame todo lo que quieras —dijo Fernando mirándola fijo.

—¿Por qué Mirko te importa tanto? Vos me dijiste que él fue importante para vos, pero no deja de sorprenderme cuánto te preocupás por él...

Fernando sonrió suavemente.

—Antes de que me lo preguntes: tengo dos hijas, están muy bien y viven en Córdoba con su mamá. Y Mirko tiene un papá excelente que vos ya conocés.

—Ah... —Lucrecia dejó escapar una risa tímida—; sí, creo que estaba pensando algo por ese lado...

—Je. Dejame adivinar: pensaste que yo había perdido un hijo.

—Je. Algo así...

—Mi ex pensaba lo mismo... muchos piensan eso, pero nada que ver. O bueno, qué sé yo. Igual, creo que desde que soy padre lo trato a Mirko de modo más paternal... es cierto eso. Pero nuestra relación empezó mucho antes de eso. Yo ni pensaba que iba llegar a los treinta años cuando Mirko me agarró de la mano por primera vez.

—¿Por?

—Uff... —Fernando miró a su becaria con cariño. Era una persona especial, daban ganas de contarle cosas—. Es largo. Quizás más adelante te cuente. O te enteres por los pasillos.

—¡Oh! Perdón si pregunté de más —se disculpó Lucrecia—. No quise incomod...

—No, Lula, no me incomodaste. Solo que... digamos que es una parte de mi vida que me cuesta contar. Pero Mirko fue fundamental para pasarla.

—...

—Mirko de chico tenía la misma mirada que tiene ahora. No hablaba. Tenía unos ataques de rabia imposibles. Rechazaba el contacto físico como ahora... Yo creo que él se dio cuenta de que yo andaba muy perdido, porque, ni bien me conoció, me miró fijo un instante, me agarró la ropa y me llevó a jugar. Hicimos filas de autitos durante horas. Yo pasaba el dedo por la alfombra marcando un recorrido y él armaba la fila siguiendo ese recorrido.

Lula se acomodó en la silla.

—¿Sabés? El otro día creo que me miró... Me dijo que soy rara.

—Y lo sos, Lula. Sabés escuchar, sabés observar... esa es una rareza —afirmó Fernando y, para superar la intimidación que se había creado, se levantó de la silla y se fue hacia su computadora sin dejar de hablar—. Bueno, te cambio de tema radicalmente, así volvemos a trabajar: nos aceptaron las correcciones del *paper*.

—¿Ya está, entonces?

—Ya está. Cuando salga la revista, la comunidad de zoólogos sabrá quiénes somos. Es todo muy increíble, porque, sin buscarla, encontramos

la pieza difícil de un rompecabezas. Hacía años que se venía discutiendo sobre la relación entre familias y pareciera que la especie que encontró Mirko pone fin a esas discusiones.

—Guaaaauuuu... ¡Suenan reimportante!

—Es colaborar con un granito de arena en la taxonomía de los *Gastropoda* —dijo Fernando haciéndose el modesto.

Lucrecia se rio.

—La pregunta es si esto te va a ayudar a conseguir más subsidios...

—¡Esa es una científica de verdad! —exclamó Fernando.

—¡Y sí! No es que sea interesada, pero la cosa es seguir investigando, ¿no? Más ahora, que se nos abre un campo de trabajo enorme.

—Lula querida: para mí ya sos investigadora. Hacés las preguntas clave. Pero creo que te faltan varios exámenes, ¿no? Y redondear la tesina.

—Okey, okey... ya entendí. ¿Tenés noticias de eso?

—Creo que será más fácil terminar lo de los bivalvos que desmarañar la burocracia. Te vamos a ayudar con la parte experimental que te falta. Voy a pedir que nos extiendan el tiempo de presentación; con esto de la publicación en *Zoologica Scripta*, seguro no pondrán objeciones. Y lo voy a inscribir a Alejo de codirector para que avancen más rápido en la escritura.

—Okey, okey. Entonces tengo que ponerme las pilas y rendir todos los exámenes lo antes posible. ¡Si todo esto no me estimula, no sé qué lo hará!

—¿Ves lo que te digo? Ya pensás como científica. Sacate lo obligatorio de encima, que cuando seas bióloga vamos a tener tiempo para planificar tu viaje austral.

Fernando le dedicó una última mirada antes de concentrarse en su pantalla.

Lucrecia se repitió para sí la pregunta de su jefe le había hecho un rato antes: ¿qué te lo impide?

¿Qué se lo impedía? Esa noche iba a hablar seriamente con Luciano.

Y con su papá.

Esa noche llegó pronto.

La noche nunca es oscura en la ciudad.

Tiene rincones de incertidumbre.

Pero las luces interrumpen y dan ilusión.

Los pasos de Lucrecia desde la parada del colectivo hasta su edificio eran decididos.

Pasos nocturnos. Veloces. Iluminados. Ilusionados.

Abrió la puerta con la llave que traía preparada en el bolsillo.

Dejó que el ascensor la llevara a su departamento.

Abrió también esa puerta y pudo escuchar el televisor en el canal de deportes.

Estaba Luciano.

Qué bueno.

Aprovecharía el coraje nacido en el laboratorio y crecido en el viaje en colectivo para hablar con él.

—Holaaaa, llegué!

—Hola, Luli. —Luciano la miró desde el sillón—. ¿Qué tal tu día?

Se besaron y ella se sentó en el sillón, al lado de él.

—Muy bien. Tengo algo para contarte.

—Contame.

—Yo creo que si me pongo las pilas voy a llegar a recibirme en diciembre.

—Sí, eso ya lo habíamos hablado. Yo calculo que también.

—Sí. Después de que me reciba quisiera hacer un viaje... Un viaje de trabajo. Dos, tres meses.

—...

—Remunerado, todo bien.

—¿Sola?

Lucrecia lo miró. Su novio tenía una expresión de seriedad que nunca le había visto.

—Sí. Sola. Es un viaje de investigación.

—¿Adónde?

—A la Antártida.

—*Whaaaaaat?*

—A la Antártida.

—...

—Si te dijera Alaska no pondrías esa cara.

—¡Pero en la Antártida no hay nada!

—Sí que hay. Viven como setenta personas en la Antártida.

—...

—...

—Me dejaste mudo...

—...

—Me parece una locura...

—...

—...

—Igual, no te estoy pidiendo permiso. —Lucrecia hizo una pausa para asimilar la mirada de fuego que le lanzó su novio—. Te estoy compartiendo una idea. Mi idea es recibirme, hacer ese viaje a la Antártida y, cuando vuelva, casarnos.

—¿Y formar una familia?

No vio venir esa diagonal. Al menos no tan rápido en la conversación.

Tomó aire como para lanzarse en paracaídas sin saber cuándo iba a tocar el suelo.

—Pero... Yo ya te dije muchas veces... yo no quiero tener hijos...

—Bueno, Lula, pero esto es una negociación.

—¡¿Qué?!

—Eso... Que estamos negociando...

Lucrecia no podía creer lo que escuchaba.

¿Cómo había sucedido que en dos minutos de charla estaba negociando una vida entera hecha a la medida de Luciano?

—Pará. Pará un poco.

Luciano no quiso parar.

—Mirá, vos te vas a la Antártida. Te sacás el antojo ese de investigar los bivalvos o como se llamen y cuando volvés encaramos una vida más normal. Nos vamos para casa... buscamos trabajo... seguro mis viejos nos van a ayudar a instalarnos... ¿Qué tiene de malo?

—No... no tiene nada de malo.

—¿Y entonces?

—...

—¿Cuál es el problema?

—Solo que no es la vida que yo quiero para mí...

—¿Y qué querés, Lucrecia? ¿Morirte de frío en la Antártida?

—¡No! ¡Quiero ser bióloga, investigadora, descubrir cosas, escribir sobre eso! Eso quiero. ¿Dónde entra lo que yo quiero en tu proyecto tan perfectito?

—¡Y bueno! ¡Investigá lo que quieras en el pueblo! ¿Querés que te monte un laboratorio? Pido guita y te lo armo en tres meses.

Lucrecia se rio.

—No tenés idea de lo que es el sistema de investigación científica, no tenés idea de lo que significa para mí entrar en el Conicet.

—Claro que sé lo que significa. No soy un tarado.

—¿Entonces por qué me decís eso de poner un laboratorio? ¿No te das cuenta de que me estás subestimando? Yo quiero ser parte del Conicet en un instituto de investigación. No es el capricho de una nena. Es lo que me gusta, es el trabajo que más quiero y sé que puedo conseguirlo.

—Bueno, pero no se puede hacer todo lo que uno quiere.

—...

—¿O se puede?

—No. Eso es verdad. En general no se puede. Pero vos estás planteando la cosa como que haga lo que yo quiera unos meses y haga lo que vos querés el resto de mi vida.

Luciano hizo una mueca.

—¿No te parece un poquitito injusta la negociación que me propusiste? —presionó Lucrecia.

—No creo que tu viejo apruebe lo que vos querés hacer.

—Bueno... en todo caso eso no tiene por qué importarte. Eso lo tengo que solucionar yo con él, ¿no?

—...

—...

—Lula. Creo que mejor me voy. Estoy recaliente y no quiero seguir hablando.

—...

—Voy a dormir en lo del Toto. Mañana volvemos a hablar. —Luciano se acercó a ella y le dio un beso fugaz en la mejilla—. Tengo que pensar.

—Hacé lo que quieras. —Lucrecia sintió un mar revuelto dentro de ella. Y sin embargo aún la entibiaba una ola de coraje—: Pero lo de los hijos no se discute más.

Sistemática

Los gasterópodos son un grupo muy diversificado, tanto mundialmente como en el Atlántico Sudoccidental. Asociados a diferentes suelos, vegetaciones y profundidades, es posible encontrar representantes de los principales grupos a lo largo de toda la costa.

(Mirko / día 151)

Mirko tocó el timbre del consultorio.

Miriam acudió a recibirlo.

Se saludaron con un intercambio de holas.

Mirko se sentó en un sillón y Miriam en otro.

—Hoy no dejaré que me pregunte cómo anda todo.

—¿Ah, no?

—No dejaré que hable porque tengo una idea. Se me ocurrió una idea.

—...

—Escribiré un libro. ¿Conoce a Temple Grandin? ¿Conoce el libro *Interpretar a los animales* de Temple Grandin y Catherine Johnson?

—No conozco ese libro pero sí sé quién es Temple Grandin.

—Temple Grandin es una doctora en Zoología nacida el veintinueve de agosto de mil novecientos cuarenta y siete en Boston, Massachusetts.

—...

—Creo que podría escribir un libro muy bueno.

—...

—Con todo lo que sé sobre *Gastropoda*.

—Sería un libro científico.

—Sería un libro. Con todo lo que sé sobre *Gastropoda*.

—Es una gran idea. Tal vez pueda ayudarte volver al laboratorio, ¿no?

Mirko comenzó a oscilar hacia adelante y hacia atrás. Sus dedos poco a poco tomaron vuelo.

—¿Hay algo que te inquiete particularmente de volver al laboratorio?

—Agustina Fiorinni.

—Pero tus padres ya te dijeron que ella está trabajando desde su casa y que no va a volver al equipo de trabajo del aula doctor Plazas, ¿no?

—Agustina Fiorinni Puede aparecer de pronto y empujarme.

—¿Es un fantasma que aparece de pronto?

—Los fantasmas no existen.

—Agustina Fiorinni me empujó contra la cartelera y me dolió en algún lado.

—Agustina Fiorinni no va más al laboratorio.

—Puedo escribir mi libro. Puedo escribir mi libro en casa.

—Yo creo que estar cerca de científicos será muy útil cuando escribas el libro.

—Mis padres son científicos.

—¿Tus padres saben sobre *Gastropoda*?

—No Mis padres son químicos.

—¿Quién sabe sobre *Gastropoda*?

—Fernando Plazas sabe. Es confiable. Alejo Di Martino sabe. No es confiable.

—Pero quizás pueda leer el borrador de tu libro, ¿verdad?

—Sería vergonzoso que Alejo Di Martino encontrara errores en mi libro.

—...

—Sería vergonzoso. Nunca se reportó un caso de muerte por vergüenza.

Mirko seguía oscilando, pero ya no movía tanto las manos.

Miriam permaneció en silencio.

—Quizás podría acompañar a mis padres a Ciudad Universitaria mañana. Y entrar en el instituto. Tengo mi caracol en la mochila.

—Contame, Mirko, ¿cómo te fue en los exámenes?

—No rendí los exámenes.

—...

—Creo que podría presentarme en la próxima fecha. Existe una fecha en cuatro semanas exactamente Veintiocho días. Sí. Creo que podría presentarme.

—¿Necesitás ayuda para estudiar?

—Tal vez necesite ayuda.

—Quizás tu mamá o tu papá pueden ayudarte.

—Mis padres están ocupados.

—...

—Quizás. Quizás Lucrecia Bing podría ayudarme a estudiar.

—...

—Lucrecia Bing es rara.

—¿Por qué es rara?

—Es mi amiga.

—...

—Temple Grandin es una gran zoóloga. Y da clases en la Colorado University. Yo puedo escribir un libro sobre *Gastropoda*. Mi padre puede llevarme al laboratorio mañana Fernando Plazas sabe sobre *Gastropoda*. Quiero irme Miriam.

—...

—Sí. Quiero irme ahora mismo. Estoy muy atrasado con mis exámenes. Al caracol que estudiamos lo llamamos *brusici*. Se escribe con minúsculas y con cursiva. Nunca lo escriba con mayúsculas. La comunidad de malacólogos debe aceptar el nombre. Aceptar el nombre y colocarlo en su lugar taxonómico.

—¿*brusici*?

—La taxonomía tiene muchas reglas. Es ciento por ciento precisa. Fernando Plazas usó mi apellido para componer el nombre. Se agrega una «i» cuando se nombra una especie por primera vez. Pienso que es un gran nombre. La comunidad de malacólogos debe aceptarlo. Quiero irme Miriam.

—Así que ahora existe un caracol marino llamado *brusici*...

Mirko hizo una mueca de sonrisa.

—Yo vi un patrón de suturas diferente. Alejo Di Martino no pudo verlo. Yo lo vi. Usé mis ojos. Por eso llevará mi apellido. Mi apellido más una «i». No es Brusic. Es *brusici*.

—...

—Era un *Muricido* que parecía una cosa pero era otra. Nadie lo vio. Yo lo vi. Ciento por ciento seguro que el patrón de suturas era diferente. La transparencia también era diferente.



Flashback/Flashforward
#La vida

¿Está tomando?

—Creo que sí. Al menos siento que chupa.

—Increíble, ¿no?

—Somos tres...

—Finalmente...

—Mirá qué piecito perfecto.

—¿Le contaste los dedos?

—Sí... ¿Y vos?

—¡También!

—Jajaja, ¡qué aparatos que somos!

—Todas las pruebas Apgar dieron bien.

—Ah. Qué bueno. Mirá la orejita.

—¿Seguirá la proporción áurea?

—¡Qué cosas se te ocurren!

—¿Está tomando? Parece dormido.

—Chupa de vez en cuando. ¿No es perfecto?

—Es vos y yo mezclados.

—Mejor que eso.

—Sí, es cierto, aún mejor: es único.

—Único e irrepetible.

Agradecimientos

A Ezequiel Arce, por haber hecho la pregunta indicada para poner en marcha este proyecto.

A Myrian Álvarez, por su alegría y su amistad.

A la doctora Juliana Giménez, por el asesoramiento científico minucioso y comprometido, por el tiempo que me a un dedicó, por su generosidad.

A María Cristina Olivares, por animarme a ir hasta ese borde necesario para escribir esta historia, y por sus palabras al leerla.

A mis colegas y queridísimos amigos Lola Battaglia, Andrea Ferrari, Mario Méndez, Sebastián Vargas y Liliana Bodoc, por leer el original y enriquecerlo con jugosos comentarios.

A Lucía Aguirre, por la edición cuidadosa, por la calidez de sus notas.

A María Fernanda Maquieira, por confiar en mí, por esperar que recorriera despacio las suturas de mi propio caracol. Gracias de verdad por eso.

Aquí termina este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí termina este libro que has leído,
el libro que ya sos.



PAULA BOMBARA nació en Bahía Blanca, Provincia de Buenos Aires, Argentina, 3 de diciembre de 1972, ha escrito y publicado varias obras de literatura infantil y juvenil, entre ellas, *El mar y la serpiente*, *La cuarta pata* y *La rosa de los vientos*. Actualmente dirige la colección de divulgación científica. *¿Querés saber?*, de Editorial Eudeba, la cual reúne libros de divulgación científica para lectores infantiles. En esta oportunidad, su más reciente trabajo trata sobre la muerte de los más jóvenes, una temática poco tratada en la literatura infantil.

Sobre la narración de sus escritos y la conexión del lector con sus historias, Bombara puntualiza que `siempre mis libros me sorprenden de la mejor manera, ahí es donde digo, tengo que continuar por este camino, lectores de *Solo Tres Segundos* o *El Mar y la Serpiente*, lo ratifican, lo que a mí más me emociona es la identificación que logran con los personajes, lo que provoca ciertas decisiones de escritura.

Notas

[1] Este y todos los epígrafes capitulares están basados en el texto del capítulo *Gastropoda*, escrito por las doctoras Juliana Giménez y María E. Torroglosa, del libro *Los invertebrados marinos* (2014), Buenos Aires. Editor responsable: Dr. Javier Calcagno. Vázquez Mazzini Editores, Fundación de Historia Natural Félix de Azara, Universidad Maimónides, CONICET. <<



Lo que guarda un caracol

PAULA BOMBARA



Lectulandia